



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

DESDE LA PROFUNDA SOLEDAD

Ensayo

1966

*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz- Bolivia

INDICE

[Del Canto Gregoriano y su Misterio](#)
[Hombres, Amigos](#)
[Meditación del Colosseo](#)
[El Relámpago en Medio de las Sombras](#)
[Meditación de la Sixtina](#)
[Visita a la Rinconada de Polacoco](#)
[Bolívar: "Excitador" de América](#)
[Quinta Conferencia sobre el Mar](#)
[Unamuno, Venablo Ardiente](#)
[Del Hombre: "Mysterium Mágnum"](#)
[Perfil de Roberto Prudencio](#)
[La Herida que Nunca Cerrará](#)
[Guillermo Francovich: Escritor](#)
[La Estrella y el Laberinto](#)

*Porque llega un tiempo de reserva y madurez.
Ya no escribes para estos, para aquellos:
compones simplemente.*

*El misterio del árbol que espera no requiere
explicación. Habitante de los aires su hermosa
presencia prestigia el horizonte. Está ahí
para ser mirado, y admirado. No lo desmedran
la indiferencia ni el desdén.*

*Recompensa, resonancia, palabras vanas.
Cumple con la escritura: nada más.*

*Desde la profunda soledad recoges mejor
el mensaje de los grandes corales sagrados.*

*Los oros del otoño fulgen como ascuas.
Tenga también unción de canto sacro tu plegaria
de reconocimiento al Señor que permitió
elevarse las columnas de tu Templo.*

DEL CANTO GREGORIANO Y SU MISTERIO

Primero, una oscuridad, una monotonía, una cierta forma de vacío primordial. Se oye sin atender. Se padece el desconcierto de la repetición sostenida. Lejos de recoger la sucesión lógica de los sonidos, se anega más bien el escuchante en la marea invasora de unas innumerables aguas que lo sumergen todo. Dijérase el pórtico de la disolución: fatiga, abruma, amenaza desintegrar. El primer impacto vocal apenas llama, débilmente; los sucesivos pesan, en una suerte de anonadamiento esencial. Estos cantos sobrios, moderados; estas sílabas sonoras; estas melodías melismáticas; estas salmodias y estos himnos de grave contención; esta sencillez insistente del solista que se enfervoriza de castidad y moderación; estos diálogos severos de la oración cantada; estos grandes corales unánimes que no buscan el esplendor sino ser testimonio de los caminos que conducen al Señor, constituyen como obstáculos —divinos o naturales— que la liturgia cristiana ha previsto para probar al peregrino.

Sólo un espíritu profundo, el buen creyente, un melómano apasionado y cultivado pueden absorber, en el primer encuentro, la magia noble y tranquila del canto gregoriano. Los otros, los más, deberán vencer, previamente, la difícil resistencia de una virginidad intacta que se niega a la entrega comunicante.

Porque el canto gregoriano, antes de ser un diálogo, una respuesta, oración y consentimiento a la vez, es negativa adusta, cifra sellada, reserva persistente y esquiva.

Sonido que se resuelve en sonoridades. Canto sin claves que revierte sobre sí mismo. Discurso y melodía no buscan sobresalir sino afirmarse en una castidad vigilante que apunta al desenlace sobrenatural.

Estas dificultades iniciales de acceso desalientan al profano: muchos son los que retroceden antes de franquear las puertas. ¿Qué hay, qué puede haber en el curso de este río plácido que se desliza sin riberas acogedoras, bajo un cielo gris y monótono?

Y éste es el primer enigma del canto litúrgico latino, que quiso ser camino para llegar a Dios, constituyendo antes fortaleza para probar al hombre.

Si persistes en paciencia y en constancia, si tu voluntad de conocer supera tu lentitud de aprehender, si abandonas la dinámica impetuosa, voluntariosa, del habitante del mundo supertécnico para retornar al ámbito recogido de la oración, al "tempo lento" del meditar desinteresado, es probable que las puertas se abran por sí solas: cuando menos lo esperes, acaso en el instante mismo que tu esperanza desfallezca.

He conocido, muchos, a quienes el canto gregoriano atrajo y rechazó con pareja persistencia.

Porque las gentes saben mucho, abarcan todo, tienen acceso a múltiples y simultáneas tensiones de la fuerza, del poder que los circunda, pero no saben ya hallar el camino recatado de las verdades nobles, aquellas que se revelan al oficiante humilde y moderado.

Para el discófilo moderno la música gregoriana es el código sonoro: quien no entiende su articulado veraz, grandioso en la simplicidad, subyugante en su cromatismo limitado, no sabrá nunca que no en la brillantez de las formas constructivas sino en el rigor de una geometría severa alienta la suprema maestría.

¡Sacúdete, hombre orgulloso! El canto litúrgico y la música profana no te fueron dados para exaltar tu poder, más para reconciliarte con el Señor, tu Dios. Todo arte es, en lo hondo, religioso, aun el que niega y blasfema. Sus creaciones potentes o endeble reflejan la lucha entre Satán y el Cristo. Beethoven, el titán atormentado, reverenciaba al Creador pero se rebelaba contra su creación. Quería hacer retroceder los horizontes: por eso expió en zozobra y padecer su ansia de inmensidad. En cambio los anónimos creadores del canto gregoriano primitivo abdicando de ambición y personalidad trabajaron para el bien común, se sometieron al mandato divino; criaturas confiadas, loaron con castos registros al Señor. Y ésta es su virtualidad profunda: lo que supone renuncia, en ellos, es también afirmación. La fuerza se atenúa en nobleza. El brillo en sencillez. Y no es otro de sus menores misterios que la palabra hablada, cantada, los coros discretos y austeros al cabo alcanzan la grandeza lúcida que jamás conocerán las mayores explosiones de la música, "ars magna".

El canto gregoriano conduce a Dios. Entonces ¿por qué quieres convertirlo en regalo de tus sentidos hiperestesiados de belleza?

Si deseas ver la luna que asciende detrás de los árboles, espera su sereno remonte hasta el espacio abierto: no te apresures. Podrías no ver nada.

A la lírica religiosa no se llega como jefe, sino como servidor del mundo.

Para las antiguas teogonías, cantar era crear, aproximar, purificación y enriquecimiento. Pero cantar era también una ciencia de elevación de las inteligencias nobles, de afinamiento de la sensibilidad despierta. No sólo diversión y regocijo: a un tiempo concentración religiosa, aprendizaje de los ritmos cósmicos.

El canto gregoriano recoge y acrecienta la herencia pretérita. Es una suma de saberes. Recoge influencias hebreas, orientales, bizantinas. Transcribe el temblor extático de las primitivas antifonías. Y del séptimo al noveno siglo se va arquitecturando a través de la liturgia romana. Caído, restaurado más de una vez, influye poderosamente en la evolución de la polifonía sagrada. Su repertorio monódico renace y se transflora en formas más complicadas, acreditando la universalidad fragante de sus temas populares y religiosos. Cuanto más se investiga, el árbol sonoro se va poblando de trinos: acumula, superpone, pero se expresa siempre por esquemas simples. Jamás pierde fuerza, frescura, novedad. Una austera belleza, una emoción sabiamente dosificada son las alas que sostienen su vuelo. ¿Cómo pudo atesorarse sabiduría tan vasta en fórmulas tan simples? Nunca la música sirvió mejor a la palabra; nunca la palabra musicalizó tan fina.

Cordillera infranqueable para el intruso, sólo el habitante de sus cimas y quebradas conoce los desfiladeros para recorrerla toda.

Más que un ascenso es una marcha al horizonte infinito.

El canto gregoriano es un camino que conduce al Señor y despierta la nobleza original del hombre.

Un mundo nuevo brota para los oídos y la comprensión del anhelante. ¡Qué majestad en la sencillez! Se siente la hondura de la cultura cristiana, la sagacidad unificante del latín, el decoro de la música sacra, esa superación del animal por el ser pensante, que transvola del canto sin acompañamiento de la soprano, del tenor, de los coros para fundirse en su propia magnitud refleja. Ni pompas, ni efectos dramáticos: fervor, piedad, solicitud. Variedad en la monotonía. Persistencia en la simplicidad. Encuentro de la Criatura con su Creador. Probanza de la santidad del mundo y de la vida que sólo se rescatan por la pureza de una fe activa. Trinidad maravillosa: palabra y

música enlazadas por la espiritualidad del canto. Es la maduración de la vida noble, una preparación para la buena muerte.

Pero no constituye únicamente una forma de oración, un camino, un diálogo con el Señor. Es asimismo el ejercicio magno para el hombre interior, porque no lo distrae, no lo excita, no lo tensa de vibración en sorpresa, no lo sacude de emociones, no lo apresa en vértigos y éxtasis fugaces, sino que lo conduce con dócil paso al reencuentro de su perdida inocencia. Porque el iniciado en la gramática gregoriana aprende a leer, a leerse, cosa mayor; redescubre las fuentes olvidadas de la nobleza humana. Desnudo se siente el escuchante como el día primero, libre de carga y de pecado. Ya no le obseden los tumultos vibradores de la sinfonía: el canto lava, purifica, reduce el clamor del mundo a melodía fundamental.

Primero te sientes solo, como abandonado, frente a la voz potente que llama a tu conciencia. Luego los coros evocan, por contraste, la idea de un juicio final: habrá palabra de verdad, palabra de equidad para el que transcurrió honesto, y para quien prescindió de toda regla de buen vivir. Ese río tranquilo del canto gregoriano no es sólo camino de perfección, vehículo de amor y entendimiento; es también la clave escondida del mayor enigma cósmico: creación, apocalipsis. Entre ambos polos se moverá el creyente, obediente a su Dios y a su tarea.

Porque la dignidad, la moderación del canto gregoriano no suscita únicamente imágenes de un claro fluir sosegado. Puede sugerir — o trascender — lo demoníaco y destructor que late apartado de su ámbito. Es angélico en cuanto enfervoriza, purifica. La tentación del mal rueda por vereda separada. Y aquí otro de sus enigmas mayores: de tanta soledad y recogimiento el espíritu claustral del hombre se proyecta al torbellino furioso de su drama y su pelea. Camino de perfección, camino de angustia y de combates.

Estás solo, estás acompañado.

La espiral del rezo y del canto te envuelve sin cesar. Eres libre, sin embargo. Crees, puedes, despliegas tu alma a remotas lejanías. ¿Es un itinerario a la alegría, un desprendimiento del dolor? Mas bien el fluir sosegado de la conciencia apacible, inmune ya a las violentas transiciones del vivir apasionado. Un cauce confiado, seguro, que aspira el sople meta-físico pero se regula por fórmulas prudentes de un acaecer siempre igual a sí mismo, imagen de la eternidad.

Si lo escuchas en la vastedad prodigiosa de la catedral gótica, bajo las bóvedas altísimas, entonado por los coros benedictinos que alternan con la reiteración solemne del solista silábico y piadoso, el canto gregoriano te invade con fuerza mayor: es su ambiente, es su atmósfera fidedigna. Impera.

En la Casa del Señor música y lenguaje se articulan más dócilmente; suben como la piedra hacia lo alto. Rezan.

Es como si el milagro, el esplendor sonoro se redujeran a su virtualidad esencial: sólo el encuentro de la criatura con su Creador. La maravilla de la monodia convierte los coros del mundo en monólogo de amor. El latín señorial traspasa el canto sacro con su grave y majestuosa austeridad. Parecería monótono y es, en el fondo, recomenzada novedad; porque esas melodías simples, ese fraseo reiterado que aparenta volver siempre a su propio centro, en realidad ahonda, ahonda y se despliega en grandes círculos concéntricos que devuelven ecos repetidos más siempre en tensión de novedad. La reiteración melódica es una epifanía continuada: subes la escala de Jacob, peldaño por peldaño. Y no termina nunca. Y cada uno es distinto, aun siendo igual a los demás. Y unas alas invisibles y unos oros vertiginosos y unas terribles cóleras violentas acechan desde el límite, porque nadie puede violar la tranquila hermosura del canto original.

En el fulgor de un relámpago se comprende la grandeza penetradora de la cultura cristiana, ese vasto principio unificante que vertebró lenguas, almas y costumbres de los bárbaros, de los paganos, de los no creyentes, en torno a la sublime concepción de un Dios de amor y redención.

La liturgia latina no busca el asombro: se recata; es una pura efusión de gratitud. Lengua y música más nobles no se han oído, ni en mayor dignidad de expresión. Dolor y alegría como domados se subordinan al sereno ritmo de la vocalización pausada. La bestia que asoma en el juego orquestal de la música profana, se desdibuja y desvanece por la melodía gregoriana pura, inocente, sencilla como el día primero. Secretamente, inadvertidamente, el soliloquio asciende a diálogo: El está en el canto sin acompañamiento, inspira y guía la línea melódica, sugiere sus tonos de suave patetismo, responde sin palabras al sumiso desplazamiento de las voces fervorosas que lo enaltecen. Las Misas de la Natividad del Señor son un prodigio sonoro escalonado en el aire: lentas y grandiosas catedrales pueblan el espacio, voces y muchedumbres se arquitecturan en vuelo ascensional. El mundo se transfigura por el coreo oracional. Trasciende a un más allá que no podemos definir.

El misterio de Cristo y de su Iglesia se ascendra en la Misa gregoriana que glorifica a la Virgen María, su modelo perfecto.

Y existen otros himnos, cantos nuevos, coros castos, resonancias angélicas que transcriben incógnitas misiones. Sométete y serás libre; déjate guiar; obedece. Nada superlativo ni desaforado debe impedir la búsqueda de los caminos de la verdad. Porque el canto gregoriano es la más leve y a un tiempo la más rigurosa de las disciplinas: enseña, descubre, sólo a quien sabe conocerse y dominarse por sí mismo. Difícil maestría.

¡Cuánto oscuro y áspero camino hubo de hacer el hombre antes de llegar a esta síntesis desnuda de arte sacro, noble, potentísimo, elemental simultáneamente!

Adivinemos el júbilo místico de su inventor anónimo.

Cierto día, un hombre entre todos fue escogido para entender el designio del Señor.

— Oirás — le fue dicho — y podrás responder.

Ese hombre se recogió en sí mismo, rompió momentáneamente los lazos que lo ataban al mundo exterior, comenzó a buscar en su cielo interno. Grave, sencillo, austero sabía que era preciso eludir el lamento y las claridades jubilares. Para llegar a asentir, a comprender la sublime palabra, la conciencia tenía que regocijarse en su interior moderación: explícita, pero nunca desapoderada, porque la criatura que loa a su Creador debe hacerlo con decoro, no quiere ser impertinente, mide su fervor y su expresión. ¿La pasión humana contenida en el divino rasgo? Primero fue la oración melódica, casi un discurso recitado, un principio de canto elemental. El celebrante, modesto y recogido, se aproximaba sin codicia de conquista, pero esperanzado. Iba a escuchar el mensaje del Señor: cantaba, oraba quietamente. Y la palabra divina no tocaba su oído, porque la otra, la suya, humanada, como amortiguada en sosegado deliquio cubría toda la extensión de su camino. Letra y música se deslizaban sin porfía. Y era él mismo la materia de su búsqueda. Y así, orando, vocalizando, musicando su plegaria y su aventura, el escogido halló el sendero mágico que conduce a los tronos del Inmenso. Porque no es un encuentro de dos que se buscan, ni puede haber relación en magnitud de medida entre Creador y criatura; sino que el buscador crea, y quien hizo todo anima también al fervoroso que se acerca en pos de comunicación. Y por el hilo sutil de la voz que ruega y loa, por esa columna transitoria de la arquitectura vocal, se realiza el milagro de una invisible cercanía: El y quien buscaba están juntos, comunican; el salmo original de reconocimiento, ha sellado un pacto entre Hacedor y hechura. Ya nada podría separarlos.

El Canto Gregoriano narra el misterio y es el misterio mismo de ese encuentro sin corporeidad. Sucede: no se concretiza.

¡Qué largos andares, cuánta pesquisa fatigosa para ascender de la invocación unipersonal a los concertados contrastes armónicos! El celebrante se hace dos, y tres, en fin: decenas. Fluye la voz de la soprano con castidad de doncella. El tenor madura como la caoba en resonancias

vegetales. Los coros benedictinos, suavemente acordados, transcurren dócilmente, sin estridencia ni opulencia algunas, porque nada ha de turbar su manso discurrir de río en sosiego. Y aunque todo esto sea más vivo, ofrezca vibración acústica mejor, y la onda sonora se esparza más nítida y como cargada de secretas ternuras en el ámbito majestuoso del templo católico, también es grato recogerlo en el disco que devuelve con amplitud admirable los registros y matices del canto férvido y reposado.

Nada hiere la vocación unitiva del oído concentrado en su propio éxtasis escuchante. La línea melódica y la palabra pronunciada entrelazan como espirales afines. Concurren con gracia oculta a la exaltación del oficio mayor: loar al Creador.

Tiene pasajes, el canto gregoriano, que traen la imagen bíblica de la Escala de Jacob: algo que sube al cielo con lenta y sostenida majestad. Un sol de oro en movimiento. Un estado de espíritu en un deliquio de la voluntad. Dar, darse, la transfiguración por la humildad que se hermosea de gratitud. El hombre es noble, por su capacidad de sufrimiento, de aceptación del dolor, porque puede arrepentirse, enmendarse y redimirse en el acto final. Y la voz del solista, o el concierto de los coros que exaltan al más humano de los dioses y al más noble de los hombres, su pasión imperecedera, el enigma de la Misa y su eternal mensaje espiritual, van más lejos, en su hondura metafísica, en su significado trascendental, en su vibración ética y estética, por su misma simplicidad comunicativa, que todas las artes y las filosofías.

Porque la palabra es el primero y el último enigma de la criatura viva. Y el ritmo y la salmodia la peraltan con toque singular. Y cuando música, verbo y liturgia coinciden en la magia del canto sacro, como se saturan de las inaudibles sílabas de un Poder que se expresa sin voces y sin mandos.

El canto es un llamado a la acción: llama y convoca. No basta que tú sientas el impulso religioso; hazlo compartir a los demás, goza con ellos, participa en su adhesión y en su estremecida llamarada. Suban todos, ellos contigo, en obligación de fe. Porque no basta creer, amar, manifestarse por la oración reconocida del impetrante iluminado. El bien común de los filósofos y los patristicos, debe ser, también, el común esfuerzo de los fieles que se reconocen en la súplica templada al Señor. Grata, suave obligación. Al cabo el que impetra y agradece, siente que se profundiza en el libre consentimiento de su ruego. El cantor gregoriano conoce la dulzura recóndita de la palabra "comunidad": uno para todos, todos en uno. Y la unidad del Cristo celando a sus criaturas para que ninguna se descarríe de la acción conjunta y generosa. Loar, acrecentar. Quien mejor rehuya el brillo verterá lumbre más fina y perdurable.

Ni mucha ciencia, ni alargadas paciencias, ni la tenaz investigación, ni el frecuentado acceso a las artes podrían mostrar el rayo clarificador que brota de la melodía gregoriana y de sus himnos y antifonas de medida virginal.

Vuelves a sentir la grandeza rítmica del latín secular, la nobleza esencial de la palabra gravemente articulada, el dulce y hondísimo misterio de la Iglesia, el mensaje sin voces de Dios a sus criaturas, la soledad fecunda del soliloquio que busca concertar un diálogo con trasmundos ignorados, la inesquivable dignidad del hombre que interroga, accede, consiente y sigue preguntando porque su destino es moverse hacia horizontes flexibles que jamás se fijarán.

El canto gregoriano es un discurso ritmado, en el cual todo descuello aislado o se concierta dócil como las olas en el mar: distinto siempre y siempre repetido. Un encadenamiento que se desliza sin cesar. Laconismo primordial: el motivo sonoro y su resonancia, otra manera de la sabiduría benedictina. La monotonía se transfiere al reino de la novedad y los hallazgos múltiples: la sola música, la única voz que no cansan nunca, porque discurren como el agua solícita de sus moradas interiores. Es, en cierto modo, una imagen del desenvolverse de la eterna belleza que se desplaza sin tregua hacia el sempiterno amor.

Estúpido el ateo y el científico, que no reconocen en el canto gregoriano la maravilla de la aproximación al Creador.

Y esas campanas que coronan los himnos y los salmos dicen con noble persuasión: a El no lo buscarás en grandeza y esplendor, mas en soledad, en grave indagación. Porque está, más no se da. Finge llegar y está partiendo ya. Sucede, el encuentro, en un tiempo sin tiempos y espacio alguno podría contenerlo. Y palabra y música, canto y liturgia bordean lo mismo: el diálogo sin término del Señor anhelado con la criatura que lo busca. Y así como el matrimonio se ennoblece y restituye a su primordial santidad en el coloquio de dos que se entienden y armonizan sin descanso, así el canto gregoriano es la lengua melódica que los hombres inventaron para ser oídos y reconocerse en la grandeza de Dios, Nuestro Señor.

Al mucho ahondar en estas bodas místicas, recogen oído e inteligencia secretos que espantan el ánimo. Ni el cielo estrellado con sus estrellas infinitas se distiende tan lejos y tan hondo. Porque acontece que el monólogo del oficiante sitúa el drama humano en las lindes de la extrema soledad y desamparo: ¿quién eres, qué serás, cómo derivará tu curso mortal hacia perdurables órbitas, si no fuera este hilo acústico, este lazo de oro apenas dibujado, que te comunican con el gran misterio? Los astros, poderosos en número y grandeza, nada serían si no existiera el hombre que les da asilo y sentido en su microscópico recinto de comprensión. Pero tampoco el habitante del planeta adquiriría conciencia de la fugaz majestad de su tránsito terrestre, a no mediar el universo externo que lo acosa y lo proyecta en lejanísimos vuelos por el insondable espacio estelar. Entre los dos infinitos del hombre y del universo, una tercera relación dice que no por número y grandeza, más a título de entendimiento profundo criatura y creación se reconcilian por la proximidad de esa vertiente reconociente: la revelación.

Estás solo, ligado estás por cien mil lazos al mismo tiempo. Te sientes partícipe de la universal maravilla, pero no puedes comunicar duda ni esperanza. Una cinta aislante te confina al propio reducto de tu pensamiento. Entre dos abismos —el vértigo del mundo físico, la pendiente de las ideaciones— el alma como vacila y teme despeñarse. Habla Lucrecio de una rotación musical de los astros. Paso cal ve abrirse el suelo en subterráneos ventisqueros. Nietzsche — "fugitivus errans"— es el esclavo de su furiosa ambición de dominio: siempre más allá! Y lo mismo Agustín, el de Hipona, que fabrica torres de viento, o Kierkegaard, el angustiado, saben que toda arquitectura mental es interior, irreducible, probanza del humano desamparo.

El Señor, tu Dios, no se manifiesta por la potencia desgarrante de las supremas concepciones; no son fuerza y poderío los rasgos misteriosos de su perduranza. El antiguo testamento debe dar paso al nuevo: una espiga de amor dará lugar al nacimiento del reino inextinguible. Ni ejércitos, ni imperios, ni naturalezas demoníacas perdurarán, porque la palabra del Cristo, manantial eterno, desvanecerá los ídolos fugaces. Y el instante en que el varón de aflicciones y meditaciones acepta, sumiso, el camino de austeridad para entender a su Creador, todo el enigma del mundo se resuelve en diálogo de acercamiento: preguntando, aceptando, respondiendo, consintiendo en suma se intuye aunque no se comprenda del todo por qué el varón de realidades ha de aspirar al ser beatífico, imagen dichosa de la eternidad.

Y ésta es, acaso, la virtud mayor del canto gregoriano: una aproximación por la insistencia suavemente acordada, la búsqueda que encuentra, ese desdoblamiento reiterado que insiste, persiste, hasta que del fervor cortés de la música y la letra brota el desenlace apacible de una fuerza mansa que se sustenta de su propia majestad y señorío.

Esta reserva cauta, esta serenidad primordial, esta gracia contenida de la narración cantada son como el bálsamo necesario para el acicateado, inquieto y atormentadísimo ciudadano de las modernas Babilonias. Mientras ellos viven -se desviven- en la marejada frenética de sus quehaceres y sus ansiedades jamás colmadas, el oficiante gregoriano se concentra, se aquieta, se vacía de preocupaciones y padeceres para revertir sobre sí mismo:

—Hallarás a Dios, tu Señor, en el desprendimiento y la humildad.

Modérate, recógete. Serían las lecciones trascendentales del canto gregoriano.

Más no por falta de suntuosidad arquitectónica o de brillo en la invención musical, carece la forma antigua del poder de encender las almas y comunicarles su tierno desvarío. Justamente porque el dinamismo moderno abusó del movimiento y la multiplicidad, la medida clásica prevalece en la verdad tranquila del creyente y de la comunidad. El buen camino hacia el Señor es primero renunciación, luego dominio expresivo, finalmente júbilo recatado al cruzar las veredas lineales del rezo y del canto que lo exalta. La salmodia es la fe actuante, la oración cantada que se proyecta en los seres sin dejar, nunca, de constituir la válvula mágica del sentimiento individual. Saber de uno que se transfiere a la común acción. Esfuerzo armonioso de todos que eleva y moraliza. De pronto se borran las personalidades: fluye sólo el mar de los coros o se dilata en el fraseo del solista la tensión acumulada de los otros. Todo estilo austero es, en el fondo, acto religioso: liga, consolida. Es puro de forma, secreto de contenido. Ni el teólogo ni el musicólogo definen claramente las fronteras de arte y religión cuando el salmista eleva sus preces cantadas a la divinidad escondida.

Otra rara cualidad del canto gregoriano es que apesar de su simplicidad sonora, posee una riqueza asombrosa de grados, tonos y matices que escapan de la mera construcción técnica para desbordar al campo de las variaciones reiterativas. Diga el experto cuánta ciencia severa, qué ascensiones melódicas cruzan los salmos y los coros. El sentidor, el soñador descubrirán, estupefactos, que entrar al mundo inagotable del canto gregoriano y pretender transmitir su magia comunicativa, es como navegar por un río sin nacientes y sin término: fluye para siempre, jamás agotaría su caudal. Así el transcriptor de su simple y poderoso encantamiento, podría extenderse indefinidamente sobre la varia malla de sus tejidos laberínticos, que sólo capta el espíritu ejercitado en profundizar lo elemental. Sugiere, sugiere... Y esta fuerza de transmisión de sugerencias crece conforme se ahonda en el entendimiento de su marcha sosegada. Podrías componer diez páginas, cincuenta, centenares acerca de las significaciones y enseñanzas del canto gregoriano: si te posee el genio interno que lo anima, nunca terminarás tu tarea indagadora, no acabará jamás tu propósito de expresar lo que ella te sugiere, porque hablar del canto gregoriano es también recorrer el camino que lo constituye. Y como el acto de orar, repetido siempre, y siempre renovado, hablar con fervor de la cosa amada, de aquello que deleita y deslumbra el espíritu en grado máximo, conduce al sortilegio de la aurora sin fin: tema con variaciones, variaciones que enriquecen el tema pero no lo agotan. Se suceden, unas a otras, se eslabonan por sutiles conexiones: detrás de un horizonte hay siempre otro horizonte. Podrías desenvolver sin término la gama de las interpretaciones. No acabarían. Ni tu cesarías en el afán de transmitir lo sentido y aprendido. Porque ésta es la condición recóndita del canto magno: posee, se apodera del oficiante y del escuchante. Luego los libera en magnitud de comprensión. Les otorga su sello de eterna belleza, su fervor traslaticio y reiterado.

No quieras entenderlo: cuanto más profundices la materia, menos habrás dicho.

Y no quiero decir más. Porque el canto gregoriano desata tales tempestades en la inteligencia —aunque apacigüe las brusquedades del sentir— que la proyecta siempre hacia un límite distante. Rueda con ella. Se expanden juntos.

Es, a un tiempo, una forma de oración y una manera de tormenta. Excita y apacigua. Sacude, modera. Y no es el menor de sus misterios que la magia noble y tranquila de sus modos rítmicos conduzca del drama del comprender a la aceptación mística de la beata soledad que intuye sin exigencia.

Gramática trascendental: lo enseña todo enunciándolo apenas. Dulce reiteración de la pregunta que sabe su respuesta y sin embargo sigue interrogando.

Los arcanos de Dios, los enigmas del hombre. Nada los acerca más próximos que el modo sutil, grandioso del canto gregoriano, invención de la criatura temporal para acercarse al misterio de su origen divino.

Porque está escrito: buscando, preguntando se hace el camino humano; y el que lleva al Señor lo flanquean los coros y el salmista. Porque de palabra hablada y de escritura comunitaria se hacen la oración y el canto. Y es uno el verbo que los comunica y uno el arcano que los sella o manifiesta.

HOMBRES, AMIGOS

Cosa vaga, fluctuante, limitada, elemental, indefinida, complicada. Orbe apenas explorado. Bosque inmenso, resonante, cuyo linde sólo fue ligeramente hollado. ¿Qué hay en su interior? ¡Ah vastedad inabarcable, inconcebible hondura! No existe enigma mayor. Quien más cree saber es en verdad quien menos sabe, porque mirando de muy alto, a fuerza de ver tanto, nada se mira. ¿Pudo la piedra comprender a la montaña? Infinito universo desconocido: ¿cómo podríamos acercarnos a él, si no lo atravesara el doble rayo de la piedad y del amor?

Lumbre de certidumbre, medida exacta, claridad, dominio lento y seguro del mundo y de las horas. La playa quieta donde mueren las olas agresivas y nacen los heroicos sueños del ideal compartido y misterioso. Admiras, te admiran. A veces ni palabras se requieren: se trasfunde y comunica todo. Tu adivinas, él intuye. Un doble arco de luz se proyecta en la oscura cavidad del universo. ¿Qué importan enigma, sufrimiento, desesperanza? Puedes descargar tu fardo: y eso es lo que cuenta. El diálogo enriquece. La comunicación revela. Ascienes.

Del hombre, del amigo. Las dos fuerzas polares que imantan el vivir. ¿Cómo podrías definirlos con certeza, si son ellos los que te circundan y redondean? Porque si uno genera las incitaciones despiadadas del contorno que te acosa implacable, el otro te devuelve al manantial interno de la confianza radiante: no estás solo. En realidad el equilibrio afectivo bascula entre ambos. Los hombres te despiertan y endurecen, te lanzan al combate. Los amigos te restituyen al ámbito sagrado donde aun el dolor se viste con túnica de dicha. Caes, te levantas, tropiezas, reanudas tu camino. No hay vida sin alteración: y este su encanto.

Los amigos, los hombres: maestros enigmáticos. Ellos te necesitan, por ellos vives. No hay, en el fondo, enemigos, sino sustentadores, mejor dicho probadores de tu fuerza y tu sosiego. Y has de subsistir reconocido a esas dos grandes corrientes inextinguibles que te miden, tensan y proyectan más allá. ¿Cuál de ambas fue más positiva? Ni tú ni ellos lo saben porque se tejen de relaciones increíbles los encuentros, impactos y sobresaltos de las gentes. Creyéndote dañado fuiste fortalecido; o sintiéndote dichoso te debilitaban. ¿Qué sabes de tu hado y de tu beneficio? Sólo el tiempo moldea y modifica los sucesos. Detrás, de la distancia, hombres y amigos sonríen misteriosamente: ignoras su estatura real, la longitud del vuelo de la flecha que te dispararon.

No pienses mal del prójimo, ni al amigo idealices en exceso. Son criaturas frágiles. Tómalas en su virtualidad esencial. Da cuanto puedas dar, no esperes recompensa. Y este supremo desprendimiento te fortalecerá entre hombres, con amigos. Porque dar, es darse. Y no esperar retribución eleva.

Al cabo de largas luchas y meditar sin pausa, comprenderás que si la acción de los hombres te es necesaria, aunque aparezca hostil; también la vida repartida en los amigos te acrecienta, restaña heridas, abre horizontes. Influencias bienhechoras, por mucho que una aparente ser adversa y la otra luzca favorable. Bien mirado, las dos confluyen, se integran en la

superior formación de la persona humana. Hombres, amigos, que es como decir duros escultores, genios alados.

A la hora del otoño no puedes discernir si es más lo debido al amigo o al hombre, porque ambos fueron acicates, rayos ígneos: queman, impulsan. Conmoldearon tu destino. Te ayudaron en la forja y en el quebranto.

Sin tener presente la imagen de la aspereza, de la envidia, del viejo rencor del prójimo, no podrías levantar tu obra creadora. Pero sin el sol de la amistad no alcanzarías a gustar los vinos purpúreos del buen vivir.

A los hombres tómales lo noble: no son tan ácidos. Date al amigo: comprende y tolera. Su sola presencia purifica.

Y no te arredre la fuerza maligna de los unos ni te turbe el suave encantamiento de los otros. Porque todo es uno. Lo supieron Pitágoras y el Cristo.

Que la palabra "venganza" no ensombrezca tu marcha: ellos, los dañinos, se aniquilarán por su propio hacer. Mas tampoco seas blando con los que amas, porque la mucha complacencia disuelve. Deja que todos crezcan fuertes; el mundo es ancho y sólido. Tu tarea no será de liquidación, más de entendimiento y olvido de los agravios. Porque a reunir venimos, no a separar los ánimos. Y entre quienes te acosan y aquellos que te exaltan, está el justo medio para moderar querencias y desafectos.

Con trazo esquivo puede hacerte padecer el mejor amigo. O el enconado transfigurarse en acto de humana aproximación. ¿Qué sabes? Nadie averigüé cómo y cuándo se entrecruzan los vientos cambiantes del animal que piensa. Ni es tan oscuro el uno, ni tal claro el otro. Se cargan de misterio o cercanía a la medida de tu corazón. ¡Míralos, explícalos!

¿Podrías decidir cuál hizo más por tí: quien te hostigó o el que alivió tus penas?

La existencia transcurre batallando contra muchos, apoyándose en pocos. Pero nunca conoces en qué arista determinada se apoya la piedra necesaria para el momento oportuno, porque todas se agrupan y sustentan por escondida ley.

Hombres, amigos. Rayos de Dios. Es misión de varón soportarlos, absorberlos como llegan.

Y salir a su encuentro sin medrosidad: ambos suponen carga y enseñanza a la vez. Moldean, recortan, purifican.

Si el desafecto supiera cómo te infunde coraje y te da nuevos ánimos su crítica injusta, callaría. Si el amigo conociera el temple de tu alma, sería más exigente, menos lisonjero. Porque de ambos extremos te cuidarás: mucha dureza, aprobación excesiva te aminoran.

Ambas fuerzas modeladoras te son necesarias, inevitables. Por todo el curso de tu vida. ¡Desdichado quien no cuenta con el acicate de los hombres y la nobleza de los amigos!

Astros influyentes. Niegan y afirman. Tu poder se mide por la relación que sepas conservar entre sus contrarios influjos.

Y así como en el "Gloria" delirante de la Sexta Misa de Schubert, no reconoces voces aisladas porque todas se conciertan en un coral sublime que abraza y proyecta hacia lo alto la tempestad de las pasiones, en el juego de la amistad y de la lucha busca el coro sagrado de los seres: no es la voz aislada, mas el acuerdo pujante de los cantos múltiples el que rige el milagro de la tensión suprema en pos de lo divino.

Amigos, hombres. Fuerza y contrafuerza. Flujos contrarios. Si la sociedad humana no estuviera regulada por la polaridad maravillosa, ni mundo ni persona podrían encontrar justo.

MEDITACIÓN DEL COLOSSEO

Osadía, osadía innumerable acercarse al tema insigne, pretender transmitir la experiencia que muchos más profundos y dotados fijaron en páginas inolvidables. Se dijo tanto y tan bello acerca de la ruina memorable...

¿Hablar del sol, si el sol está en el corazón humano? Una experiencia más ¿qué significa? Tu narración carecerá de novedad, de fuerza, de color porque otros, mejores, ya contaron la infinita variación de sugerencias que emana del recinto formidable. Pero es tarea de viajero dejar su testimonio por mínimo que sea; y a él irás, sereno, sin codicia, porque no se trata de emular los textos clásicos, más de acercar la pequeña constancia de tu asombro.

Quien se aproxima al Anfiteatro Flavio se siente, de primera impresión, vencido por la grandeza del monumento y la intensidad de las emociones que suscita en el ánimo. ¿Cómo manifestar este mundo arquitectónico, que se desdobra en otro no menor de poderosas sugerencias? Hay un puente entre lo sensible y lo inteligible que nunca se traspone del otro. Eso que vives: gozo victorioso. Eso que pretendes transmitir a los demás: pálido dibujo. Nadie acertó a fijar con más penetración la distancia entre impresión y expresión, como Hölderlin en el verso famoso: "El hombre es un dios cuando sueña, y un mendigo cuando piensa".

Pero el gran edificio está aquí, erguido y solemne como un monte venerable. Y debes dar testimonio de su presencia y de tu paso.

"Colosseo" —dicen los romanos.

Podría ser el corazón de la urbe, sobre la ancha Vía del Imperio, en uno de los parajes urbanos más hermosos del mundo. Al primer impacto aterra; luego deja paso a una grave pesadumbre. Fábrica tremenda, grandeza vana. Los dos primeros pisos en óvalo son originales; el tercero, de ladrillo, es obra de los Papas; y el cuarto que lo circunda y protege con muro exterior es casi todo de construcción moderna. Aun descontando lo que significa para el cristiano y para el estudioso, en su triple irradiación espiritual, histórica y estética, la inmensa estructura asombra por sí misma: aun el ignorante sentirá su imponente. Coliseo, el que pobló la infancia de innumerables generaciones, pasmo de arqueólogos y soñadores. Visto de abajo, los altísimos paredones mutilados se elevan como cordilleras. Desde arriba, dominando el vasto anfiteatro de mil ojos huecos, inertes, una revolución de ideas asalta la imaginación. Aquí se batieron las dos fuerzas primordiales que mueven el mundo: el espíritu, la energía. Ninguna se superpuso a la otra; ambas persisten. Porque si la verdad del Cristo sembró el planeta de basílicas y templos, esparciendo un mensaje siempre vivo de paz y de justicia que se asienta en la dignidad del hombre y persigue su redención espiritual; la voluntad cesárea de los Emperadores, la dura "lex romana", la brutalidad de fieras y gladiadores, el voraz materialismo, la crueldad y la sangre, el cinismo y el abuso de los fuertes, sobreviven hoy en la política, en la economía, en los usos inmoderados de la técnica, en la agresiva velocidad y la frenética ambición de quienes sólo se mueven por la voluntad de poder.

Grandiosa soledad, presencia de montaña. Aun trunco, averiado, tiene el Anfiteatro Flavio algo de eterno, indestructible. Emanada fortaleza y sabiduría. Fue compuesto con tal equilibrio de las proporciones interiores y de su exterior armonía, que todo en la enorme fábrica se ajusta con natural elegancia a pesar de lo descomunal de sus formas. Está inmóvil, quieta, y de pronto es como si la fantástica estructura se agitara en ondas plásticas de ritmos encontrados: sacude. Monumento y terremoto a la vez. Acosa, hostiga, proyecta a horizontes irreales, devuelve a su

portentosa cercanía. Posee una suerte de movilidad interna que aguza la percepción mágica del paisaje. Del muro superior se descubre un panorama incomparable. Naturaleza e historia han puesto su carga de centellas en la ruina estupenda. Plásticamente será más perfecta la rotonda del Arco de la Estrella, en lo urbanístico habrá construcciones con mayor poder de atracción, pero el Colosseo se emplaza con natural encaje en la hermosura del paisaje, sus alas redondas se posan con gracia en el suelo romano, lo circundan colinas finas y hechiceras pobladas de árboles tranquilos. Luce noble, soberbio en su vejez serena, y nada hay que supere el embrujo de sus augustas heridas que miran a los mármoles espurios del monumento a Víctor Manuel II. ¿Qué construcción antigua podría superarlo en grandiosidad arquitectónica, en perfección de emplazamiento, en el juego regulado del espacio y de las formas que conciertan en admirable señorío?

En el esplendor del mediodía, arde el "Colosseo" por sus ángulos de luz y sus sombras cóncavas. Lenguas de fuego recorren sus volúmenes inertes. Orgullo depuesto, indomable simetría. Ángeles caducos se recuestan en las altas cornisas cercenadas. Por los fosos vagan siluetas penumbrales de luchadores y nobles de acerada altanería. Resuena la voz adusta del Imperio. Gritan los héroes. Se recomponen arcos y ventanas, brotan las columnas míticas en nuevo ascenso intacto, pisos y muros reconstituyen la abolida integridad señera. Surge un mundo de estatuas en el edificio recompuesto y otro de aurigas, gladiadores, mártires, espectadores vociferantes, nobles viciosos, guerreros desafiantes. Manda el Imperator, se inclinan ciudadanos y esclavos. El circo estalla de potencia humana. Rugen las multitudes. Tiemblan los altos muros con la marejada de los ecos y el reflujó de las pasiones. El gran recinto abierto se mueve y se conmueve en el laberinto que lo puebla. De pronto se desvanecen las muchedumbres, huyen las estatuas, se desintegran muros y columnas, se apagan las voces. Otra vez la fábrica de piedras recupera su figura rota. Nada ha sucedido: silencio, soledad.

En el tramonto, el Coliseo se envuelve en sudario de sombras. Un sol melancólico da resplandores de oro viejo a las arcadas del piso superior. El viejo edificio, cargado de siglos, semeja un anciano venerable, fuerte, que se niega a dormir. Un grande barco desarbolado. Templo, cárcel, palacio surgido de las antiguas paganías. Imágenes, imágenes...

Esa ventana hueca, abierta al vacío, conduce a la angustia. Un arbolar que asoma por la cornisa distante devuelve confianza. Esa oquedad que acecha desde abajo: el vértigo. Un mirar, un meditar que planean desde lo alto: la esperanza. El teatro de las ruinas ilustres vuelve a sugerir la imagen de un gran navío oval detenido en la tormenta de la urbe. Ahora se presenta inmóvil, silencioso. Sus muros —o sus remontadas bordas— contuvieron la mayor descarga de energía y de pasión humanas. El templo griego será más bello, pero el anfiteatro romano es más trágico y significativo: no hubo escenario mayor para la lucha patética entre la Fe contra el Poder.

La hierba recubre las piedras. Unas bocas desgarradas, unos ojos insomnes, fauces ávidas, aletas de narices monstruosas, orejas multiformes se dibujan por la ruina lítica. Dijérase un gigante de muchos miembros y múltiples órganos que se despereza o se aduerme lentamente. Y está, todavía, el vacío, esa fuerza magnética que brota de la grande cavidad abierta en el óvalo vertiginoso, como queriendo succionar su contorno. Algo que recuerda los vastos espacios delirantes de las altas montañas andinas. El antro impresiona, atemoriza; bruscamente se cambia la ideación: no es externo el coloso. La cueva inmensa, interrumpida, tiene un guardián, y el vacío es el dragón que la conforma por dentro y la custodia.

Galopa la fantasía entre las dos vertientes acosantes: la imagen del circo estático, imperfecto, derruido; y aquella otra de su desvanecida y frenética movilidad pretérita. Fue, sigue siendo, aunque en modos y ritmos diferentes. Tan pronto la quietud aterrante de la muerte; de súbito las energías vertiginosas de lo vivo. Es una de las virtudes esenciales del vetusto Coliseo, padre del tiempo, que transfigura sus cargas de sentido a medida de la dinámica imaginativa.

De lejos, de cierta altura dominante, sugiere la ruina una cáscara vacía: sólo mitad de su óvalo contiene el muro de cuatro pisos; la otra mitad fue rasada por los siglos y se ha querido dejar

así, inconclusa, deliberadamente desigual la reconstrucción para acentuar el contraste. Pero de cerca o contemplada desde el interior recupera su dignidad y su grandeza. Es toda ojos: si la miramos sostenidamente, ella nos contempla y nos captura con sus órbitas huecas. Porque tiene el coloso mil tentáculos para coger su presa, y de tanto frecuentarlo se acaba resultando habitante de la mole.

Darle vueltas es una caminata saludable, rica de revelaciones, porque conforme va girando la visión surgen nuevos ángulos de perspectiva, se mueve con el espectador el edificio todo, desplegando la variedad de sus formas y contrastes. El corte diagonal del muro exterior acrece la monumentalidad de la fábrica arqueológica, como la levanta y dilata en escorzo gigantesco. De adentro el hechizo es mayor y si se la contempla de la parte más encumbrada, la ruina se peralta y resplandece de su propio fuego.

Colosseo: el que mira y se mira sin fatiga. Encantamiento de los sentidos, lumbre para la imaginación.

Perennidad, fugacidad. Tiene el Anfiteatro Flavio prominencia y plenitud visual de monte. Sobre el vacío vertiginoso se remonta el pensamiento sereno como un águila. Grandioso el mundo ido y el que subsiste, profundo el trazo histórico, bello el paisaje exterior, noble la construcción humana aun derruida. La fábrica devastada se afirma rotunda en el espacio, vuelve por el tiempo. Nuevamente el enorme tambor reconstituye sus muros y sus galas, el aire se puebla con los rugidos de las fieras, las voces desesperadas de las víctimas, los gritos excitados de la multitud enardecida. El César, implacable, rige el mundo, es el amo de su capricho y de las vidas. Hombres y fieras pagan tributo al imperio en decadencia. El Coliseo es un circo de crueldades y extravíos. Una pequeña Cruz vencerá de su fuerza y su grandeza. Y una luz azafranada baña las piedras y las devuelve a la quieta circunspección de su postrado yacer. El vasto recinto vuelve a restituirse a su calidad de símbolo de fuerza, de majestad caída, de signo frágil entre lo perdurable y lo perecedero. Ni el Imperator, ni el guerrero, ni el mártir ni el hombre sensual tienen ya cabida en sus paredes mutiladas. Al pandemonio antiguo ha sucedido el canto sosegado del coral cristiano. Ahora sólo el arqueólogo, el artista, el filósofo, el estudioso, el viajero deslumbrado buscan sus ámbitos. El gran edificio, imán de sugerencias, tiene como la montaña un aire de majestad y pesadumbre que agobia al espectador.

Para Roma antigua, aquí se dio la mayor concentración de gentes, de riqueza, de ruidos, de pasiones desbordadas. En la moderna Roma el ámbito ovoide constituye un refugio de paz, de soledad. Descontando — ignorando — esas pocas gentes que se mueven como hormigas allí abajo, podrías decir, como el poeta:

—Estoy solo en el centro del mundo.

Si habitaste las entrañas del coloso — no pasar, sino quedar, ahondar en el misterio de sus metamorfosis espaciales y constructivas— podrás decir que esta masa insólita te ha dado el sentido profundo de la historia: cuando el hombre eterniza su morada para afirmar la voz de su proeza transitoria.

Díle vueltas para despedirme, lo avizoré de distintos ángulos de enfoque, y conforme me alejaba por la Vía del Foro Imperial, volteando con frecuencia para verlo mejor, el titán me acompañaba con su mole augusta, con sus ojos huecos, sus arcadas armoniosas, la belleza magistral de sus muros decapitados, ese conjunto excelso hermosamente redondeado.

“Colosseo ”: el bisabuelo legendario sólo comparable por su poderío y mansedumbre, por su grandeza real y su belleza ideal, con los grandes nevados de los Andes: dioses de luz.

Regreso a la idea del “eterno retorno” que Nietzsche tomó de Heráclito para acercarla en modo fantástico, poético a nuestra comprensión: un día aún lejano, en esta misma Roma, en este sitio, a la misma hora, bajo este sol que enfervoriza los muros y los árboles, otro hombre — yo

mismo tal vez — volverá a sentir las mismas profundas emociones, contemplando al viejo coliseo en el misterio del atardecer romano. Y reescribirá esta meditación apasionada que viene de un tiempo sin tiempos y rueda hacia un futuro sin fronteras.

EL RELÁMPAGO EN MEDIO DE LAS SOMBRAS

Si miráis en torno, si queréis expresar la realidad circundante, parece que reina la fealdad; que los corazones, secos, exprimieron todo el zumo de la vida. Un nuevo modo de sentir, una distinta manera de narrar disolvieron los antiguos cánones.

Filosofía de tinieblas, viento de los sepulcros, alma y mundo se sumergen en las sombras.

Duro, penoso transcurre el quehacer humano, pero más difícil todavía describirlo. Muera siempre la amenaza destructiva; adentro la lenta dispersión de la confianza. En sólo un día ocurren tantas cosas, sujeto a tales tensiones vive el ser, velocidad y mudanza lo acosan tan despiadadas, que la persona, en sentido profundo, cree no existir ya: pasa, se modifica sin cesar, rueda, vuelve otra vez, fuga, retorna, está partiendo siempre. No somos: transcurrimos. Si alguno se piensa dueño de sus actos, locura o vanidad; no siente el poder oculto de las redes que lo envuelven y lo mueven.

El hombre que era, ahora sucede.

Sucede que vivimos descontentos, desbrujulados. La gente ya no pregunta al misterio porque el misterio no existe. Yanquis, rusos, profesores alemanes, finas inteligencias europeas lo contestan todo. Máquinas llameantes rasgan el universo. Otras hablan, calculan, discurren cual cerebros mágicos. Todos los seres se afanan rodeados por problemas y en el mayor de adecuarse a un mundo siempre móvil, exigente siempre. No queda tiempo para meditar.

¿No buscaban los antiguos el movimiento continuo? Nosotros lo habitamos, somos traslación sin pausa. Avanzamos, mudamos, nadie quiere detenerse. El espíritu es apetencia pura, apodérase de cuanto se le ofrece o imagina. Música, literatura, arte y artesanos, como el físico y el químico, el político y el técnico ya no buscan verdad, belleza, equilibrio racional, mas el secreto para dominar la materia y gozar los poderíos. Sensaciones. Vértigos. Inventos. Romper la línea de los horizontes.

El hombre en movimiento es fiel imagen del universo en expansión.

Si refieren que aun acaricia el oído el trino del poeta, que el artista se sumerge en sus reinos de cristal, o que santo y filántropo erigen silenciosos sus torres de amor, duda. Porque si bien existen, ocasionalmente, en parajes aislados, en general la sociedad moderna tritura al poeta y al artista, al santo y al filántropo. Les exige ser hombres de voracidad antes que criaturas de vocación. Los detesta, los apalea; si los halla débiles, los pisa y los aplasta. Sólo el animal de presa —el oso y el halcón— tienen cabida en sus cubos murados de vidrio o en sus plazas extensas surcadas por los aeroplanos sedientos de poder. A no ser que el genio se comercialice, vista librea complaciente, sirva la mercadería que le pidan: entonces puede subsistir.

Pero no es cierto que la fe se haya perdido; el varón ama su alma. Y cuenta el vaticinio de su porvenir. Supremas cavilaciones. Lo que acontece es que pocos piensan en Cristo o en el Buda, porque la idea de Dios no tiene acceso al área de los sabios y los técnicos.

Se diría que somos o aparentamos ser hijos de fealdad y sequedad. A fuerza de violentar su potencia receptiva, los hombres cavan el descenso del entendimiento, debilitan el rayo azul de

la sensibilidad. Minan sin descanso el cimiento lógico de la mente, lo envenenan con pérfidos néctares. Cuanto más plural su actividad, se disocian con mayor rapidez en lo interno.

La nueva instrumentación, para orquestar los ruidos de la presión moderna, se manifiesta por el lenguaje descarnado y la hipertrofia del mal. Aquel que cuente los asuntos más horribles en el estilo más descarnado —y descarado— será favorito de los públicos. ¿Para qué nombrar libros y autores si todos los conocen? Erotismo, inmoralismo, crímenes y escándalo: es una cabalgata apocalíptica. Quien ignore los cánones del idioma seco y el tema escalofriante, no será mentor en esta época. Suciedad, escualidez: he aquí los guardianes del gusto actual.

Entonces ¿por qué y para quien escribe el que elude fealdad y sequedad? No importa ser leído o permanecer desconocido, componer para hoy o para el tiempo. Evitar la deserción del espíritu, el envilecimiento del lenguaje, la vida enmascarada: esto es lo que cuenta. Vivir es noble y bello aunque alas trágicas bordeen la sombra de los días. Y el idioma opulento, majestuoso, como árbol de mucha fronda. ¿Por qué negar la fascinación armoniosa del hombre y de su historia, si el portento es signo de su permanencia? Bello y noble es vivir, como el sol que despierta el mundo cada día a despecho de guerras y de crímenes. La risa de un niño, el vuelo de un pájaro, la ternura de la madre y de la esposa nos rescatan de miseria.

Y al idioma se ha de ofrendar, si no en períodos certeros, en el juego rítmico del vate florentino, ni con los primores del estilista levantino, siquiera en la gozosa certidumbre del que ama su herramienta y su vocación.

No importa que Elohim, el serafín vencido, recupere los reinos terrestres. Las almas fuertes no sucumben a su hechizo.

Bien mirado, el narrador actual falsifica lo que fue. Lo distorsiona, lo empalidece, lo deforma: no alcanza a reproducirlo en su virginal lejanía evanescente. En su relato persisten las líneas de fuerza, las voces sugestivas del apartadísimo pasado, mas huyeron soplo y perfil recónditos. Se habita bajo un cielo azul que azula mundo y vida; se escribe, empero, encapsulado por un artificial firmamento grisáceo. Aunque lo sucedido muerde, no suelta; contarlo no transvive el ímpetu sagrado que pasó. El recuerdo es una imagen y nunca la imagen superó la tensión gravitante de los hechos. Porque el suceso es así: una sola vez y para siempre. Evocarlo es reducirlo, despotenciarlo. Pocas veces el poeta o el prosista dan la sensación profunda del suceso original. Y éste es el enigma vivo de la memoria y de las artes: cuanto más próximo el arestado confín, menos se divisa; y sólo aquel que es capaz de hundirse en remota soledad puede volver atravesado de relámpagos.

El lenguaje, si quiere ahondar, resucitar, ha de haber grandeza y majestad de mar. Solidez de montaña. Cóleras aéreas. Encantamientos del fuego y de su llama. Didáctica genial: evitará los artificios retóricos, la hojarasca descriptiva, el desbordamiento emocional. Será fuerte sin exceso, delicado sin sensiblería. Buscará en el hombre, en el mundo, las maravillas del ser y el persistir. Como la música se henchirá de sonos, como la pintura encenderá el color en sus formas, como la estatuaria entregará el secreto de sus proporciones, como la arquitectura guaro dará relación entre su interna geometría y su exterior apariencia.

Para narrar, para recrear: como el cuchillo que cercena la fría impavidez de la carne inmóvil, la memoria cortará sin vacilar la masa oscura de las reminiscencias. Y al primer tajo se iniciará el combate: lo ido y lo que evoca buscando definición en su pelea. Conforme acuden las antiguas presencias olvidadas —claras, borrosas, pertinaces, o desmelenadas— chocan las palabras con ellas, se friccionan, se desesperan por robarles su secreto, pugnan por romper su estructura entrañable, atomizarla, para reconstituirla después en pedacitos de un mosaico fantástico a gusto del recordador. Pugna salvaje: las imágenes que se resisten a devolver el esplendor inicial; el idioma que pretende vivificar lo evaporado. Ellas son fuertes, compactas, se apelonan cual nubes de verano, esconden sus formas en una sucesión de planos y de masas, pelean y resisten, no quieren ser des integradas. El es tenaz, inexorable, las acomete, las

despedaza a dentelladas, a zarpazos les roba su secreto. A veces captura ricas presas, a veces vuelo ve con las fauces vacías. Porque no basta recordar; sugerir la potencia intacta del recuerdo es más difícil. Entonces las imágenes toman su desquite, introducen su propio desorden y anarquía en las filas contrarias, descomponen el orden lógico de los vocablos, invierten las metáforas, abren falsas perspectivas de tiempo, distorsionan los ángulos de enfoque. Apolo y Picasso. Puede el miniaturista flamenco reconstruir la hermosura lineal del paisaje, la veracidad expresiva de las figuras; todo nítido, capturable, magistral de esencia y forma. Pero el escritor combate en zona de nieblas. No ve: adivina. Una vaga penumbra, cierta voz ultratumbal, el dardo que hiere la memoria olfativa, un grano de arena que vuelve a rozar la mano yerta, un mínimo sabor podrían destruir el edificio evocativo. Nada es verdadero y todo es cierto.

No basta amar, sufrir, inteligencia, dotes sensibles, técnica expresiva, tema, personajes, atmósfera o estilo. El fantasma brota del relato mismo y es la manera de ver, sentir, intuir, eslabonar y comunicar experiencias o imaginaciones. No hay, en el fondo, en rigor crítico, estilo: sólo el escritor que conforma por el milagro idiomático el rayo anímico animador de su tarea. Despertar el entusiasmo, volver a encender el fuego abolido, edificar pacientemente el templo y las columnas. No hay otra clave.

Y aunque escuchéis mil veces sostener que la investigación del átomo, los astronautas, el poder mortífero de las armas destructivas, la política, la economía planificada, los grandes desastres naturales y las matanzas colectivas abruman a la humanidad; que el hombre se ha vuelto cínico y codicioso, sensual, violento, maligno y descreído; que poco o nada se puede ya esperar del utilitarismo y los peligros reinantes; pensad mil veces que en medio de la tormenta se anuncia el advenimiento de la espiga.

Porque mundo y sociedad no son originariamente malos: los emponzoñan con carga de maldad y de extravío. Y el hombre es bueno, a pesar del látigo que lo obliga a callar y del dinero que muchas veces lo envilece y lo despeña.

Artes y literaturas resurgirán del vórtice crepuscular que las envuelve, si el alma se rebela y deja oír su protesta. Porque así como es imposible deshumanizar a las criaturas, es ilícito afeardar a la naturaleza, hermosa por sí misma. Y la desesperación de ver cerrado el horizonte —miedo, psicosis de abatimiento, el mal gusto, escándalo, crimen, sexualismo, fanatismo partidista, hastío y desazón— puede vencerse. Cuando la voluntad flaquea, volver al sentimiento. Poned vuestro amor en un pequeño ser, en una planta, en una estrella, en un niño, y el mundo renacerá tierno y fragante cada amanecer.

¿Que el universo es insondable? Tampoco reconoce dimensiones el espíritu. Se agota la cantera para el débil, jamás al esforzado. Y no son lo importante nombre, renombre, el ingenio del "best-seller", la perfección estilística, sino el fervor con que se construye la casa bajo el cielo. Casa de humildad y de alegría, aunque narre sucesos tristes, porque descargaron el corazón de quien los dijo y se dirigen a otros que aguardan cercanía.

Y al muro que se derrumba se ha de oponer la nueva morada en construcción.

Millones escriben, pero son pocos millares los escritores. Porque escribir, contar, dar ilación a lo evocado es fácil: todos pueden hacerlo. Pero crear, iluminar con la escritura es alta cosa. Y no busquéis el facilismo contemporáneo, la exasperación de los sentidos, el tiburón voraz de la novedad, morbos concupiscentes, el histerismo del sufrimiento voluntario, los tentáculos del vicio; sino el ritmo tranquilo del ser, del transcurrir elementales, el reposo confiado, la serena actividad que por su propio hechizo esparcen bienestar.

Una aldea puede ser más profunda que la urbe. Un alma simple contener más carga eléctrica y comunicativa que la personalidad atareada y problemática.

En cierto sentido, para un renacimiento del varón natural, o un retorno a la dignidad del que cuenta y de quien lee, más vale la pura leyenda del serafín de Asís que la deslumbrante historia del guerrero de la Ilíada que concita emulación. Hemos perdido el goce del mirar desinteresado y con él la claridad del juicio. No somos malos: nos malearon el andar en iniquidad, la ambición desapoderada de los ansiosos.

Al varón astuto, a la hembra insatisfecha se dirige la literatura actual. Supremos gozadores de usufructos. Todo les está permitido: mandan, pagan, deben ser satisfechos.

Pero aunque ellos constituyan mayoría, quedan muchos que aman la vertical rectitud del ser, la belleza feliz o dolorosa del mundo, un vivir desprendido y anhelante. Para esos otros esta música de esperanza.

Y no creáis a quien narra sucesos inauditos o presenta personajes torturados. Ni la falsa juventud de las películas y los barrios bajos. Ni el artificio de la intriga, ni la cínica exhibición de las pasiones excesivas que no debieron salir de los cerebros enfermizos que las engendraron. No son el canto del mundo ni al hombre de verdad reflejan: lo desvirtúan. Rechazad las plumas mentirosas que melodramatizan al gusto sensiblero de la época.

Dostoiewski describió los movimientos, la tempestad de las almas. Sartre y sus epígonos exhiben los monstruos crueles, repulsivos del cerebro.

Y si el viejo mundo se complace en las delicuescencias de un ingenio morbosos, que el nuevo sea sano, viril, veraz cuanto la naturaleza misma: beldad que mira al equilibrio, al armonioso ascender, al proporcionado desarrollo del hombre y de su vida.

No se cuenten horrores, sino fulgores del humano destino.

Porque es tarea de varón edificar sobre el amor y la inteligencia de las relaciones. Y todo aquello que aniquila o debilita debe ser combatido y ahuyentado.

No busquéis el rumor de las catástrofes inmensas ni la histórica huella del sufrimiento colectivo. Cuando llegue la hora de sufrir, cada cual padecerá su carga de angustia. Ni los sucesos estupendos ni las vertiginosas historias. Pudiera ser que el trance extático de un "coquero" empujado en la flecha del árbol, esa pequeña mancha de oro del pájaro que enciende la masa oscura de su fronda, encierre el enigma del universo. Pudiera ser.

¿Ha de llegar el Milenio? ¡Que llegue! No fundamenta la manía apocalíptica. La azuleidad del cielo no engaña: el mundo no se construyó para las sombras. Ni las almas mienten: esparcen claridades. Y es hora de elegir libremente, porque como sea el tamaño del extravío crecerá la dificultad de redimirse.

No busquéis el pavor, mas caminos de nobleza. Alejaos del filo del espanto, porque la ansiedad de las criaturas sólo se mitiga en la confianza y en la espera valerosa. Y confianza, vida y alegría en su corazón necesita el hombre para cumplir el ciclo que le fue designado.

Y una historia que se cuenta es también como el grano que cae en el surco: habed manos de sembrador si queréis siega promisoras. Y a la serena como prensión de las criaturas van las palabras del meditador, a su bondad, a su ternura. Al poder resurrector de su inteligencia indeclinable.

Porque si uno os habla y encuentra resonancia, la historia se santifica por el Verbo. Y si los labios del narrador granan la dicha o esparcen inquietud en los que atienden, regocijaos corazones trémulos: estáis rozando el misterio.

Y el misterio final de ese pequeño soplo que es la vida humana, linda con estas tres palabras simples que dicen sin descanso y hasta siempre:

—Amad, creed, confiad hasta el último instante antes de la muerte.

MEDITACIÓN DE LA SIXTINA

¿Está provisto el hombre medio de hoy de las antenas fuertes y sutiles para captar las poderosas radiaciones del arte de Miguel Ángel?

Ver no siempre es comprender. La meditación rápida sugiere sin ahondar. Muchos pasan sin pregunta porque no buscan respuesta a su inquietud efímera. El gran florentino, para ellos, es un nombre, una proeza, el titán que simboliza la energía prometeica del artista. Pasa, para el sentir moderno, como una idea mítica: es más lo que encarna que aquello que transmite.

Poco puede absorber el varón de velocidades de la quieta majestad de sus obras inmortales.

Volverás a la Capilla Sixtina, dos, tres, cinco veces; y como el bosque frecuentado te va entregando lentamente sus líneas y enlaces misteriosos, cuanto más lo visites irá brotando del recinto famoso un otro mundo subyacente. Aproxímate, indaga, persiste: cada búsqueda acrecentará el cosmos visual y el interior miraje, porque se mira dos veces, desde adentro y hacia afuera, cuando espectador y meditador se familiarizan en el acercamiento a la presencia portentosa.

El "terribilissimo" es el maestro de arte mayor que no acaba jamás la lección interminable de sus excelencias.

Regresar a la Sixtina es siempre sacudimiento y pasmo del alma. Nunca entiendes del todo, poco aprehendes de su magia oceánica; este mundo fabuloso de formas y colores anega en la inmensidad, en la variedad de su mensaje. Es de una tal fuerza y novedad que no puede ser capturado; se mantiene en tensión de fuga. La pluralidad de temas, la abundancia contrastante de las figuras conspiran contra la natural absorción del mundo plástico. Acosado de todos los ángulos por fuerzas gigantescas que te oprimen, tu respiración estética vacila: no puedes abarcar ni entender lo que te excede.

No le faltan defectos al recinto. La bóveda se comba muy alta, aleja las figuras. Falta luz. Masas, colores, motivos ornamentales se multiplican sin freno. Hay más de lo que debiera haber, una acumulación de temas, seres y paisajes que hiere la modestia del entendimiento. Es como si alguien dijera:

—Estás aquí para salir del área mortal y entrar al campo de los dioses. ¡Sacúdete, multiplícate! Cobra ímpetus de fuerza en expansión. Atrévete a elevarte a lo que te excede.

La estancia es, ciertamente, pequeña para contener tantas y tan variadas maravillas. Solamente los doce frescos laterales de los muros bastarían para hacer del recinto un emporio de arte. Los frescos de los maestros umbros y toscanos —Pinturicchio, Rosselli, Piero di Cósimo, Boticchelli, Perugino— sobre motivos bíblicos, constituyen un ciclo pictórico de incomparable seducción. La fama lleva primero los ojos al "Juicio Final" y luego a la Bóveda Insigne, pero si hay la voluntad suficiente para resistir el flujo imantado del titán que señorea el recinto, el friso sinfónico de los frescos laterales aparece como un zócalo armonioso de indescriptible poderío. Aquí no hay aéreas turbulencias ni desenfrenos de la imaginación; más bien un orbe dulce, sosegado, que

apacigua las cóleras del alma. Una construcción pautada que hace resaltar más vivamente, con su sentimiento equilibrado de las proporciones, la finura del dibujo y la delicadeza colorística, el universo tempestuoso y desmedido de las creaciones de Miguel Ángel.

La afinidad de concepción y de estilo de los maestros citados, hace que sus frescos respiren un aire familiar: parecen, todos, como brotados de una misma mente, trazados por la misma mano. Sólo el técnico o el entendido podrían distinguir sus diferencias. Escucha, en primer término, la orquesta de Haydn o de Mozart, de noble y sereno encantamiento. Pasa, luego, al dolor desgarrado, a los éxtasis sublimes de la sinfonía beethoveniana: es la distancia que media entre los frescos inferiores, y la Bóveda y el Juicio de la Sixtina.

Antes de enfrentar los juegos potentes de las grandiosas creaciones, sumérgete en la vaga dicha de umbros y toscanos. Fingen ser obras menores mas no lo son. Fruto de una tensión distinta del espíritu, describen, fijan un territorio poético de indecible armonía. Saber mirarlas y gozar las en la suave rotación de su misterio.

Quien oyó la "Novena" o la "Missa Solemnis", podría pensar que nadie superó al gran sordo en fuerza creadora: ¡qué riqueza inventiva, qué imaginación potente y renovada, qué transportes de sentimiento en la expresión! Pero aquí, frente al "Juicio Final", se alza el otro titán con sublime iracundia, también él osado y hercúleo, victorioso y doloroso hasta el humano límite: como nunca, para siempre!

Paisaje sin paisajes, desprovisto de apoyaturas arquitectónicas o decorativas. Ni símbolos ni alegorías. Cuerpos, cuerpos; solamente cuerpos. La humanidad en estado adámico, grandiosa y mísera a la vez. Al principio el espectador se confunde por el apelotonamiento de las figuras y lo cerrado de los grupos; luego se va orientando en la ordenación oculta del desorden deliberado que impuso el artista. La concepción audaz, el movimiento intenso, la profusión de masas contrastantes inusitada, dijérase una cabalgata de colosos: andan, vuelan, se atraen y se repelen, se afirman finalmente con la poderosa osadía de su marcha plástica: son!

El hombre, representación potenciada de la naturaleza, aparece en el "Juicio Final" en todo su esplendor animal y en su vigorosa espiritualidad; cuerpo y alma conjugan voluntades. Los colores ni muchos ni muy vivos se subordinan al empuje de la línea; más ayudan que definen. Probablemente fueron más intensos en su origen. El Cristo Juzgador, tan admirable cuanto criticado, aúna la simbología representativa de la pompa católica con el empuje varonil del héroe apolíneo: Cristianismo y Paganismo en una misma espiga. Junto a la Virgen recatada y dulce, este Salvador musculoso y sólido, es la más enérgica afirmación de la materia somática. Encarna la idea y la representación potenciada del reino carnal: es báquico y hercúleo a la vez. Pero aun dentro de lo macizo y estático de la figura, que sugiere al luchador romano, el aire de majestad del rostro y el movimiento de las piernas y los brazos esconden un enigma sagrado. Los ojos miran hacia abajo, ocultan el secreto divino. Es una imagen terrible y cautivadora a un tiempo. El Cristo dinámico del Renacimiento. Tan opulento de formas como señorial por su actitud. Una escultura animada que trasciende más allá de los límites pictóricos. ¿Cuál, fue la Idea recóndita que movió la mano del artista, al crear esta figura descomunal? Queremos pensar, como creyentes, que es sólo una representación exagerada del Salvador. Un ateo, en cambio, podría sostener que se trata de una figura divina y satánica a la vez, porque expresa la fuerza y la piedad conjuntamente; los poderes del amor y del terror a través de la envoltura corporal.

Es la figura más trágica y misteriosa de la pintura occidental.

En torno a ella, como concentrándose a los llamados de un sol cálido, se mueven buenos y malos, justos y pecadores, santos y réprobos, ángeles y demonios, toda la escala humana y seráfica, la mayoría en actitud de atletas airados, en una suerte de olimpiada sobrenatural que el artista transcribe con potente destreza, como si quisiera atenuar la miseria de las criaturas caídas, con el esplendor de los cuerpos victoriosos. Es la selva delirante del último juicio, la humanidad sufriente y anhelante.

Debido a la altura y dimensiones del gran fresco, el visitante no puede captar claramente las figuras; ellas se observan mejor en los libros que las reproducen. Son tantas y tan variadas, que merecería, cada una, estudio ceñido y meditado. Baste mencionar ese robusto mancebo que domina el grupo de los elegidos, en el ángulo superior derecho del Cristo, con quien tiene un cierto aire familiar y que por la fuerza del movimiento y lo patético del mirar, es por sí solo un portento plástico.

No se ha dado, jamás, mayor sensación de energía, de movilidad, de animación en la pintura. Tiene el fresco grandioso un poder interno despertador de agitaciones visuales. Diríase una visión anticipada de los dinámicos dioramas del cine moderno. Todo en él es muchedumbre en marcha.

En el umbral de la Eternidad —refiere plásticamente el maestro— así nos veremos todos, desnudos, agobiados, confundidos, atemorizados, pero carnalmente aun vigorosos y arrogantes, frente al Juez Supremo encarnado en esta figura resplandeciente que absorbe al Hércules Mítico, al Apolo Clásico y al Cristo Vencedor, como símbolo final de la divinidad humanizada, potente y resurrecta.

La carne canta una sinfonía heroica de dolor y de victoria. La forma humana padece, peralta y resplandece. En el torbellino del "Juicio Final" arde el "Dies Irae" de Miguel Ángel. Enfurecida, desgarrada, titánica en su orgullo y en su poder somático, la muchedumbre inmortal ruge el mensaje sempiterno: el hombre es un ser destinado, a pesar de su grandeza y su miseria. O por ellas mismas.

Si sabes ver, si llegas a captar el mensaje de esta lengua sibilina, el "Juicio Final" te envuelve y te arrastra en el movimiento vertiginoso de sus formas. Porque como el universo en expansión avanza, siempre, desde las profundidades del ser hacia los abismos desconocidos de Dios, nuestro Señor.

No sale, uno, del terror sublime del "Juicio Final" y debe elevarse, todavía, a la gloriosa inmensidad de la Bóveda Sixtina.

Cuando el ojo se acostumbra a la semioscuridad del recinto, a la lejanía donde se remontaron las figuras, desciende al espíritu el orbe plástico más fuerte y exuberante que haya imaginado el hombre. Si el "Juicio" es la tempestad organizada, un pandemonio nocturno de los cuerpos, la Bóveda es el triunfo diurno del enlace entre criatura y creación, la más soberbia descripción idealizada del origen del mundo y el destino de los seres que contiene.

La triple ciencia del arquitecto, del escultor, del pintor se concertaron para componer esta "opus magna" que no tiene par en su colosalismo constructivo, en el arrebatado de la inspiración, en la salvaje voluntad realizadora que la anima. Está por encima, de los cánones estéticos: no se puede clasificar en escuelas ni en estilos. Fluye de las escrituras, habla un lenguaje nuevo, enlaza y dispersa el torrente de sus volúmenes, sublima el cosmos antiguo, anticipa tal vez otro que vendrá... Es un mar delirante de formas y colores, pero también, como el cielo estrellado, obedece a un orden gigantesco que se admira sin comprender. De primera impresión, anonada, entristece: se halla tan distante de la humanidad mortal. Escenas aterradoras que desbordan la imaginación más inflamada. Figuras musculosas, atrevidas, de audaz anatomía, encarnan la idea arquetípica de la belleza varonil. Colores magistralmente contrastados para relieves mejor la separación de cuerpos y de masas. Con astucia secretísima se apoyan mutuamente la geometría decorativa de cornisas y de ángulos y la sabia disposición de los cuerpos desnudos que ligan y soportan el conjunto arquitectónico. Las figuras están concebidas de ángulos violentos, en escorzos increíbles, que dan la máxima sensación de movimiento. Nuevamente Miguel Ángel ha convertido la magia estática de los primitivos en el torbellino dinámico del Renacimiento: sus criaturas viven, hablan a gritos, se apoderan del ojo y de la mente, agitan el paisaje que las ciñe y se conmueven por sí

mismas. Poseen un dramatismo interno que ha trascendido al escenario, y a la intencionalidad apariencial de los cuerpos.

Para el ojo familiarizado con el soberbio espectáculo, la Bóveda Sixtina se mueve lentamente: como el cielo cuajado de constelaciones.

Goethe, maestro de medida, pudo admirar figuras aisladas, rostros, detalles, pero su mirar sereno de Júpiter clásico, se perdía en este delirio fáustico de las formas, como su oído equilibrado se turbaba al influjo de las tormentas de Beethoven. Es que la Bóveda, al narrar tumultuosamente el encuentro de hombre y mundo, ha desatado para siempre la conciencia de su soledad y su abandono. Es como si una voz misteriosa dijera:

—Vivirás en estrépito y confusión, ligado a los demás sin perder tu propia soledad connatural. El orgullo de tu lozanía es sólo el anuncio de tu caducidad. Dios está en todas partes o en ninguna. Más allá de esas representaciones inocentes del artista. Existe en una forma o maneras que escapan a tu poder de comprensión. Te sacó del caos, te sumirá en otra luz ultraterrena, pero aquí mismo te deja librado a tu drama y perplejidad: estás acompañado estando solo. La eternidad te huye, lo efímero te apresa. Y quien vuela más alto cae más hondo en el dolor de comprender.

Miguel Ángel excede las posibilidades normales de apreciación de la mente. Irrita, deslumbra, espolea, no da tregua a la razón ni al gusto. Buscó el punto de aproximación imaginaria entre Creador y criaturas con desesperado ahínco, por ello sus figuras desmedidas desbordan las tensiones de esa búsqueda: encantan, desencantan, finalmente abruman, sobrecogen porque hablan el idioma brutal de un tiempo sin tiempos. El mito del superhombre que la filosofía y la política han visto hecho trizas muchas veces, cobra en la Bóveda Sixtina tangible realidad: no puede ser destruído. Estos seres gigantescos, de trágica grandeza, condensan y subliman el sueño más osado de la humanidad: evolucionar hasta el estado supremo del varón y la mujer físicamente perfectos, terribles y hermosos de apariencia a la vez, titánicos de sueños y de fuerzas, liberados del temor al Dios desconocido y a la implacable naturaleza. Y es éste el dramático sentido de la obra inmortal: concebida bajo el arcano de una inspiración cristiana, ha desatado la vorágine oscura de las remotas paganías, levantando el velo de las edades futuras. Habla de arcángeles y serafines caídos, pero también de gozosos vencedores y soberbios señoríos.

Es un himno a la Vida, un réquiem al humano destino, porque detrás de tanta fortaleza atisba la Muerte.

Parecería que todo el ciclo de los astros y de los hombres ha sido aprisionado en esta epifanía "de la corporeidad radiante: ¡qué figuras hermosas y tremendas! Parten de Dios, se mezclan con Satán y con el Ángel, se detienen y se exaltan en el hombre. Su creador —el florentino— era creyente, católico firmísimo, ¿pero sabe el artista las fuerzas que desata y pone en giro? El genio que lo trasciende desencadenó energías que ya nadie puede gobernar, que vienen de lo más apartado del ancestro natural y van a lo más lejano de las eras futuras... Las figuras en cierto modo demoniales de la Sixtina, por su carga excesiva de fuerza y de grandeza, anticipan la era de la energía, de los bólidos mecánicos, de los gigantes cerebrales que exploran y quieren comunicar el universo.

Como los dioses antiguos que la piedra perpetuó, los seres de la Bóveda son ídolos y criaturas excelsas a un tiempo. Amados, temidos, superan la medida común; no pueden dialogar con las almas pequeñas. Son los guardianes de un reino estupendo al que sólo se llega por la osadía del pensamiento y la superación espiritual.

Dicen que Miguel Ángel lloraba, se desgarraba al engendrarlos.

La bóveda excelsa no surge de un sueño idílico, de una pura aspiración de belleza, de las zonas claras que iluminan el espíritu del artista: brota de más lejos y más hondo, de las regiones

oscuras del dolorido comprender, allí donde el pensamiento se tortura y se desgarras. Conciencia y subconciencia a la vez. Todo fue transcrito y se transcribe como hechura del genio y a pesar del genio mismo. Inframundo y supramundo tocándose las alas, sublimados en esta fiesta de los sentidos que fluye del combate de las pasiones. El enigma cósmico exaltado por la figura humana. Aquí termina el arte clásico, aquí nace el arte moderno. Es una cordillera de formas y de estilos.

Aunque analíticamente, morosamente se observe mejor en los libros, la Bóveda de Miguel Ángel sólo se puede admirar en su descomunal hermosura, en su redonda grandeza, viéndola desde abajo, tumbado casi el espectador en los duros bancos de madera.

Es un santuario. Gentes de todas las razas y religiones lo visitan sin cesar. No todos entienden el mensaje tremendo de la Bóveda y del Juicio, mas todos dejan su asombro mudo.

Inventario de humanidad idealizada, doscientas figuras imponentes hablan para el tiempo. ¿Cómo elegir en los frescos de la Sixtina, si todas ellas esplenden igualmente poderosas, nobles, de hipnótica atracción? El Creador, Adán, Eva, profetas, sibilas, personajes bíblicos, jóvenes genios; cada figura es una apoteosis corporal, una exaltación del espíritu. Personalidades singulares.

Paisaje, motivos ornamentales, símbolos como fondo o accidente; lo que cuenta es la epopeya victoriosa de los seres. Cuerpos fornidos, arrogantes, a veces de extrema abundancia carnal, que reflejan la plenitud física y la tensión del ánimo. Una belleza salvaje, dramática, en cierto modo agresiva, que violenta al observador. La forma humana, su esplendor, su caducidad. ¿Debemos lucir, pasar y perecer? Por ello mismo: representémosla en imágenes fuertes, osadas, vencedoras, resplandecientes de energía y de hermosura como si los hombres fueran inmortales.

Cuatro años pasó el florentino en vilo, tumbado en los altísimos andamios como una araña en su tela, pintando el techo extraordinario. Nadie podría medir el sufrimiento devorador que ha costado el mayor orbe plástico brotado de mano humana.

La majestad visual de la Bóveda despierta pavor y júbilo. Oprime, entristece, apesadumbra. Luego nos alegra y engrandece. Esta epifanía de la forma y de la carne angustia y eleva simultáneamente. Somos pequeños para soportar la carga excesiva de la medida miguelangelesca, pero nos dignifica acercarnos al mundo colosal de sus creaciones. El maestro toscano ha dibujado otro cielo en la tierra: para mirar, para admirar, también para sufrir y meditar. El sueño roto de Nietzsche yace aquí en toda su grandeza y vivacidad: el hombre desarrollado, peraltado hasta el extremo límite de su poder de dominio. Es la morada gigantesca de seres superiores, que participan de lo angélico y luciferino a un tiempo, sin dejar, por ello, de ser esencialmente representaciones somáticas de estupenda conformación anatómica y humanísima expresividad.

No es solo una historia descriptiva. Es un mundo rítmico y triunfal, todo él traspasado, como la gran orquesta, de voces y enlaces prodigiosos. Encierra tales enigmas técnicos en materia de composición, de perspectiva, de movimiento de las figuras, de ciencia constructiva, de contrastación de colores y matices, que sólo podrá dominar la gama contrapuntística de los grandes frescos del Renacimiento quien haya profundizado el análisis minucioso del combo techo insigne.

Desde abajo, las figuras fabulosas se ciernen como arcángeles airados. Pasa el desfile de profetas, sibilas, genios absortos en su propio poderío. Es como contemplar el cielo estrellado: cada figura como cada estrella, con su luz y su vacío circundante, con su forma y centelleo peculiares, esparciendo, en conjunto, la mayor sensación de multiplicidad e infinitud.

Es la fórmula inversa a la otra —sublime— que Beethoven utilizó para la Novena: por la alegría a la tristeza. La historia del hombre narrada a medida de gigantes. El huracán de Miguel Ángel. Está aquí, se comba y se desplaza sobre tu cabeza: míralo!

En medio del torbellino de estos seres majestuosos, henchidos de fuerza y de arrogancia, que el ojo no se cansa de observar, surge la belleza cándida y serena de la Sibila Déléfica, ese rostro hechicero que hace descansar de las temibles apariencias que lo rodean. Esta dulce y tierna cara, entre melancólica e indecisa, que mira al sesgo, como poseída de una tremulante ternura comunicativa, brotó de un éxtasis poético, cuando el poeta-escultor quiso descansar de la tormenta que lo devoraba. Es la más bella imagen de mujer que compuso el florentino, y podría competir con las mayores hermosuras del arte pictórico. La Sibila Déléfica: ¡qué tema intacto para un desarrollo literario! Este rostro subyugador, vivo, palpitante, como si fuera a entregar su secreto en voz baja, cuando mira es para siempre! Es el arcano femenino. El temblor fugitivo de la belleza. Un hondo sueño de amor.

La Sibila Déléfica: el testimonio del genio, ansioso de probar que conoce y alcanza el reposo armonioso, aun en medio de la inmensa tempestad de cóleras y distorsiones que excita el mundo apocalíptico t en que se mueven sus trágicas figuras.

VISITA A LA RINCONADA DE PALCOCO

Junio en La Paz. Pleno invierno. El cielo de añil, las cumbres resplandecientes, el sol de oro in- vitan a viajar. En el Ande es como si las estaciones trastrocaran su marcha: aquí la plenitud del tiempo seco rivaliza con los mayores primores de la primavera. El verano obsequia días de humedad invernal; tiene el invierno, otros, que fingen la frescura de la época vernal. Y el otoño engaña. Mayo, junio, julio: meses de esplendor climático. Todo sano, tónico, lúcido en ellos. El paisaje como más nítido, la mente como más permeable a sus incitaciones visuales. Por la sombra hace frío, hiela en las noches, pero en las horas soleadas el cuerpo acumula calor y el ánimo se carga de bríos. Es el tiempo de emprender cosas nuevas, ronda la aventura, hay un deseo de partir.

Si eres andino, escucharás el mensaje centelleante del invierno: sin nieve, sin lluvias, sin atmósferas grisáceas. La naturaleza, afuera, brilla sin nubes. El alma, adentro, se agita de impaciencias.

Es el tiempo más bello del año.

Armando Mariaca, propone:

—Vamos, mañana, a la Rinconada de Palcoco. Le gustará.

Es un paraje singular, a 74 kilómetros de La Paz. Desolado para quien no sabe ver, rico de novedad y sugerencias para el habituado a la severa economía de la meseta. Una vagoneta "Dodge", fuerte y rápida, nos conduce dócilmente. El camino es bueno. De tiempo en tiempo hago detener el vehículo para disfrutar mejor los encantos del paisaje.

Después de varios años, reencuentro con el friso estupendo de la Cordillera Real. Esa visión tantas veces retenida y nunca suficientemente profunda: el cielo hendido por las bocas de nieve, torres y fortalezas de cumbre, un largo poderío de rocas y de hielos que se tiende de un confín a otro. El altiplano es así, generoso, cordial: apenas rueda el vehículo por la meseta, entrega sin embozo sus secretos. Y la cinta soberbia de los montes acompaña al viajero como una procesión de gigantes que voltean lentamente los torsos formidables: Illimani, Mururata, Chacaltaya, Huayna-Potosí, Condoriri, Ancohuma, Illampu. Es la historia geológica del planeta contada en raptos de montaña. Ni los Himalayas poseen tal fascinación visual, porque allí los grandes nevados se cubren de brumas y cortinas húmedas, en tanto aquí, en el planalto paceño, el imponente escenario luce claro y nítido en la mañana invernal, como una galería de estatuas desnudas que no tienen nada que ocultar.

Tiene nuestra cordillera eso que, con ser grandes, no dijeron los hexámetros de Hornero ni los coros trágicos de Esquilo; algo que supera la grandeza fabricada de la escenografía wagneriana; ese poder inmanente, esa fuerza comunicativa, esa suprema poesía de la naturaleza que toca el alma y la estremece con el soplo de sus grandiosas armonías.

Quieto o en movimiento, cuanto mejor mira el viajero, se va dejando ganar por la ancha majestad de los " Apus" seculares: esos guerreros del tiempo mítico, esos montes que fueron dioses, paladines, númenes de los pueblos desaparecidos. Esa ronda de castillos inaccesibles que cobra rasgos y apariencia de titanes. La roca hecha hombre — refiere el mito. El hombre que transmigra a la montaña — contesta el poeta.

El mayor espectáculo de los Andes americanos: esa poderosa muchedumbre de esculturas, esa gigantomaquia andina que guardan con sus vértigos de altura Illampu e Illimani.

Pregunta, el hombre, en atrevido soliloquio, y le responden unos cantos corales de nieve y de basalto: la mayor peripecia del cordón terrestre en esta parte del planeta.

Desviamos a la derecha y la máquina abandona la carretera central internándose, por un camino inferior, rumbo a los montes. Hemos dado un giro por detrás del Huayna-Potosí, que descuella hierático a la distancia. De pronto una exclamación de asombro brota de mis labios:

—¡Armando, mire! ¿No es esa la cabeza de Tamayo?

Por el muro del gran nevado que mira hacia la cordillera, en la baja parte izquierda, la nieve, la roca, el sol y los juegos de las sombras han modelado una cabeza magnífica; se divisa con absoluta nitidez los rasgos faciales, el perfil impetuoso, el dibujo beethoveniano: es, verdaderamente, la imagen fiel del insigne poeta. Parece una ilusión óptica, una ofuscación mental. La vagoneta se detiene. Descendemos y podemos ver detenidamente el fenómeno: cosa increíble, es realmente la cabeza de Tamayo sin posibilidad de duda ni de confusión. Vacilo, todavía: ¿es que no puedo disociar la idea tamayana de la presencia andina? ¿Por qué los nevados me aproximan al recuerdo del grande artista? Posiblemente soporto una especie de espejismo de altura... Pero no: la testa viril, osada, luce impecable, sin que se desdibuje el más mínimo de sus rasgos.

Armando Mariaca sonríe burlón y explica:

— No quise prevenirle porque sabía que usted la vería por sí solo. Es Tamayo, no cabe duda. Mi padre descubrió esta cabeza en el "Huayna". Nos la hizo ver a muchos y todos, instantáneamente, reconocimos el admirable parecido. Sólo se la ve en ciertas épocas del año. ¿No es maravillosa?

Reanudamos la travesía y la imagen vivaz nos acompaña un largo trecho. Seguimos por unas pampas desoladas que antes fueron fincas renombradas: Palcoco, Santa Ana, La Rinconada. No puedo creer las cosas que mi acompañante cuenta acerca de su antiguo esplendor. Aquí se dieron frutos, árboles, siembras; una vida eglógica sin par. Hoy ni agua tiene el paraje. Casi todo el trayecto lo hacemos por zona despoblada. De vez en cuando las manchas del ganado, algunos caballitos salvajes. Vamos trepando, insensiblemente, hacia la sierra que encajona en sus laderas el valle. Tres lagos que mudan del azul zafíreo al verde esmeralda se eslabonan al pie de los altos cerros. Y bruscamente, al trasmontar un repecho del camino, la Rinconada de Palcoco aparece en su desnuda y desconcertante belleza: a 4.600 metros, al pie de tres nevados sin nombre, soberbios, de filos agudos, unas casuchas de calamina guardan los depósitos de las minas que explotan los Mariaca. Más allá otros montes inmensos, altaneros. Finalmente cerrando el horizonte, el hermosísimo glaciar de Chipaka y otro nevado que se curva hasta perderse en lejanía. Es un paisaje mágico, de un telurismo bárbaro y trágico, como desgarrado desde adentro. Una geología a

medio construir. O el arrebató cósmico detenido en plena tempestad creadora. Los genios térreos fabricaron el escenario en un dislocamiento fantástico. Un castillo de negras rocas altísimas. Un Illimani sin nieve. Y al estupor que causan estas formas aparentemente desorganizadas, de inquietante agresividad, he recordado un sueño de 15 o 20 años atrás: estuve, ya, en la Rinconada de Palcoco.

Para el trabajo humano soledad, dificultad, frío, viento, privaciones de toda laya. La mina misma, de donde se extrae el mineral, la primitiva "Fabulosa", está situada al otro lado del glaciar. Se llega a ella por senderos inverosímiles, a veces resbalando sobre el hielo y se transporta el mineral a mucha fatiga de hombres y bestias; porque todo es duro en esta región que hasta una gran compañía extranjera abandonó. Dureza permanente de la vida del minero; obrero, empleado o empresario, todos soportan su carga de sacrificio sin medir riesgos ni contingencias, porque minero, en Bolivia, es el osado, el animoso, el constante y tenaz que jamás se abate por adversidades ni contratiempos. Los Mariaca —ingenieros de minas el padre y uno de los hijos— constituyen una familia unida: donde está uno están todos. Armando, periodista y economista, ayuda también en las faenas de la empresa. La suerte no les acompañó todavía: trabajan, trabajan, sacan el sustento para sus hogares, pero su labor persistente, su ciencia y su experiencia aun no rindieron los frutos que era dable esperar. ¿Cuántos son los afortunados? Pocos; la gran muchedumbre de los mineros chicos, de los buscadores de vetas, de los empresarios audaces, se pasa la vida así, en pelea abierta con los hombres, con la naturaleza, sin renunciar a la esperanza, sin dejar la profesión o la afición que los induce a quemar sus mejores energías, sus ahorros, su vida misma en la persecución de la fortuna. El esfuerzo de estas gentes valerosas escapa al conocimiento de los demás; ellas son, sin embargo, las que hacen y sostienen la minería nacional. Los otros, los favorecidos por el azar o los que traen capitales y técnicos de fuera, cuentan con el inmenso respaldo de una empresa organizada y equipada; el pequeño minero debe reducirse a su propio esfuerzo: todo lo improvisa con ingenio y laboriosidad ejemplares. Estos Mariaca son la fe de Bolivia, modestos, capaces, penetrados de entusiasmo, con una sólida formación moral, trabajan para sí con la mirada puesta en la comunidad. Su inquietud idealista se reparte entre la Patria y la Familia: Armando, a los 35 años, padre de cinco hijos, sueña con una mina rica y un diario combativo. Piensa que la industria y el periódico son dos instrumentos para el bienestar colectivo. Está lleno de iniciativas y presto a realizar cualquiera tarea.

El Juan Torrejón, un cholo fornido y simpático, maneja los almacenes de la mina. Vive en la soledad del puesto sin otra compañía que su familia y el perro "Kaiser". Tiene sobre sí la responsabilidad de abastecer a las gentes de la mina y asegurar el tráfico de materiales. Cordial y pronto, es el señor del lugar. ¿Cómo será su jornada en el desolado paraje? ¿Tendrá tiempo para el ocio o sus tareas lo absorberán por entero? Cerca de La Rinconada hay patos y "huallatas". Más allá suele atisbarse la delicia de las vicuñitas tiernas. ¿Pero es que realmente sienten estos rudos habitantes de la cordillera la atracción del paisaje, o connaturalizados con él se limitan a realizar su jornada diaria indiferentes al escenario telúrico?

Armando habla largamente, con toques poéticos, de cierta noche que debió pernoctar en el lugar. Milagrosamente había cesado el viento. Allí, en lo alto, el cielo enlucrado lucía deslumbrador con sus enjambres destellantes. Los nevados parecían moverse. La claridad lunar encantaba el paisaje. Todo cobraba nueva vida. Era como si un ser misterioso hubiera puesto en movimiento la inmensa quietud dormida.

—No puedo expresar lo que sentí... Era tan raro y tan hermoso...

Es difícil imaginar, en el ardor del mediodía, la fascinación del espectáculo nocturno; pero cierro los ojos y en el relampagueo de los segundos me siento tocado por el relato del amigo. Ciertamente, la meditación frente al paisaje, en las noches maravilladas de Palcoco, junto a los gigantes de hielo, bajo el movable mar de los astros, debe ser cosa sublime: algo que trasciende a sentimiento religioso, o a magia cósmica. Silencio. Soledad. Un enfrentamiento del hombre inerme con la grandiosidad de la naturaleza. Ya corto ver, a breve meditar, se abrirá el espíritu a la indagación insoluble: ¿por qué vinimos, a dónde vamos? ¿Cómo este mínimo ser efímero puede

alcanzar la inmensa majestad del mundo? ¿Por qué la sociedad de los hombres nos limita, en tanto la soledad de montes y de campos nos expande hacia la eternidad? ¿Qué significan estas moles erguidas, esta pequeña criatura que interroga al misterio?

Después de una frugal merienda avanzamos hacia el glaciar de Chipaka, una impresionante alfombra de nieve que baja bruscamente de las alturas y se esparce con ancho ritmo por el suelo. Subyuga el espectáculo del agua bajo la costra de hielo, o verla deslizarse detrás de las gruesas capas congeladas. El agua borbotea, busca sus caminos, susurra canciones escondidas. El glaciar muda de apariencia: tan pronto hechiza con su manto unánime de nieve, como repele por la tosca terquedad de sus masas heladas. Es un deslizadero de la voluntad, que cambia al conjuro del tiempo y de la luz solar. Detrás del glaciar el monte se eleva empinado, hasta un plano final que corona la cúpula nevada. A la derecha un muro de rocas negras.

No podemos proseguir porque carecemos del equipo adecuado. El paso por el desfiladero que lleva a la mina está intransitable. Me quedo con la curiosidad de saber cómo es la vieja "Fabulosa", una de las minas de más difícil acceso de Bolivia.

Regresamos a la Agencia, donde el Juan Torrejón se esmera por atendernos. Pasamos bajo los grandes nevados; luego descendemos hasta un lago, de color verdoso, de aguas cristalinas, cuya superficie inalterada tiene dureza de diamante. Es tan bello que sugiero inventarle una leyenda: no debe perderse en la anónima inmensidad del paisaje.

Una mirada final: la Rinconada de Palcoco arde en el tumulto de sus formas. El sol brilla en las cimas. Se levanta un vientecillo insidioso. Las sombras cubren las bases del paisaje. Se oscurece el glaciar. Pero la gran intrusión volcánica de los tres cerros nevados que miran a la Agencia, luce todavía soberbia, impresionante, con su perfil de dagas y de espadas. O finge un navío de proa remontada colgado de los cielos. Unas músicas de melancolía se filtran por las rocas.

Retorno a La Paz. El descenso es tranquilo, bordeado de agradables incidencias. Otra vez los lindos lagos, vallecitos acogedores, alpacas y llamas en lejanía. De cuando en cuando el prodigio de una llamita recién nacida, que enciende de ternura el paraje adusto. Tradiciones de minas y aparecidos. Socavones abandonados en los cerros. A 40 kilómetros de la ciudad, unos filones de estaño que afloran a la superficie. Armando piensa que esta sí es la oportunidad de su padre y de su familia: será una gran mina. Lo dice con seguridad contagiosa. En sus ojos oscuros, en su sonrisa confiada, brilla la confianza persuasiva del minero boliviano.

—Esta vez no fallará — comenta esperanzado.

Bajamos de la máquina. Exploramos el lugar. El describe con precisión dónde se ubicarán el ingenio, los campamentos, las casas de obreros, la administración. Yo sólo veo unos cerros pelados, la pendiente inclinada del piso, pedregales. ¿Pero qué importa? Armando Mariaca sueña y es saludable soñar en pleno día.

Reanudamos el viaje de regreso.

Reencuentro con el Huayna-Potosí. Ya no se dibuja tan precisa la gran cabeza de Tamayo, pero aun es fácil reconocerla y nos acompaña un largo trecho.

Salimos del encajonamiento de las antiguas propiedades agrícolas, a la ancha libertad del altiplano. Ahora lo recorreremos en sentido contrario, custodiados, siempre, por la procesión de la cordillera distante.

Hemos recorrido 150 kilómetros y apenas vimos gentes. Es el duro drama original de 1825: Bolivia es una inmensidad deshabitada en su parte mayor. La tierra sobra, faltan pobladores. Para la severa indagación socio-económica, estamos naciendo todavía. Carecemos de conciencia

geográfica, de unidad de estilo, de esa articulación de los mercados internos y humanos que compacta a los Estados modernos. ¿Pero podrían la fuerza impulsora del capital, de la técnica, de la inmigración cambiarlo todo? Y ese cambio, ¿sería verdaderamente benéfico?

La alta meseta andina, inmensa, poco explorada, es la mejor maestra de energía, sacude la voluntad. Impele. Si se hiciera un inventario de estos remotos parajes hundidos entre las montañas de los Andes, se descubrirían lindas cosas. Si el paisaje incita al poeta, el habitante fascina al sociólogo; y unas leyendas y costumbres que trasplantan la mente a tiempos idos.

Palcoco es un desafío de la naturaleza. Un llamado a la aventura.

No sé lo que podrían construir allí economistas, empresarios, agricultores: probablemente mucho. Yo quisiera volver a ver el descenso petrificado del glaciar de Chipaka, bautizar los tres montes de aguda geometría que miran a la Agencia, interrogar nuevamente a los gigantes de hielo y al misterio.

Porque la Rinconada de Palcoco es un vertedero de sabiduría. Enseña sin palabras, dibuja con las formas el paisaje. Y esa escritura eterna cuenta historias que no fueron referidas todavía.

BOLIVAR: "EXCITATOR" DE AMÉRICA

¿Cuál es el rasgo definitorio del Héroe? Promovedor de hazañas, conmovedor del mundo y de las gentes que lo rodean, suscitador de tempestades. El genio de la acción lo posee. La inquietud y la impaciencia lo acosan sin descanso. Es el caudillo de hombres. El conductor nato. Fabricante de su empresa y de la ajena. No puede detenerse, porque la inercia es su agonía. Se desenvuelve sin cesar hacia metas cada vez más encumbradas. Desde Ulises hasta Lawrence, si deja de comandar, no existe ya.

El grande hombre rebasa su época, desafía al pasado, labra el futuro, toca las puertas de las generaciones con signo constructor. Pero si además de edificador civil es guerrero y libertador de pueblos, entonces su gloria no conocerá caducidad. Por esto el nombre de Bolívar cubre toda la extensión americana: su carga dinámica sigue trabajando para el tiempo.

Para llegar a ser el padre de un continente libre, comenzó labrando su propio destino y su leyenda. Napoleón, el europeo, surge de la Revolución Francesa, con el respaldo de un milenio de cultura, ejércitos, inteligencias, medios y técnicas ya avezados para una organización imperial. Simón, el americano, brota de la nada, forja montoneras, constituciones, congresos al solo conjuro de su palabra de fuego y de su espada victoriosa. Es el hacedor de su proeza, el arquitecto de su escenario histórico. Nadie lo aventaja en la osadía de los sueños ni en la magnitud de la obra realizada, en relación a los míseros medios de que pudo disponer.

Es la fuerza humana de mayor potencia expansiva que ha conocido el continente.

Es el viajero inusitado. Si se mide sus marchas considerando las dificultades naturales, la lentitud de locomoción cuando nació el siglo XIX, nadie le superó en atrevimiento, en resistencia, en esos largos y durísimos cruceros terrestres. Caminatas, campañas, batallas, ascensos y descensos vertiginosos, andanzas sin tregua, luchando siempre con climas hostiles y multitudes indiferentes. Rondado por la incomprensión y por la envidia. Retiradas que florecen en nuevos ataques delirantes. Está aquí, está allá, alarga el brazo dominador con sus cartas fulminantes, domina la política hemisférica con su aguda inteligencia, rasga el porvenir con profecías y evaluaciones sociológicas de tinte avanzado. Cuerpo y alma en perpetua ebullición, no conoce reposo ni tardanza: la impaciencia era su ley.

Pensar, mandar, organizar, luchar, bailar, avanzar siempre! Su divisa fue enfrentar las dificultades; combatir y organizar pueblos su vocación.

Hizo retroceder los horizontes del hombre de acción: cada vez más anchos y más lejos. Aun se ignora quien agotó mejor sus energías en él, hombre de muchos templos: guerrero, político, escritor, estadista, legislador, aventurero, amador, mundano, orador. Trató a muchedumbres y manejó a millones. Superó a sus émulos. Aniquiló a sus enemigos. Tuvo que luchar, aun, con los cien mil demonios de su genio. Conversaba con rapidez, dictaba velozmente, viajaba, combatía, destruía y reedificaba con celeridad acrecentada.

¡Hacer! —era el "daimon" del Libertador.

Nunca nuestra América se movió con mayor empuje Y eficacia que bajo las manos prestas de don Simón, el infatigable. Algunas de sus grandes ideaciones tienen vigencia todavía.

Desciende como el rayo a la entraña de los problemas. Sube en parábola de luz a la esperanza de las multitudes. Toma sobre sí las cargas de los pueblos y las devuelve, fecundadas, a nuevo amanecer. Y fue tan grande, tan excesivo en su naturaleza, que no contento con pelear por la libertad de un mundo y la organización de sus jóvenes repúblicas, se metía en guerra consigo mismo. Fue tipo y contra-tipo en el plano psicológico: Libertador y Dictador se batieron en su alma intrépida desde el día primero hasta el postrero. Celebremos que la victoria final haya sido para el primero.

¡Moverse, moverse! No hay sosiego para el esforzado ni pausa para quien conduce a los pueblos. Porque quien siembra se desgarrará. Y hacer es deshacerse. Y quien vuela más alto en el pensamiento o por la acción, debe expiar su grandeza en el dolor y el desengaño. ¡Cómo se agitó Bolívar por los caminos de América, cuánto lo conmovieron interiormente sucesos y personas! Su corazón fue un sismo renovado, su voluntad una explosión de tensiones encontradas.

Conspirador, montonero, capitán, guerrillero, estratega, general: todo en uno. Las técnicas sorpresivas de hoy, sólo reverdecen la estrategia móvil del conductor genial. Los buenos y los malos seguidores siguen aprendiendo de Bolívar que siempre mantuvo en cerco y acoso a ejércitos, políticos, muchedumbres.

Todo cuanto dice tiene carga de relámpago. Lo que realiza, lleva ímpetu de río o de huracán. Es una fuerza de la naturaleza. Cae como el rayo en medio de sus rivales y los desconcierta. No da tregua a " sus amigos ni a sus amantes. Improvisa, inventa, saca soldados del suelo, municiones del aire. Despierta pueblos, pone en marcha ejércitos casi fantasmales que sólo su verbo enérgico anima y electriza.

Es el Mago Mayor que tuvo la humanidad americana. Sabía convertir las derrotas en victorias, encender la esperanza en los corazones, vencer de los cobardes y los incrédulos. Su palabra, como látigo y caricia. Su voluntad dura y flexible a la vez.

Por muchas — excelentes algunas — que sean las biografías sobre el héroe caraqueño, ninguna redondea la figura total e inabarcable del Libertador: hay cosas, hechos, matices que escapan a la mente más perspicaz. Porque fue don Simón uno siendo muchos, y su personalidad multifacética se evade al análisis normal. El estudio más insistente, deja siempre nuevos ángulos de enfoque, perspectivas detrás de perspectivas.

Potente soñador, realista insuperable al mismo tiempo, destruyó un mundo con su espada para crear otro con su fe. Su genio brusco, deslumbrante, múltiparo no se ha revelado en su alteza y pesadumbre ni a la historia, ni a la psicología, ni a la crítica.

El Bolívar prometeico de la leyenda emancipadora, ha ocultado la talla mayor del Bolívar humano, trágico y múltiple en sus denodados quehaceres, porque él y sus fantasmas fueron un mundo en lucha con el mundo.

Este Libertador de pueblos, este fundador de repúblicas, este padre de constituciones, este augur que delira con montañas, con batallas, con naciones, con mujeres, con leyes y constituciones, con proezas desmedidas. Este hijo de la gloria. Este escultor de multitudes. Este hombre impar en la idea y en la empresa creadora. Este rayo flamígero que lo enciende todo: es verdaderamente el genio de la acción.

Cien historias, quinientas biografías no agotan su voltaje humano. Nadie lo aventajó en heroísmo militar ni en arquitectura civil.

Simón Bolívar: " Excitator" de América. Esa descarga eléctrica que dura todavía...

QUINTA CONFERENCIA SOBRE EL MAR

Estas son las palabras de uno para todos: con lengua de verdad entremos al tema primordial y sempiterno. Este es nuestro destino, norte y brújula a la vez, la más noble ocupación. La tarea de la cual no podemos dimitir: reintegrar el Mar con la Montaña, ahondar en el sentido profundo de una construcción nacional.

Amurallados detrás de la insigne cordillera, no podemos postergar ni olvidar este problema mayor, este deber capital que nos manda honrar a Bolivia, materna y grave. Reconstituirla en su heredad fundacional. Devolverla a la plenitud de la soberanía, hoy restringida, como prestada, apenas consentida, limitada por el ominoso Tratado de 1904. Darle puerta ancha y no trastienda para su comunicación con el mundo exterior. Recuperar con el trabajo inteligente lo que perdimos con honor en los campos de batalla.

Es tiempo de vigilia. Nadie duerme tranquilo porque turban los sueños las voces de los hombres del 79 y del 80:

—¡No olvidéis el Mar! El es vuestra sangre, vuestro decoro. El atributo de los pueblos viriles. La llama tremulante de toda sabiduría. La conciencia geográfica para una integración nacional. Es la honra que nos debe ser restituida, o que sabremos ganar con esfuerzo y sacrificio. La memoria de las generaciones. Llave maestra de las grandes aventuras populares. Es el dolor fecundo que llevará a la dicha rescatada. Y al cabo es la fuerza próxima, el símbolo distante, todo cuanto nutre y mueve el organismo andino. Es el futuro que anuncia: ningún tratado es eterno, ni habrá cautiverio indefinido. Los pueblos fuertes luchan, caen, sufren, se levantan por sí mismos.

Y ésta sea la consigna permanente:

—¡Hacia el Mar para siempre y sin descanso!

Sucede, a veces, que extranjeros y turistas, y aun entre nosotros mismos las mentes prácticas, frías, que sólo piensan en términos de lógica y de cálculo, argumentan así:

—¿Por qué Bolivia sigue pensando en el Mar, si es tan grande, rica y debe afrontar problemas más inmediatos?

Esa crítica incomprensiva estima que podemos subsistir sin litoral en el Pacífico. Nos compara con Suiza olvidando que el caso es distinto y la circunstancia diferente. Se habla de

romanticismo trasnochado. Se aconseja mirar al futuro y no anclar en el pasado. La salida oceánica —ha dicho alguien— no es necesidad biológica, sino un señuelo paralizador de la voluntad colectiva.

Un día malaventurado sentí, como un latigazo en la cara, este juicio desaprensivo que traduce la ligereza de los malos juzgadores. Dijeron:

—Ustedes, los bolivianos, son idealistas, soñadores en exceso. Lamentan lo irremediable, carecen de sentido práctico. La semana del Mar es una explosión de histerismo colectivo.

No es así: hay que desvirtuar ese parecer mal fundado. La reintegración marítima es parte indivisible de nuestro ser nacional. En tanto Bolivia exista, habrá una Semana del Mar hasta que volvamos al océano tranquilo, porque ella constituye la más noble y alta expresión del sentir de nuestro pueblo. ¡Felices quienes carecen de sentido práctico, porque esos andarán más próximos a Dios! Si sufrimos y nos desgarramos por el mar perdido, esa purificación por el dolor nos lleva a la palingenesia futura. No es lamento, queja, imploración: es actitud viril de pueblo indómito. Pensar en lo que se ama, volver al bien perdido, potenciar alma y cuerpo para recuperar cuanto se tuvo, insistir en el legítimo derecho y en la justa soberanía, son los atributos más elevados del ser social. Desde 1880 nuestro drama colectivo se sublima y se condensa en el problema marítimo; la Patria mutilada pide justicia, exige reparación. ¿Delirio general, explosión nerviosa, psicosis de añoranza? Nada de ello; más bien la serena convicción de las multitudes nacionales que despojadas antaño por la fuerza, saben que sólo replegándose hacia su propio centro tomarán la energía y el impulso necesarios para dispararse hacia el límite marino.

Como la ha definido el poeta: la Semana del Mar es un Coral Sagrado que nos asedia y transfigura.

Y a Chile repetiremos, en los días de la conmemoración anual, mientras haya voz en las gargantas agraviadas:

—Aquí está Bolivia, fuerte en su derecho, grande por su infortunio, tenaz en su demanda. ¡Nunca olvidará!

Cómo será de justa nuestra causa, que entre la propia gente chilena hubieron y hay espíritus nobles que la reconocen y justifican. Basten cuatro ejemplos entre muchos:

Balmaceda, ex-Canciller de Chile, confesó en palabras lapidarias:

"El territorio salitrero de Antofagasta y el territorio salitrero de Tarapacá fueron la causa real de la guerra de 1879".

En 1880, el diario "La Patria", de Valparaíso, expresaba valiente y justicieramente estos conceptos:

"La guerra que hace Chile al Perú y a Bolivia, no es en defensa de derechos desconocidos, ni de algún ideal; es guerra de mercaderes y de banqueros que tratan de atentar contra las riquezas de aquellas naciones; es guerra de banqueros cuyos intereses andan mal".

Gonzalo Bulnes, el mayor historiador chileno de la guerra del Pacífico, emite este juicio que honra a su autor:

"Bolivia aceptó la situación con dignidad. Campero tuvo un gesto de hombre de bien y de grande hombre diciéndole a su país que había sido vencido. Bolivia se mantuvo tranquila. Dió un ejemplo de civismo como pocos pueblos latinos lo darían en un caso análogo; no se oyó un reproche contra el ejército vencido ni contra su general en Jefe, ni salieron los tácticos a ganar la batalla después de perdida, sino que noblemente la Convención renovó su confianza a Campero

eligiéndolo Presidente de la República. Una nación que da tan altos ejemplos de patriotismo, es digna de respeto".

Producido el conflicto del río Lauca, en 1961, el senador chileno González Madariaga, con admirable entereza, produjo revuelo en el continente admitiendo el derecho boliviano en el litigio mencionado, pidiendo, además, que se termine con nuestro injusto enclaustramiento.

No fueron voces aisladas; repetidamente chilenos representativos, periodistas, políticos, economistas admitieron la urgencia de nuestro retorno al Pacífico. No se trata, ciertamente, del gobierno ni del pueblo chilenos, pero sí de una noble minoría merecedora de la gratitud continental.

Se arguye que cuando los bolivianos padecemos una crisis interna, acudimos al fácil recurso del pretexto portuario para solucionarla. No es evidente. Nosotros sabemos, perfectamente, que primero son nuestros deberes humanos y sociales; nada gana prioridad a la ley fundamental de organizar la casa por dentro. Mejorar a los campesinos y a los trabajadores, organizar la economía e impulsar el desarrollo integral del país, asegurar la estabilidad interna y la paz social con medidas prácticas que mantengan el equilibrio de la moderna sociedad pluralista, integrar geográfica y espiritualmente esta Nación dispersa: estos son nuestros deberes esenciales. Mas todo ello, con ser esencial, no puede postergar la realización del sueño mayor: volver al Mar.

¿Por qué al pueblo privado de libre acceso al océano se le habría de prohibir, también, el derecho de acordarse de lo que fue suyo, de fortificarse en la tensión de un reencuentro inevitable? ¡No! Nada de quijoterías ni romanticismos locos. Histeria no la hay. Persistencia en el pasado tampoco. Ni la cadena del sueño imposible nos ata. Nos malcomprenden quienes juzgan por la exterior apariencia. Bolivia no subsiste como hipnotizada por el recuerdo de la guerra funesta, ni piensa que sólo el retorno marino la curará de todos sus males. No es así. Resisten, persisten las naciones que son fieles a su propio destino las que insisten en hacer, en rehacer el perímetro físico y el contorno espiritual. Porque alma y territorio son, al cabo, recintos naturales del hombre, conformadores de la psique colectiva. Si añoramos, si trabajamos, si persistimos por reconstituir el antiguo patrimonio, tenemos derecho a la intimidad de una Patria laboriosamente padecida y sustentada. Véase en el viejo anhelo marítimo nuestra vocación fidedigna de país libre y entero, la lealtad consigo mismo, el deber que manda y atenaza, la conciencia de la "civitas" romana en su más alto sentido.

Cada boliviano dirá al otro boliviano:

—Si te legaron patria libre, patria grande, por ella y en ella que te realizarás como hombre ciudadano. Beberás su amargura y sus desastres. Te nutrirán sus vuelos y victorias. Le harás ofrenda de tu vida y tu prestigio. No temerás, al servirla, ni las sierpes de la envidia ni al lobezno del ridículo. Hacia donde ella vaya se encaminarán tus pasos. Verás con sus ojos y escucharás por sus oídos, porque eres sangre de su sangre, arquitectura de sus huesos. Y si la Patria pide puerto, por él fatigarás tus nervios, templarás tu carácter y tus ansias, te harás digno del Mar que espera y desespera.

Porque él, también, nos llama y nos aguarda. Padece nostalgia de montaña, vuelo de cumbres. Y una sola línea melódica enlaza desde el 79 la ternura india del Ande milenario con la quieta majestad del Pacífico distante.

El puerto propio, más amado cuanto más lejano. Esa estrella fulgurante en la noche boliviana.

Cuando el mayor pensador trágico del mundo moderno dice: "Todo lo que me concierne se mueve en dirección a mi propio centro", ha dado una pauta para seguir nuestra problemática mediterránea. Todo cuanto atañe a Bolivia —pasado, presente, futuro— mira al Mar, tiende a él, porque el Mar es el centro inductor de Bolivia en un doble sentido territorial y espiritual. Clave de su

destino nacional. Ideal y realidad a un tiempo. La mejor fuerza de tensión, de atracción, de irradiación que probará la constancia de la comunidad andina.

Por esto diremos que mientras haya mundo y exista América, persistirá la necesidad de un puerto boliviano en el Pacífico.

Examen de conciencia, para los bolivianos y para nuestros hermanos americanos:

Cuando Bolivia nacía a la vida independiente en 1825 — son datos del historiador Díaz Arguedas— sus fronteras circundaban 2.343.769 Kms.2. En poco más de un siglo perdió por tratados diplomáticos arrancados de mala fe 671.738 Kms.2; y por guerras internacionales 574.00 Kms.2. Hoy sólo tiene 1.098.031 Kms.2. Prácticamente ha perdido más de la mitad de su heredad original.

Tocante a Chile. La guerra del Pacífico, guerra de agresión y de conquista — empresa de rapiña — significó para Bolivia un balance desastroso. Perdimos el departamento de Atacama con 150.000 kms. 2 de superficie territorial y 400 kilómetros lineales de costa que comprendían cuatro amplios puertos: Tocopilla, Cobija, Mejillones, Antofagasta y numerosas grandes y pequeñas caletas. Perdimos la salida al Mar, el contacto directo con el mundo, la plenitud de la soberanía política, la libertad de comercio y de aduanas. Perdimos inmensas riquezas minerales: cobre, salitre, plata, oro, yodo, potasio, bórax, azufre, sal, mármoles. No se olvide que todo el proceso de surgimiento industrial de Chile arranca del cobre y del salitre arrebatados a nuestro país.

Y en esto de Atacama se hace preciso rectificar, una vez más, la falacia del argumento chileno.

El territorio y el litoral atacameños pertenecían desde tiempos inmemoriales a los primitivos habitantes del Ande boliviano. Lo señorearon los aimáras como se puede comprobar todavía con ayuda de la toponimia y la semántica: fueron kollas o aimáras quienes nombraron montes, ríos, llanos y quebradas. Durante la dominación quéchua, Inca Yupanqui conquistó Atacama. En la Colonia esas tierras formaron parte, con ese litoral, de la jurisdicción de la Audiencia de Charcas; integraron, pues, el llamado Alto Perú. Al fundarse la República de Bolivia, la provincia de Atacama designó sus representantes a la Asamblea Constituyente de 1825, incorporándose posteriormente al departamento de Potosí. Fue después erigida en departamento por Santa Cruz. Chile, con propósito avieso, creó, recién alrededor de 1842, una provincia chilena del mismo nombre porque ya servía así a sus móviles de conquista y expoliación sobre todo el territorio comprendido entre el Loa y el Paposo, incluyendo, naturalmente, el respectivo litoral.

Los daños económicos por el inicuo despojo son incalculables. Durante 85 años Chile explotó, en propio beneficio, las ingentes riquezas de Atacama: baste mencionar el hecho de que en un solo año — 1961 — la minería atacameña produjo 285.000.000 de dólares, mientras Bolivia sólo obtenía, de toda su producción minera, 68.000.000 millones de dólares. ¿Se puede calcular lo ganado por Chile en 85 años de usurpación y lo perdido por Bolivia en otros tantos del despojo? Serían cifras espantables. La política chilena llamada de "compensación", es inadmisibles: los ferrocarriles de Arica y de Antofagasta y un derecho de libre tránsito en los hechos restringido y controlado. No se puede compensar lo más por lo menos. El daño inferido por la apropiación indebida y el usufructo ilícito de las riquezas de Atacama, constituyen deuda eterna.

Fuimos grandes, poderosos. En la época del mariscal Santa Cruz y del general José Ballivián tuvimos gravitación continental. Hoy subsistimos mutilados, retrasados, en una aparente impotencia para resolver los problemas internos y recuperar jerarquía internacional. En 1880 la desgracia nos unió, abrió el horizonte a la revolución moral que no supimos realizar. La Convención de aquel año fue un cónclave de ilustres bolivianos absorbidos en la tarea de reconstituir la nacionalidad quebrantada. Ejemplo nobilísimo jamás repetido. Frente al Tratado de 1904 el país se dividió. Durante la guerra del Chaco, mientras los regimientos marchaban al sudeste lejano, latía la conspiración en las ciudades. Y en esta crisis dramática de 1965, todos

ofician de agoreros, de críticos facilones, de salvadores providenciales, de azuzadores de discordia, mientras la Patria gime despedazada por sus hijos.

No arrojemos toda la culpa a Chile, al destino, a las circunstancias adversas del medio y del tiempo que nos tocó vivir. Grande responsabilidad pesa sobre nosotros mismos, bolivianos, por el pasado tempestuoso que preparó el desastre del 79 y por la anarquía interna de los 85 años subsiguientes.

Bolivia nunca aceptó el nefasto Tratado de 1904, contra el cual se levantó airado el pueblo. Es oportuno reproducir la viril reacción de los potosinos que el 14 de febrero de 1905, al conocer los términos del pacto, se manifestó en estos duros conceptos: "Es un tratado inicuo, vergonzoso, y deshonoroso para Bolivia. Ningún poder tiene facultad para enajenar el territorio nacional. Es un pacto desastroso para la Patria; una venta simulada a vil precio, con una miserable parte de los ingentes productos del mismo territorio sagrado de la Patria. Además del Litoral cautivo, ha agregado el Congreso Boliviano a la avidez chilena la riquísima región de Chilcaya, con parte de las provincias de Pacajes, Carangas y Lipez, desmembrando con imprudencia el territorio que estaba fuera de la conquista y del Pacto de Tregua. Es el Tratado más lesivo de la soberanía boliviana, el más humillante que hasta hoy se hubiese proyectado".

Se produjeron muchas otras protestas de pueblos y entidades civiles. Un fuerte sector parlamentario combatió el Tratado. Nuestros mejores publicistas defendieron los derechos de Bolivia sobre Atacama y su extenso litoral. Baste recordar aquella famosa y luminosa circular de 25 de enero de 1901, en la cual, a poco de asumir el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, don Federico Diez de Medina instruía a nuestras legaciones en el exterior cómo debían refutarse los capciosos argumentos de la Cancillería chilena y sobre qué bases jurídicas, históricas, geográficas reposa el derecho boliviano. Este notable alegato es piedra angular de nuestra literatura de límites.

La nación andina fue persistente en proponer la revisión del Tratado de 1904: en los años de 1920, 1921, 1923, 1929, 1945, 1948 y 1950.

En 1961, la Cámara de Diputados de Bolivia acusó a Chile, con motivo de la desviación de las aguas del río Lauca, por "agresión geográfica y usurpación territorial". Y es digno de señalar que en toda asamblea o congreso internacionales, Bolivia deja oír siempre su voz reclamando la salida al Mar.

Es que en el sentimiento de nuestro pueblo, habitan Atacama y Litoral, esas rosas de sangre y de misterio que perfuman todavía el alma de la Patria.

Desde los años de mi mocedad he visto a Bolivia dividida en dos mitades. Entonces se llamaban liberales y republicanos, separados no en la contienda democrática, sino en el odio y la violencia. Cuando éstos subieron al poder, se enfrentaron entre sí, divididos en saavedristas y genuinos. El primer nacionalismo libró batalla con los partidos tradicionales. Durante la guerra del Chaco, militares y civiles andaban en gresca. Constituídos los partidos de tendencia social y revolucionaria, se reanudó la pugna con las fuerzas más antiguas. El nacionalismo, en el poder, cometió el trágico error de aplicar la consigna malhadada: "el que no está conmigo está frente a mí". Y hoy ¿qué podríamos decir? Los partidos florecen como los hongos, se odian, se combaten, se descalifican sañudamente, debilitando sus propias filas. La ciudadanía toda se entrega con pasión al luego de negar y destruir. Nadie acuerda con nadie; cada cual es dueño de su propia fórmula salvadora. El divisionismo boliviano ha llegado a su ápice.

¿Qué es la Patria, sino la suma de sus hijos?

Diremos, pues, que la nuestra padece de anarquía y confusión. No sabemos lo que queremos ni dónde vamos. Tenemos sentimiento de Patria pero no estilo de Nación. Somos luchadores, disociadores; no podemos construir en armonía. Nos faltan la conciencia geográfica, la moral comunitaria, ese grave sentido de responsabilidad frente al destino adverso, esa forma de

religiosidad que liga al ciudadano con su causa nacional. La Patria la llevamos en el corazón, mas no en la voluntad.

Es hora ya de preguntarse: ¿qué puerto, cuál litoral demandaremos a Chile si no hemos unificado aun el criterio boliviano, si no somos capaces de ordenar esta casa sin puertas ni ventanas, donde todos vivimos — o desvivimos — como tristes prisioneros del propio egoísmo, anulando la fuerza colectiva en el choque furioso de sus individuos?

Para volver al océano, es fundamental curar las heridas de Bolivia. La reintegración marítima comienza por el entendimiento entre bolivianos. Al Mar sólo se llega por la generosidad fraterna que anuda y fortalece.

Otro aspecto esencial: que la Nación se ponga de acuerdo tocante a la política internacional en el Pacífico.

¿Qué entendemos por reintegración marítima? ¿Se trata de volver al Mar por cualquier medio y en cualquiera forma? ¿Pediremos la restitución de todo lo usurpado, solamente un puerto propio, o nos resignaremos al corredor o a la caleta tantas veces propuestos? ¿Una solución provisional que satisfaga el orgullo nacional, o la fórmula salvadora que responda a las necesidades efectivas del país?

Reconozcamos que carecemos de un objetivo preciso, de una estrategia para llegar a ese objetivo; de una tesis sólida, unificante, capaz de vigorizar la acción boliviana en torno a un móvil central y determinante.

Se ha propuesto que nuestra salida al Pacífico se convierta en precepto constitucional. Unos piensan que se debe pedir la devolución de todo el departamento de Atacama con sus 66.000 Kms.2. Otros opinan que podríamos contentarnos con cualesquier de estos puertos: Arica, Pisagua, Cobija o Mejillones. Hay partidarios de recuperar Antofagasta. Algunos estiman que al sur del valle de Azapa o en la caleta de Vítor se podría erigir un puerto nuevo para Bolivia. En 1922 el ingeniero chileno Luís Lagarrigue con un estudio técnico sugería desviar las aguas del río Desaguadero para irrigar las pampas desérticas del Tamarugal en Atacama; esa sería la base —afirmaba— para negociar el libre acceso de Bolivia al Pacífico. En 1926 la proposición Kellog para transferir Tacna y Arica a Bolivia fue aceptada por Chile. También se habló del callejón o corredor, una franja de 20 Kms. de ancho que desembocaría en punto determinado de la costa pacífica. Finalmente, en los últimos tiempos, se analiza la solución por el enclave: un puerto que contorneando un mínimo de 200 hectáreas se enclavaría en territorio chileno sin interrumpir su continuidad; solución efímera —sostiene Escobar— porque Bolivia aislada y rodeada por Chile, no podría ejercer plena soberanía en el enclave. El contacto con éste sería dificultoso, erizado de disputas, una vez que el libre tránsito estaría regulado al capricho del gobierno del Mapocho.

Existen varias soluciones para resolver éste o cualquier diferendo internacional; lo grave es que no nos hemos decidido por una determinada. Esto atenta contra el buen derecho boliviano sembrando la confusión en Chile, en América y en nuestro propio interior. ¿Qué quieren los bolivianos? Pregunta es ésta que solo a medias contestamos: salir al Mar. ¿Pero cómo? Recuérdese el triste caso del Lauca, río de curso internacional. Para fortalecer la posición de Chile —endeble en el campo jurídico porque el atropello era innegable— el canciller chileno en 1961, Martínez Sotomayor, invitó a todos los jefes de los partidos políticos de su país; todos ellos, sin discrepancia alguna, incluyendo al jefe del partido comunista, dieron pleno respaldo a la Cancillería chilena. En Bolivia, en contraste, gobierno y oposición iniciaron la disputa múltiple de responsabilidades reales o supuestas. Unos quisieron encarar aisladamente la desviación de las aguas del Lauca, en tanto otros prefirieron vincular este asunto como parte integrante de la salida al Mar, con lo cual complicaron el problema. Sonaron voces y actitudes disidentes. El país se unió en la protesta contra Chile, pero volvió a dividirse en la ulterior acción para defender su derecho.

Pesa sobre nuestras cabezas un deber incumplido, como en el aire, que manda a gritos:

—¡Definir y unificar el criterio nacional en la cuestión portuaria!

Saber qué se pedirá y cómo desarrollar la estrategia que nos conduzca a una solución final aceptable. Aquí cabrían: primero el debate nacional, luego un plebiscito, y por último la decisión conjunta de gobierno, parlamento, partidos y fuerzas opinantes, para acordar una fórmula definitiva que la Nación boliviana sostendría en la continuidad de gobiernos y generaciones, sin desviarse un punto de la línea acordada.

Existe hoy, entre nosotros y en el mundo, una como angustia generacional. Los jóvenes desconfían de la madurez: la piensan en cierto modo fallida y se sienten hasta algún punto frustrados. Los avances sorprendentes de la técnica y de la ciencia, la debilitación de los valores, el hombre estadístico sobreponiéndose al hombre moral, la sociedad competitiva que amenaza al cosmos ético y estético, la política cada día más dura, la economía más férrea, la física sin materia, la filosofía sin alma alejaron al joven de la confianza y de la dicha. ¿Y por qué el hombre universal de la era atómica no podría reencontrar su equilibrio en el cumplimiento del propio deber, en el ejercicio activo de sus obligaciones para con la patria nacional? No hay tarea superior, para los jóvenes de hoy y de mañana, que poner orden, contribuir a encauzar mejor esta turbulenta sociedad boliviana. Si nuestra juventud interviene con acción propia en el proceso para definir y desarrollar una política portuaria, habrá dado un sentido creador a la angustia existencial que la circunda.

Volvemos al planteamiento de fondo: definirse, decidirse, ponerse de acuerdo y empujar en una sola dirección. Este es el primer paso para regresar al Mar.

Decía el gran Salamanca que Chile tiene decretada la absorción de Bolivia. Tamayo, el repúblico insigne, aconsejaba guardarse del usurpador. Debido a la fuerza inexorable de los hechos la mayoría de los estadistas, políticos e internacionalistas bolivianos coincide en la natural desconfianza hacia el vecino codicioso. He aquí la opinión de dos hombres públicos versados en la materia. Walter Guevara Arze, ex-Canciller de la República, sostiene que el litoral boliviano tuvo, para Chile, doble objeto: el aprovechamiento de sus riquezas minerales e impedir el desarrollo de Bolivia. Jorge Escobari Cusicanqui, ex-Subsecretario de RR.EE., afirma que nuestro país vive desde hace 85 años, por obra de Chile, con soberanía limitada, independencia reducida, y autonomía restringida.

El atropello cometido en el Lauca corrobora plenamente la desconfianza boliviana frente a la reiterada prepotencia chilena.

Pero no seríamos gentes civilizadas si no admitiéramos siquiera un resquicio de buena fe, una posibilidad promisoría para el cambio de esa política secular del mal vecino en una nueva orientación internacional, que transforme la enemistad latente en futura armonía de intereses y sentimientos.

Desconfiamos de Chile sin odiarlo. Le pedimos que vuelva a la justicia y admita la necesidad de reparación. La aparición de las corrientes de la Democracia Cristiana en el continente, abre esa posibilidad conciliadora. En Chile gobiernan un presidente y un partido político de filiación demócrata-cristiana. Es probable que en Bolivia predominen esa filosofía y esa tendencia política a breve plazo.

La democracia cristiana es una doctrina compacta; es también una conducta indivisible en lo interno y en lo internacional. Gobernando en ambos países dos estadistas y dos partidos o coaliciones de partidos que sustenten y apliquen la doctrina mencionada, el espíritu religioso y la fuerza moral influirían decisivamente para encontrar la fórmula jurídica que restituya el equilibrio en el Pacífico. A estar a la doctrina pontificia, base de la democracia cristiana, el orden internacional está sujeto a Derecho. La unidad del género humano vincula y obliga a los pueblos. El orden

internacional está sujeto al derecho natural, se rige por la idea de justicia. Es uno de sus principios: "la equitativa, concorde y prudente revisión de los Tratados". La conciliación sustituye al antiguo precepto de las guerras de agresión. La preconizada solidaridad jurídica y económica, se asienta sobre una norma de equidad en la conformación de los territorios nacionales: nadie puede vivir embotellado ni asfixiándose. La mentalidad cristiana no admite división entre fuertes y débiles, sino la común armonía de mayores y menores. "El derecho de cada pueblo para ejercer su actividad, no puede ser limitado ni yugulado por medios opresivos". Entre naciones sólo deben regir la verdad, la justicia. Siendo la ley natural el fundamento de todo derecho y de todo deber, su lenguaje ecuménico alcanza a todos los hombres. La Iglesia, en su inmensa sabiduría, considera hermanos a pueblos y naciones, y busca paz, entendimiento perdurables por encima de las discordias transitorias.

¿Vamos a vivir en el continente sur como buenos cristianos, verdaderos demócratas, hermanos en la justicia y en América? ¡Pues a resolver el caso del enclaustramiento de Bolivia, que según decía el segundo Roosevelt, en 1943, "es un problema de opinión continental y hasta mundial!".

Para honra del derecho americano, en las conferencias internacionales se condenaron las ocupaciones o conquistas territoriales por la fuerza. La Convención aprobada en Lima el 22 de diciembre de 1928, sostiene que las naciones americanas "reiteran como principio fundamental del Derecho Público de América, que no tendrán validez ni producirán efectos jurídicos la ocupación ni la adquisición de territorios, ni ninguna otra modificación o arreglo territorial o de fronteras mediante la conquista por la fuerza, o que no sean obtenidas por medios pacíficos".

Grocio, insigne tratadista holandés, enseña que la recta razón humana, fuente nutricia del derecho natural, aconseja "la abstención de los bienes ajenos y la restitución de lo que se posea o se haya tomado de ellos".

Hay otra máxima sapientísima, cimiento de toda religión, de todo código social, aun de la ética familiar, que manda: nadie dañe a los demás.

La doctrina del más fuerte que arranca de Calicles, discípulo de Gorgias, ha caducado. Su endeble argumentación no pudo oscurecer las enseñanzas centelleantes de Platón y de Aristóteles, padres-ríos que generan todo el saber occidental. Hombres y naciones no son únicamente seres biológicos dotados de aptitud de fuerza, sino que se integran y realizan por su naturaleza social y espiritual. El derecho ajeno es el límite del propio derecho de cada individuo.

Estos principios los conocen los estadistas chilenos. Veamos cómo afrontarán, en el futuro, sus deberes de cristianos, demócratas y buenos americanos.

Y debemos recordarlos también al Perú, al cual si nada tenemos que reclamar en lo territorial, podemos reprocharle la cláusula-tapón del Tratado con Chile de 1929 por la que Chile y Perú se dan la mano para mantener la asfixia de Bolivia.

Subsiste la gran causa inducente. Sólo faltan los grandes varones convincentes.

Bolivia no implora, no se lamenta. Hemos superado el "tempo" furioso del antiguo rencor, para ingresar a la marcha serena y constante del que sabe la validez de su derecho. Y esa marcha lleva, inexorablemente, a los líquidos reinos del Pacífico, parte integrante de la patria natural de la progenie andina.

Sugiere el pensador helénico, en la sapiente Etica a Nicomaco: "Seamos con nuestras vidas, como arqueros que tienen un blanco". Juicio que reza para hombres y pueblos. Saber qué se quiere, conocer dónde se va. Porque esto es lo que enaltece la condición humana: la certidumbre de una acción bien encaminada.

En el problema portuario hasta hoy padecemos un vicio óptico: enfocar el asunto como si todo estuviera situado en Chile, pensar que de allí vendrá la solución. Grave error: el problema nace en Bolivia y sólo a nosotros corresponde encaminar el buen final.

Será perentorio invertir los términos del caso: ya no la antigua relación de víctima y victimario; más bien una paridad entre iguales. Nosotros tomaremos la iniciativa y ellos, usurpadores, soportarán las consecuencias del despojo del 79. Traslademos la cuestión a un plano de realidad continental: no es sólo que Bolivia reclame a Chile el Litoral del que fue privada; es que nuestra mediterraneidad resulta drama y espina para el equilibrio del hemisferio. Sin la reintegración del macizo andino a su natural conformación socio-económica, no habrá sustentación justa entre las naciones de América. Ha llegado la hora de un derecho nacional que se convierte en razón y necesidad del bloque americano.

Toda la ciencia jurídica del mundo civilizado nos respalda. Veamos algunas manifestaciones.

La teoría platónica del Derecho Internacional establece que los Estados no deben cometer injusticia en sus relaciones externas. Inventa la teoría feliz de la guerra justa: "Bellum Justum". San Agustín pregunta: "¿Qué otra denominación puede recibir sino la de rapiña grande, el conducir una guerra contra los vecinos?" La doctrina del Bien Común, preconizada por los griegos, sistematizada por Santo Tomás, afirma la equidad, el mutuo bienestar entre hombres y naciones. El P. Vitoria, español, a quien se considera legítimo fundador del Derecho Internacional moderno, es el primero en aplicar el término de "jus inter gentes " a las normas del derecho natural que regulan las relaciones entre pueblos. Vitoria estampa este juicio definitivo: "Existen algunos bienes como el mar, los ríos y los puertos que son comunes a todos los pueblos por derecho natural".

Todos los esfuerzos de la sociedad contemporánea, inteligente y civilizada, oponen reparo al uso de la fuerza y al abuso de la mayoría organizada. No se inventa la moral, no se improvisa el derecho, no se puede infringir, impunemente, la ley internacional. Quien tiene de su parte la buena causa, ha ganado ya la mitad de la lucha; la otra mitad depende de la sagacidad de su movimiento y de la perseverancia de su acción.

Hemos vivido 85 años en órbita cerrada, como engrillados por la idea del nefasto enclaustramiento. Hipnotismo artificioso. Bolivia debe disponer de su destino. No esperar nada de Chile si Chile no cambia su conducta. Plantear una política exterior enérgica, dinámica, capaz de suscitar centros de inquietud y de acicate por todo el continente.

Hablemos un lenguaje nuevo. Somos el pueblo más cristiano de América, llamado a luchar y padecer, pero estamos dispuestos a rescatar el mar perdido con empeño y sacrificio. El eje del asunto está en La Paz y no en Santiago. La heurística enseña que los pueblos con imaginación se sobreviven a toda desdicha; y es llegada la hora de inventar caminos, métodos nuevos, que nos devuelvan jerarquía hemisférica conduciéndonos al acuerdo de equidad que la Nación reclama.

Chile se equivoca; no estamos vencidos ni asustados. Ni solitarios: nos acompaña la conciencia mundial. Bolivia debe pilotear su propia causa.

Una severa revisión del caso en materia de libre tránsito, lleva a la desoladora conclusión de que Chile nunca cumplió con lealtad el Tratado de 1904 que pretendía compensar, siquiera en parte, los males del encierro. Enunciar sus deliberadas y reiteradas violaciones de aquel pacto, sería materia de otra conferencia; las han señalado, además, muchos publicistas nacionales. Baste mencionar la cuestión del Toco, las dificultades opuestas al tránsito de armas durante la guerra del Chaco, las continuas fricciones por la carga que pasa por los puertos de Arica y de Antofagasta, las restricciones aduaneras y las discrepancias de tarifas de transporte, los entorpecimientos aun no solucionados con motivo del oleoducto Sicasica-Oruro; y cien casos más que comprueban la mala

fe de las autoridades vecinas, empeñadas en aplicar a su capricho las disposiciones del Tratado de 1904 y en fiscalizar indebidamente a nuestro país.

El pacto nefando nunca fue aceptado por los bolivianos. Fue repudiado mil veces. He aquí dos opiniones magistrales, entre muchas:

Dice don José Carrasco, estadista y jurisconsulto: "El Tratado de 1904 es revisable porque es el fruto de la victoria y del abuso de la fuerza. Es un pacto que constituye un peligro para la paz continental".

Don Eduardo Diez de Medina, internacionalista y diplomático, agrega: "Un individuo que se obliga por contrato a vivir en prisión celular, suscribe un pacto nulo. Un país al cual su gobierno mediante un tratado le priva de su soberanía marítima, tiene perfecto derecho para desahuciarlo y demandar una parte legítima en los beneficios de que goza la comunidad internacional".

En los últimos años, sobre todo después del agravio del Lauca, ha crecido en Bolivia la conciencia del desahucio o revisión de aquel tratado. Queda por establecer si esa revisión se hará en acuerdo directo con Chile y Perú, en nivel continental, o por acción de organismos mundiales. Se debe dilucidar, asimismo, hasta qué punto conviene o no utilizar las aguas del Titikaka y su cuenca hidrográfica como instrumento para negociar la salida al mar.

Estamos en la encrucijada del destino que es también piedra de toque para el mal vecino. Y la alternativa es ésta: Chile modifica radicalmente su política de abuso y hostilidades contra Bolivia, evolucionando hacia un entendimiento que comience con la reparación jurídica en el Lauca y termine por la concesión de un puerto en el Pacífico; o cambiamos nosotros y damos, para siempre, la espalda a Chile.

La negociación directa con el Perú y con Chile podría ser el camino más adecuado, si las tres partes ponen buena fe. Así lo aconsejan la sana razón, la experiencia jurídica, la práctica internacional. Pero si el país del sur se aferra a su vieja política de avasallamiento y dilaciones, tendremos que adoptar una línea inflexible en defensa de nuestros derechos.

Ese camino, no buscado por Bolivia, que le será impuesto por el peso de las circunstancias, por la incomprensión y la errada política araucana, tendría que recorrerse así: cortar toda relación, todo contacto con los chilenos. En lo político, económico, social, comercial y cultural. No se podrá realizar de inmediato, ciertamente; mas preparemos las cosas para que en tiempo no muy largo no venga ni salga un kilo de carga boliviana por Arica y Antofagasta. O esas ferrovías nos devuelven al Mar o las clausuramos voluntariamente. Dispongamos que ni una sola gota del caudal hidrográfico de nuestros Andes descienda al desierto atacameño. No exportemos un solo grano de procedencia nacional a territorio chileno. Desviemos todo nuestro comercio de exportación e importación hacia puertos peruanos. Prohibamos la adquisición de productos o manufacturas de Chile. Cerremos el mercado nacional a capitales de aquel país. Nada que tenga el sello del usurpador.

Si Chile no se aviene a reparar la injusticia, Bolivia le dará la espalda y buscará mejores amigos en el continente.

Llegó la hora de la decisión: Bolivia no puede seguir esperando detrás de sus montañas. Si Chile no cambia lo cambiaremos nosotros. Verdad que carecemos del peso aritmético del número, del potencial demográfico, de la fuerza económica e industrial, y hasta de los recursos militares para enfrentar a un adversario más desarrollado en el orden material; pero no todas las batallas las gana la fuerza bruta ni toda conquista es permanente. Existe también un valor inteligente, rayo de Dios, hijo del espíritu, que es la defensa y la probanza de los pueblos infortunados para alzarse a mejores destinos.

A los chilenos podemos recordar les que Alejandro, el Magno, el mayor conquistador que el mundo ha conocido, recomendaba, después de una guerra, la "homonoia", la concordia que hace felices a los pueblos. Así pensaron, también, nuestros Incas sagacísimos, maestros en el arte de gobernar y aproximar naciones. Y Napoleón, primer guerrero y político de la época moderna, dejó escrita esta sentencia que yo quisiera grabar en todo pecho chileno:

—La espada y el espíritu se disputan el dominio del mundo; y al final siempre el espíritu vence a la espada.

Yo sé que hay quienes piensan que el Mar es una piedra en el camino de Bolivia. Otros que aconsejan ocuparse de objetivos más útiles. ¡Utilidad, signo de los tiempos! Esos ignoran la constitucional estructura de la nación andina, su historia dramática, su gravitación geográfica, los problemas de su desarrollo económico y social; olvidan, además, que no hay Nación sin tradición, ni pueblo digno sin continuidad en la tierra y en el alma. Ni recogen el clamor persistente de la Patria encadenada. ¿Piedra el Mar que acicatea? ¿El Mar que aun lejano da vida y ennoblece? ¿El Mar de los abuelos desdichados: de los padres que se consumieron en desvelo, de los hijos que aguardan la reparación inaplazable? ¿El anhelo de nuestras mujeres que no conocieron la música de la espuma y de las olas? ¿El sueño estremecido de la juventud que ve combarse su dorso formidable en el ámbito nocturno? ¿El que está volviendo siempre en el dolor y en los júbilos del pueblo, en las ondas y en las rondas del sentimiento boliviano? ¿Piedra el Mar que nos asedia y transfigura? ¿Ese soberbio coral sagrado que unifica todas las voces de la Patria en un ímpetu de recuperación y de victoria?

¡Piedra no! Saeta de Dios, fuerza invencible puñal sangriento que llevamos clavado en el corazón para recordarnos que pueblo sin memoria es indigno de supervivencia.

¡El Mar! Motor primero. El fuego que nos legaron los antepasados. Mandato de la historia y de destino. Altar, cumbre y lábaro a la vez. La estrella para un renacimiento nacional. En nuestras bocas himno. En los brazos, impulso creador. Música par: el sentimiento. Delirio de la voluntad. Portento de la naturaleza. Maravilla de las imaginaciones. Misterio primordial y sempiterno. Flecha de luz. Ideal sin término. Paz iracunda. Guerra de los días. Ciudad de viento. Meteoro del ensueño. ¡Daga sublime! Y el sueño más hermoso de la vida porque brota del sen del noble, heroico y tempestuoso pueblo de los bolivianos.

Un llamado a la concordia interna será el paso más eficaz para consolidar nuestra política portuaria. ¡Basta ya: hemos peleado en exceso, hemos construído muy poco! Debemos responder por ese divisionismo secular que nos costó la mitad del territorio y amenaza desmembrar lo que aun nos queda.

Quisiera que los bolivianos mediten en esta sencilla idea: ni las armas, ni el potencial económico, ni la astucia diplomática harán más por nuestra reintegración marítima que su regreso a la norma cristiana. Evitemos la desunión que debilita, el rencor que aniquila, la mollicie desintegradora. Porque hay un tiempo para destruir y otro para edificar.

Como centella misteriosa es nuestra causa. El navío que dirigen las estrellas. Y conducen más lejos los brazos fraternos del justo y del tranquilo. Y el pueblo que sabe mantenerse recto en su fe, varonil en su esperanza, constante en su tarea, alcanza finalmente sus metas por inaccesibles que aparenten. Hubo una hora de Chile. Habrá, también, una hora de Bolivia.

Y a Chile sea dicha la última palabra, la oferta final:

—Paz con dignidad, restitución del libre acceso al Pacífico, amistad duradera en el acuerdo recíproco de intereses. O una larga preparación de Bolivia, en concentrada soledad, esa maduración heroica que incuba las supremas rebeldías, y que un día futuro ha de darnos la fuerza para rasgar las páginas del Tratado Inicuo y arrojarlas al galope de las olas del Mar recuperado.

UNAMUNO, VENABLO ARDIENTE

Cosa brava, grave cosa hablar de Unamuno.

Se le llamó el gran animador de España —y lo era, ciertamente— aunque su gloria se remonta más dilatada: fue el venablo ardiente que hiere la conciencia sin darle punto de reposo. Leído, ya no suelta: inquieta siempre. Conocido en su aspereza individual, se deja admirar o insatisface: es el varón mayor, en la plenitud del genio y del estilo.

Aunque haya sido el español cimero en la primera mitad del siglo, la segunda lo encuentra en camino más alto. Hoy puede medirse con los mejores porque alcanza a pensador del mundo. Sus temas de constante actualidad. Sus ideas removedoras. Su trágico agonismo inextinguible. Y al fondo, en el horizonte lejano y sombrío, las batallas tremendas del teólogo, del filósofo, del polemista, del novelador, del poeta.

Porque Unamuno es el gimnasta olímpico, siempre tenso en la palestra. Nada le es ajeno; le pertenece todo. Arremete porque ama y busca la perfección. Hostiga, acicatea. Quiere despertar al gigante que nos habita el alma. Detesta enanos y cobardes. Su signo es la lucha, su horóscopo la contradicción. Su individualismo exasperado es el reto de la personalidad superior al orbe chato y mecanizado de las masas.

Alguna vez se definió: rompedor, el que destruye el mundo para volverlo a componer.

En cierto modo y observado en la total variedad y multiplicidad de su pensamiento, el insigne Rector de Salamanca aparece como el escritor más problemático de los tiempos modernos. Todo él problema, suscitador de dudas, planteos, replanteos, quemado por afán de singularidad, ahíto de la idea de Dios. "Somos como Job, hijos de contradicción. Cuando arremeto contra otros es que estoy arremetiendo contra mí mismo. Vivo en lucha íntima". Para ser él mismo, único, insustituible, tenía que sumergirse en los demás, robar les la calma, meterles dardo en la herida sangrante de la duda religiosa. El "autodiálogo" le sirve no para explicar el mundo y el enigma del vivir humano, más para establecer la trascendencia del pensar, único vehículo que justifica al ser de razón y de emoción.

Se afirma un "sentidor", no un intelectual. Y es ambos aunque se jacte de no dar ideas, conocimientos, sino sólo pedazos de alma.

Nada de cuanto dijo don Miguel es inactual porque apuntó, siempre, al destino general del hombre, a la angustia del existir, a la eterna congoja que mana del conflicto insoluble entre la razón que indaga y el misterio que no cede. Porque ama en exceso la vida, desborda en temores a la muerte. Quiere apoderarse del universo sin desmedro de su recia personalidad. Su apetito de saber no tiene límites; su hambre de fama incolmable. Osará intentar crear "su" Dios, aun sabiéndose débil criatura suya. Afán de eternidad, antro de dudas. El enigma lo tortura, la soledad lo roe, soberbia y egolatría lo ensimisman. Pero conserva noble el corazón, la mirada de niño, y enciende en oros poéticos el trágico cavilar de sus desvelos.

"Es más noble vivir desesperado, luchando con la Esfinge, que no ponerse en las estúpidas filas de Epicuro, capitán de las almas vacías".

Dejó 112 libros, miles de ensayos y de artículos; unos muy conocidos, otros harto ignorados, y una impronta personalísima de sentires y decires que constituyen el mayor torrente intelectual desprendido de España hacia las Américas.

Unamuno y los libros de Unamuno son patrimonio del mundo hispánico que agigantan y fecundan cada día. No hubo mejor profesor de energía, ni más entero celador de varonías.

"Me dedico a remover espíritus, a despertar conciencias" —decía el hombre insigne, y como no descendió a la plaza pública en busca de honores y litigios municipales, pudo calificarlo un crítico de "político de eternidades". El que mira para el tiempo y trabaja para las auroras. Guía de buscadores, Ruterio insobornable en pos del terrible mañana, "que es e eterno misterio". ¿No esta el misterio en el alma antes que en el mundo? ¡Pues a inquietarla y provocarla, que el hambre de saber es también apetito de divinidad! Si la muerte es "un anonadamiento", mientras haya vida agitarse, conmovirse: que nada evoque la imagen del término fatal.

Pero este maestro de cavilaciones que llevó las antenas finísimas del razonar más allá de esa frontera desconocida, que Goethe se vedaba para no turbar su armonía interior, aun siendo un lógico terrible, un dialéctico inexorable, no se confinó en las celdas geométricas del puro raciocinio: prefería las verdades del corazón a las construcciones lógicas de la mente. Indagó y se desesperó. Creyó, perdió la fe, siguió buscando, reanudó mil veces la batalla por las evidencias en guerra consigo mismo, "Yo soy mi peor enemigo". El primer razonador, el implacable analista, el teorizador cambiante, fulgurante, desembocan en la vía libre y desatada del hombre de pasiones: el sentimiento hace al sentidor, la razón excita pero no define al hombre. Y al cabo la angustia existencial no es sólo querrela de la inteligencia sino la débil llama del corazón impotente que no puede hallar a su Creador, ni esclarecer por qué vino y dónde va.

"¡Ser, ser siempre, ser sin término! ¡Sed de ser, sed de ser más!"

El mayor negador de las cosas humanas es, por increíble paradoja, el mejor afirmador de humanidad. Porque nunca alcanzó el hombre alturas tan excelsas en el reino de la palabra y de las ideas, como a través del verbo unamuniano, traspasado por el furioso anhelo de un vivir personal y eterno, de un pensar atormentado y atormentador.

Su libro mejor —cumbre en la cordillera de sus obras— debió llamarse "Tratado del Amor de Dios". Estuvo cerca de Juan y de Teresa, grandes místicos; pero el instante de encabezar la desgarrada creación, el filósofo se superpone al teólogo y brota el nombre final: "Del Sentimiento Trágico de la Vida en los Hombres y en los Pueblos". La razón burlera escamotea al corazón el rótulo definitivo. Adentro, empero, muy hondo y muy extenso, se sigue la trayectoria asombrosa del gran apasionado. Réprobo, ateo, hereje —dirán los defensores de la ortodoxia militante, porque el rebelde no quiso doblegarse ante la letra escrita de los textos. El mayor buscador de Dios, precisamente por sus dudas y congojas. El que se vierte, entero, en las frases aterradoras: "Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aún a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que luchó con El, Jacob. Yo quiero pelear mi pelea, sin cuidarme de la victoria".

Pregunta, pregunta: ¿no es toda la grandeza del hombre?

El gran dialogador, consigo mismo o para los demás, corre como la monodia del canto gregoriano: primero el vacío del espacio arquitectónico que devolverá las resonancias del cántico celeste, luego el delirio sofrenado del amor en laude del Señor. Pureza esencial a la cual sólo se llega después de vastos incendios torturantes. ¿No se destruyó a sí mismo el monje colérico de Florencia? Milagro es ya que el vasco arrebatado no hubiese llegado al autoaniquilamiento propio de las naturalezas excesivas.

Porque eso era, en último término, don Miguel de Unamuno: una fuerza de la naturaleza, manifestación irradiante del espíritu. Viento y alma.

Por esto no se le puede entender ni definir. Es energía en movimiento, tan pronto huracán como céfiro: aire que pasa y traspasa, que da vida, suscita inquietudes, lleva y conduce, arrastra horizontes flexibles; que no se detiene jamás, porque se engendra y recomienza de su propio centro como el viento adusto de las "punas" sudamericanas. El "Huayra-Tata", el Padre Viento de la teogonía india, elevado a categoría intelectual: para gozo y dolor del varón de indagaciones. El aire primordial que avizó Anaximandro. Esa fuerza cósmica, símbolo del mundo errante y cambiante, de la criatura humana buscadora, creadora y siempre insatisfecha.

Alma hecha palabra. Galaxia en fuga. Si el hombre ha sido construido para averiguar, luchar contra el misterio, dominar a la naturaleza, indagar por su destino y remontarse a la idea de Dios, sólo el pensamiento lo rescata de su miseria mortal. Y cuando la llama de las rebeliones arde alta, tenaz, voracísima, se roza el magno misterio de religiones y filosofías: cuanto más sepas, menos entenderás. La búsqueda desgarrada. Amar es también, en un cierto sentido sutil que sólo captan el místico y el pensador, destruir. No ha sido dado a la Criatura el don de conocer la creación ni el Creador; sólo el alma los intuye, es el agente supremo de aproximación. Creyente o ateo, el que indaga se acerca y se aleja simultáneamente de la meta perseguida: rueda con ella. Porque así como las estrellas giran en órbitas perfectas que guardan distancias y miden velocidades sin quebrar el grandioso equilibrio del universo en expansión, el juego de las ideas en el pequeño recinto de la caja craneana, obedece asimismo a una geometría maravillosa de vacíos y chispas flamígeras que corren vertiginosas sin tocarse.

Y éste ha sido el destino de don Miguel de Unamuno, alma excelsa, desgarrada por una hondura esencial, venablo ardiente para sí y para los demás, que se hunde y reaparece sin cesar en los espacios estelares del pensamiento.

Porque fue uno que supo mover, conmoviéndose.

DEL HOMBRE: "MYSTERIUM MAGNUM"

Exploramos los abismos: el átomo y el universo, los dos puntos extremos entre los cuales se yergue el hombre. Pero jamás terminará la exploración del hombre mismo.

El interior, desde luego, porque el otro, el puramente somático, fue ya analizado, descompuesto y recompuesto por la antropología, la biología, y en cierto modo por el psicoanálisis que se detuvo en el linde del misterio.

Esa pequeña inmensidad. Esa grandiosa minucia. Esa compleja ingeniería que no pudieron desmontar Platón, Aristóteles, Shakespeare ni Balzac. El hombre: ese mundo cambiante, indescifrable que atisbaron en relámpagos geniales el señor de Montaigne, Goethe serenísimo, y el vertiginoso Nietzsche. Delirio para Unamuno y Pirandello. Sumersión pro funda en Scheler y en Buber. Saeta de enigmas y desesperación desde Kierkegaard hasta Camus. Por que acontece que cuanto más se profundiza en el tema, menos se aprehende al sujeto. Escapa, resbala, se niega a ser capturado. Aun para el más largo mirar, se desvanece en lejanías insondables. La visión más enérgica y concentrada que cree haberlo retenido, se ve acosada por la pluralidad de centros superpuestos que se acumulan sin cesar, como enfrentados unos a otros, disolviendo la imagen inicial. Estudiando al hombre, uno que ve mira varios. Otro que ahonda se dispersa en multitudes. Ese uno, es todos; esos muchos regresan a la unidad del individuo. No se le puede asir, ni definir porque transcurre en perpetua evolución. Es materia, es espíritu, es trance vivo en perpetua mutación. Lo más oscuro, lo más claro que puede estudiar la inteligencia. Nudo de misterios.

Hubo uno que se acercó al enigma humano mejor que sabios, místicos o psicólogos; un soñador que transcurría entre el azote de la epilepsia y el delirio de las iluminaciones interiores;

buceador de profundidades, tal vez quien mejor exploró las zonas oscuras del alma: Dostoiewski, que avizó al hombre a mitad de camino entre bestia y arcángel. Cualquier personaje del novelista ruso participa, en cierto modo, de ambas calidades; puede remontarse al cielo o hundirse en la sototierra, sin dejar de ejercer su múltiple e inevitable ministerio humano. Nadie vió mejor el probabilismo de las almas; cómo cada ser encierra una potencia de evolución anímica que escapa a todo cálculo; y por qué la persona viva está siempre en génesis: creando, creándose, cambiando el mundo, modificándose.

De Séneca a Cervantes, de Tolstoy a Heidegger, nadie ha descifrado el magno y angustioso problema del ser, de la realidad del hombre, de las extrañas relaciones que regulan la simbiosis del yo fisiológico con el yo trascendental.

El pensador ibero, agudamente, después de largos años de búsqueda y dudas crueles, se da la respuesta: en éste y en otros asuntos, no hay metas. Hay sólo caminos. Lo que importa es recorrer el metalema o trayecto que conduce a un fin inexistente pero que atrae. Avanzar, aunque los horizontes movibles del saber retrocedan siempre.

¡Cuánto camino recorrido, y no obstante cuán corta la verdad atesorada!

¿Qué sabemos, en esencia del hombre? Nada, o casi nada. Por algo lo veía Pascal limitado, insuficiente, provisional en extremo.

—¡Cuántos reinos ignora!

Oponía la fragilidad del hombre al terror del mundo. Extraía su grandeza de su miseria. Se anonadaba en el arcano de su misterioso y fugaz existir.

¿Qué sabes de tu hermano, del amigo más próximo; y por qué no se entienden padres e hijos? Cuanto más miras menos entiendes; a mayor reflexión, duda más honda. No puede ser asida, definida ni entendida la persona, ente en eterno hacerse, capaz de las transformaciones complicadas y de los más sorprendentes cambios. Buscas el "jefe", persigues el "modelo" y de pronto modelo y jefe rayan al nivel del puerco. Desprecias al ignaro y al mezquino, y bruscamente del lodo humano asciende una columna de luz. El enigma de cada hombre confiere su nobleza al mundo, porque cada cual puede ser, a un tiempo, criatura del destino, hechura de su voluntad y de su circunstancia. Esta capacidad natural, esta aptitud de transformación de su contorno y de sí mismo, son las que confieren al ser social su dignidad frente a la materia inerte. La inteligencia que escruta, la libertad de elección, la facultad de mudar en sí y remudar su ambiente: he aquí los atributos del animal humano.

Soledad, asociación. Las dos grandes leyes polares del destino del hombre. Cuanto mejor te reconcentras, mayormente servirás a los demás; conforme más te entregas a la multitud con mayor rapidez te disuelves en ella. Pero nadie explicó por qué el individuo requiere ambas atmósferas: la pura y liviana del meditar apasionado; la densa y cargada de la convivencia obstinada. Somos criaturas de aproximación y de rechazo. El diálogo es la apertura hacia los otros; una soledad irremisible, el camino hacia el conocimiento de sí mismo.

—Te conocerás mejor mirando en tu propio I interior, pero serás más digno de la condición humana si buscas el acceso a los demás. Vivir es pensar y es convivir.

¿Y cómo podrías comprender a esta frágil criatura pensante que no llega a entenderse a sí misma? Escindida en sí, debiendo actuar en un mundo fragmentado infinitamente por la abundancia de conocimientos y recursos técnicos, el hombre del siglo XX se mira entre dos abismos espantosamente acrecentados: hacia adentro, la materia desaparece de tanto analizarse; por afuera el universo huye cuanto más se extiende. Teilhard que ve la materia como una agregación innumerable de centros capturándose y dominándose, que evolucionan hasta otros centros de orden superior cada vez más complicados, piensa que el hombre, laberinto inextricable,

ha nacido apenas a su destino cósmico y será cada día más inteligente y complejo. Pero tampoco el teólogo-humanista ha definido el ser ni la naturaleza trascendente de su tránsito terrestre. Sus asombrosas intuiciones para aproximar religión y ciencia en la unidad evolutiva de una marcha hacia el Cristo, no dan la clave del ente pensante. Más bien, por paradoja, lo torna aun más oscuro y enigmático.

Hasta un cierto punto conocemos nuestra naturaleza corpórea, nuestra posición en el cosmos. ¿Más qué sabemos de nuestra naturaleza espiritual?

El carácter del hombre, como el hombre mismo, ha evolucionado por esa dialéctica universal que va de lo simple hacia lo múltiple. Ya no son posibles los claros arquetipos al modo plutarquiano. El personaje moderno es un torbellino: flamea y se transforma como el fuego; en cada punto de su trayecto es distinto aunque siga siendo el mismo. Ni la pintura, ni la música, ni la novela ven al hombre en la infinita disociación de sus plurales transformaciones psicológicas. La transmutación de los valores de que habló el filósofo novecentista, ha desembocado en extravío y negación. El hombre clásico, dueño del mundo y de su pausado transcurrir, se ha convertido en el hombre fáustico, presa del cosmos vertiginoso que lo acosa.

Pero hagamos abstracción de los dos universos: el que lo constituye y el que lo circunda. ¿Qué es el ser humano? ¿Por qué las definiciones más ingeniosas, de mayor poder de síntesis, no alcanzan su total complejidad? ¿Cómo se podría regular o adivinar siquiera las reacciones de cada individuo frente a hechos o incitaciones determinados?

Preguntas sin respuesta.

Es que no se ha entendido, todavía, que el hombre es el ser misterioso por excelencia. De aquí su riesgo y su encanto. Guiado por leyes geométricas, confinado a una sucesión lógica de hechos conocidos, dejaría de ser materia de estudio y atractivo. El enigma es su clima natural, su destino la eterna indagación. Puede conocerse hasta cierto límite; reconocer su morada física dilatadamente, pero en ninguno de ambos quehaceres se halla facultado para descubrir claves finales. Porque éstas son su grandeza y su miseria: siendo libre, estar sujeto al mundo y a su propio ser pensante. El único ser que medita y tiene conciencia de la grave oscuridad de la muerte, sabe que la verdad es que no podemos conocer la verdad. Es aquella trágica exclamación del poeta frente a la impotencia del pensamiento para explicar la vida y el viviente:

“...alma que sabe más, pues nada sabe!”

Porque el hombre se sabe indescifrable, inventó el mito de Apolo, dios de luz, dios transparente que quiso vencer el enigma con la claridad de un armonioso razonar. Hoy, para entendernos, sólo contamos con la energía; o somos poseídos por ella, que nos vuelve gigantes en poderío, enanos de comprensión.

Pero aun dentro del misterio de sombras en que se mueve, el ser pensante está obligado a esclarecer y dignificar su posición. No es denigrante que no pueda franquear la barrera del propio enigma; lo noble es que reconozca la dependencia de la criatura, del Creador y de la creación. Los intuye, los adivina, participa en mínima forma de su majestad. Lleva su impronta. No podrá jamás absorber los, reducirlos a medida humana. Y ésta es, precisamente, la razón de su grandeza: será el eterno rebelde porque subsiste como atado a potencias que lo exceden, y no puede alcanzar aquello que lo rebasa y se distancia de la persona a mayor velocidad de fuga conforme despierta y se acelera la inteligencia.

¿Qué misterios son éstos que me traen espantada? —dirá el alma en el lamento teresiano, abrumada por la magnitud de la sumersión mística en Dios. Pero no son menores los arcanos que escrutaron Rilke y Kafka, uno empeñado en extraer la esencia angélica del ser humano; el otro obstinado en describir su fondo trágico, disolvente, que roza en la locura. Y cuanto más analiza el tema insigne, mayor se acentúa el asombro del que indaga porque visto en la plenitud de su

maravilla corpórea y en la infinitud de sus reinos interiores, suele aparecerse el hombre como el dragón de las antiguas teogonías: creando y devorando el mundo, haciendo y deshaciéndose, solo soporte y clave animadora de todo lo existente.

Y esos cambios admirables en la edad biológica y en el espíritu —cinta de luz que va del niño al adolescente, del adulto al anciano— denuncian el ajustamiento vital a un esquema previo exuberante y vario: el hombre crece y se desarrolla, abierto en la dispersión de sus formas, concentrado en la sucesión de sus envolturas evolutivas. Esencialmente es uno; potencialmente varios o muchos. Su capacidad de alteración sólo se agota con la vida misma.

¿Alguien midió el prodigio de esas metamorfosis que eslabonan la trayectoria del ser humano?

Luz de alegría y de ternura el niño. Gallarda promesa de osadía el joven. Fuerza precisa el hombre maduro. Sabia la ancianidad serena. Y tantos estadios intermedios o mudanzas bruscas que no alcanzamos a explicarnos. ¿Por qué la más bella flor de juventud se agosta en mediocre madurez; o a la inversa: cómo un oscuro adolescente florece en tardía y radiosa producción? La memoria, monstruo de las edades. La sensibilidad, rayo sin término. Apenas explorada la inteligencia. El sueño que abre la aventura hacia lo desconocido. La conciencia exigente siempre. La subconciencia henchida de tensiones amenazantes. El péndulo biológico sutilmente compensado. El espíritu: espiral vertiginosa. Todo es admirable, misterioso, nítido, enigmático a la vez. El hombre: ésta máquina perfectísima de inesperadas reacciones.

¿Por qué pretendes comprenderlo si él mismo no se entiende bien?

Cuando Goethe expresó: acepta a los hombres como son y no como tu quieres que sean, dictó la mayor lección de humanidad.

Pero si quieres aproximarte a la hondura esencial del gran enigma, vuelve al Cristo, guía supremo, el mejor escrutador de gentes. Sus palabras, sus parábolas, sus símbolos cargados de significación, su mensaje permanente y trascendente, ceñido por una sombra sagrada, dice más de nuestro origen, de nuestro ser, de nuestro destino de ascenso y redención que todas las filosofías sistemáticas de los indagadores del "yo".

El hombre: este cosmos familiar y desconocido a un tiempo mismo. Riesgo y problema. "Mysterium Magnum". No hay magia verbal que lo explique ni pensamiento que lo defina plenamente. Pero él puede aproximarse a todo y aun mirarse desde oscuras lejanías. El único que puede dialogar con los universos y preguntar a Dios. ¿Qué mejor testimonio de su grandeza?

PERFIL DE ROBERTO PRUDENCIO

Sencilla y deleitable tarea hablar de los triunfadores, porque exaltando sus proezas es como si buscáramos estímulo para el propio ascenso. Cada victoria es una lección humana. El carácter vencedor espolea a los demás. El derribador de obstáculos, el osado, el tenaz, el perseverante, quien deja larga estela de hechos o de palabras: éstos son los que apasionan a los biógrafos. También existen los otros, los grandes infortunados que aun frustrados por un destino adverso o derelicto, dejan renombre, sin embargo, porque su fuerte personalidad creció al rigor de la lucha con el mundo; y aun perdedores de su designio perduran por el eco de sus combates atrevidos. Todos ellos atraen a Plutarco, a Montaigne, a Strachey.

Pero existe un otro tipo de hombres, no por escasamente estudiados menos interesantes al análisis psicológico y a los avatares de la fortuna. Espléndidamente dotados, con todas las condiciones para vencer, un hado contrario los persigue sin descanso, y a pesar de su energía, de

su constancia, de su brillante inteligencia y de su fina sensibilidad, sólo dejan huella esporádica en sus contemporáneos, porque la vida, cruel fustigadora, fue frustrando, una a una, sus ambiciones y esperanzas.

Son los grandes olvidados: ni acciones ni pensamiento los prolongan en el tiempo. Caminantes sin rastro se pierden en las sombras de su nocturno quehacer. Soñaron tanto, hicieron mucho: no estaban destinados a perdurar. Sólo algunos que los conocieron y midieron su potencial vital, se preguntan por qué la naturaleza crea estos caracteres enérgicos y los condena al silencio.

Soles fríos: no dan luz ni calor aun siendo soles.

Aquella sería la imagen para un balance productivo de hombre y obra en el tiempo; pero quien conoció a Roberto Prudencio desde sus mocedades, podrá atestiguar que no hubo juventud más entusiasta, verbo más persuasivo, ni temperamento más enérgico y despierto. Irradiaba fuerza espiritual. Su saber inagotable, su inquietud por saber más sin fronteras, un don de síntesis verdaderamente notable y un poder de convicción contagioso. Adolescente precoz, era ya un joven sabio cuando sus contemporáneos apenas iniciaban el aprendizaje de la hombría.

Bajo de estatura, bien proporcionado, delgado, tenía el fino tipo andaluz. Algo afectado el andar. La palabra pronta. Unos ojos penetrantes flanqueaban la nariz aquilina. Modulaba admirablemente la voz, pasando sin transición del juicio duro y corto a la suave y dilatada encuadratura. Vigoroso el ademán, las manos dibujando el aire. Certero expositor, crecía en la polémica. Su versatilidad crítica y su abundancia de argumentación desarmaban al mejor contradictor. Alma entera, amaba o despreciaba con énfasis parejo. Y el todo ceñido por una corriente nerviosa de carga intermitente: donde él hablaba no contaban tiempo, tema ni accidente. Sólo la magia de una inteligencia locuaz. Soberbio como sus maestros —acaso Sócrates, Goethe, Nietzsche— no supo hacerse perdonar la vastedad de sus conocimientos ni el flujo incontenible de su verbo explosivo. Avasallaba. Pocos podían sostenerle una discusión; menos refutar sus juicios. De aquí nació la leyenda de una supuesta excentricidad.

¿Pero quién ha sido, verdaderamente, Roberto Prudencio, hombre y nombre que aun sacuden el corazón boliviano?

Lo recuerdo como lo conocí por los años del 25 al 30: un mozo inquieto que sobresalía por su talento y su cultura. Andaba siempre con gentes mayores. Nos separaban pocos años y una gran distancia en el estudio. Yo hacía versos, me iniciaba en el periodismo y en la crítica, las bellas letras colmaban mi horizonte. El descollaba en religión, en disciplinas filosóficas, en historia. Era difícil seguirle en el discurso didáctico, apesar del rigor y claridad de su exposición, porque sus admiradores juveniles carecíamos de la preparación elemental para absorber sus prédicas. Evoco una hermosa noche de verano que se prolongó hasta las primeras horas del amanecer: jamás palabra ni texto alguno me explicaron mejor la filosofía de Schopenhauer. Otra vez le bastaron tres horas para relieves la esencia del sistema hegeliano y su influencia en la filosofía moderna. Tenía concepciones originales sobre la historia de Bolivia y la raza andina. Indianista, telurista en la juventud, evolucionaría después al occidentalismo cultural y al escepticismo filosófico.

Era, ciertamente, el perfecto profesor. Su palabra encendida hacía amar el tema y el desarrollo del discurso. Fue el primero en introducirnos al conocimiento de Ortega, de Keyserling, de Spengler, de Simmel, en notables estudios interpretativos que lo consagraron, en plena juventud, como el intelectual más agudo de su generación. Y tal como hiciera Montaigne, tomando de pretexto la apología de Raimundo Sabunde para componer un profundo tratado del hombre y el gobierno de la vida, Roberto Prudencio, en un extenso y tenso ensayo crítico sobre la poesía de Berta Quezada, expuso una genial teoría de poesía metafísica que "El Diario" reprodujo en suplemento literario.

Soldado en la guerra del Chaco, Prudencio volvió de la contienda más enérgico, más afirmativo. Integró un grupo cívico renovador. Hizo política. Admiró a Busch primero; luego le

combatió. Diputado por La Paz, despertó sensación con sus actuaciones parlamentarias. ¿Le entendían realmente? Su pensamiento volaba muy alto. Orador metódico y sereno, no se permitía los arrebatos ni las proezas retóricas: iba derecho a su asunto y sólo intervenía en los grandes debates nacionales. Naturalmente se fue quedando aislado, aun dentro de su propio partido. Era más un estadista que un político.

Poco después fundaba la revista "Kollasuyo", una de las mejores que hubo en Bolivia, que sostuvo difícilmente durante varios años alcanzando a 70 números. Modesta de continente, pero de buen calibre literario, por sus páginas dispersó su talento de filósofo, de ensayista, de crítico de arte. Revalorizó el pasado, polemizó el presente, presentó valores jóvenes. Compuso, él mismo, trabajos magistrales de interpretación de nuestra realidad analizando la Colonia, la pintura indohispana, el mestizaje como fuerza sociológica. Los mejores ensayos de esta época se llamaban: "Sentido y proyección del Kollasuyo", "Tangenciando el Sentido del Arte", "Reflexiones sobre la Colonia". ¿Es una hazaña fundar y sostener una revista de cultura en nuestro medio? Lo es, y en grado mayor. Sólo la gente del oficio —hombres de letras, periodistas, críticos— pueden valorar lo que significó "Kollasuyo" para la difusión del pensamiento boliviano: una gran revista dirigida por una mentalidad excepcional que incursionaba con pareja destreza por el orbe americano y por la cultura occidental. Escribió sobre la pintura de Goya, la estilística del arzobispo Moxó, la irreligiosidad del pensamiento moderno y la génesis de las ideas políticas en la historia de Bolivia, con penetración analítica y originalidad.

Catedrático de filosofía y de historia del arte, no tardó en ganar un sitio en la Universidad de La Paz; muchos lo admiraban, no todos lo querían, pero tenía la conciencia y el estilo del maestro de verdad: sabía explicar, sabía imponer lo que sabía, y en pocas clases conquistó respeto general.

Alguna vez fui a escucharle, admirando cómo combinaba severidad y sagacidad con sus alumnos. Pero lo que indudablemente los deslumbraba era la vastedad de su erudición y la flexibilidad de su mente: tenía respuesta para todo, respuesta inteligente y precisa que desarmaba al más ladino.

En esa primera época fue un paladín del indianismo estético: exponía y defendía con singular fervor las líneas maestras de nuestra cultura vernácula y mestiza. Inquietaba, removía ideas, promovía polémicas, críticas, se dispersaba en diarios, revistas, conferencias.

Ingresó al Movimiento Nacionalista Revolucionario, partido que condensaba los ideales renovados surgidos de la Guerra del Chaco. Individualista por esencia, socialista moderado en política, en el fondo Roberto Prudencio era un aristócrata extraviado en el populachismo altoperuano. No se prestaba a la intriga ni a la adulación. Quería al pueblo, pedía disciplina. Compartía los ideales, los principios del MNR; no pudo hacerse cómplice de sus abusos y extravíos. Fue embajador por corto tiempo; luego Senador por La Paz. Entonces la conciencia del escritor traicionó al político: comenzó a denunciar lo que estaba mal. En uno de sus escritos lanzó la célebre frase: "la violencia es el último recurso de los gobiernos débiles". No recuerdo, bien, si renunció o si fue expulsado del partido. En cualquier caso salvó su dignidad de escritor, y mató al político que llevaba dentro. ¿Pero cuándo un intelectual de vocación fue buen político?

De 1944 a 1952, se fue afirmando la personalidad del catedrático, del crítico, del escritor. Seguía saliendo "Kollasuyo", sus clases eran cada vez más concurridas, sus conferencias atraían numeroso público. Las dos últimas que dictó, sobre Poe y Baudelaire —otra vez la gran interrogación al enigma poético— fueron verdaderamente excepcionales. En años anteriores, había ganado la medalla "Goethe" concedida por Alemania al mejor ensayo publicado en Bolivia sobre el gran poeta.

Un día se oyó su nombre como candidato al Rectorado de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz: habría sido, seguramente, un gran Rector. Allí el educador, el pensador, el hombre de imaginación y de fuerte voluntad habrían realizado vasta labor. Vinculado largamente al

ambiente universitario, apreciado por catedráticos y alumnos, ese era el campo natural donde podía rayar en gran estilo su inteligencia. Pero Prudencio, el filósofo, no era comprendido por todos; Prudencio, el hombre, tuvo que pagar la altanería y la jerarquía del intelectual. Admirado por muchos, resistido por más, se negó a entrar al juego pre-electoral. Orgullosamente esperó los votos que no quiso negociar. Perdió el Rectorado y La Paz no tuvo el privilegio de verlo a la cabeza de su primera casa de cultura.

Absorbió el golpe con dignidad. Siguió dictando sus cátedras, componiendo ensayos, ejerciendo la crítica. Sostuvo una polémica notable con Guillermo Francovich sobre la filosofía de los valores. Analizó magistralmente la influencia de Olañeta y los doctores de Chuquisaca en la creación de Bolivia. Con gran esfuerzo continuaba publicando "Kollasuyo".

Cierto día que le preguntaron por qué no componía una historia de Bolivia, contestó:

—Tengo apuntes, tal vez algunos capítulos... ¿Pero es que existe la historia de Bolivia, en un sentido crítico orgánico? Quizás durante el crucismo, quizás cuando Arce, lampos finales con Montes.

Y se anegó en disquisiciones pesimistas que el tiempo acrecentaría.

En 1952 sube el MNR al poder. Tenía mucho que cobrar al expartidario, al escritor valeroso que había denunciado sus excesos. Roberto Prudencio sufrió las viarazas de la política criolla. Vio su casa atropellada, fue injuriado en la prensa, perseguido por sayones. Delicado de salud, había sufrido ya dos infartos de los que se repuso lentamente. Tuvo que soportar largos meses de hostilidad de parte del mundo oficial. Aunque universidad y sociedad lo amparaban, su seguridad, su propia subsistencia se vieron amenazadas. En Bolivia, por desgracia, la presión del partido gobernante es tan poderosa, que el rebelde y el disidente deben pagar un precio muy alto para mantener su disconformidad. Prudencio fue perseguido sutilmente, por mil medios ingeniosos que a veces son peores y más crueles que la persecución abierta.

Mantuvimos leal amistad, aunque el destino nos colocó, más de una vez, en trincheras opuestas. No puedo olvidar la visita que le hice una tarde soleada a su quinta de Obrajes. Estaba físicamente quebrantado y se había operado un cambio profundo en su espíritu. Ya no tenía el fuego de los años mozos, ni el ímpetu acometivo del brioso polemista. El primitivo indianismo había sido sustituido por la visión universalista del pensador occidental. Era en 1953. Veía con radical pesimismo la revolución que iniciaba el MNR. Prefirió remontarse al gobierno de Busch, evocando con cálido acento al caudillo oriental.

—Hubiera sido un gran Presidente —dijo con melancolía— pero cayó en manos de políticos avezados que lo sorbieron.

Habló de Heidegger, de Proust, de Bergson con fino acierto: seguía siendo el expositor inimitable y preciso, de estilo ceñido, con gran poder de síntesis. También hallaba vetas nuevas en la búsqueda o en la nueva interpretación de figuras bolivianas: le escuché juicios audaces pero bien fundamentados sobre Belzu, Linares, Baptista. No simpatizaba con Tamayo. Su aristocratismo intelectual lo aproximaba a Moreno, a su juicio un gran incomprendido.

El sol quebraba sus últimos rayos en el vallecito de Obrajes. Discutimos, aun, sobre el problema de nuestra generación, que Prudencio consideraba frustrada, mientras yo la bauticé como generación de la fe porque aun dentro de la adversidad cumplía un destino. Y viéndole recorrer la estancia a lentos pasos mientras desenvolvía su crítica en períodos fustigantes, recordé todo lo que debemos a la palabra y a la pluma de Roberto Prudencio disperso en periódicos, en revistas, en publicaciones eventuales. ¿Iba a perderse tanto saber, belleza cuanta? Y este hombre sagaz, inteligentísimo, abierto a todas las disciplinas del conocimiento, tan profundamente sumergido en el pensamiento occidental y en la propia realidad boliviana ¿nada dejaría a las

nuevas generaciones de su saber? Fue entonces que interrumpiendo su discurso, le espeté la pregunta lógica:

—¿ Por qué no recopilas tus ensayos y trabajos en libros? Tú podrías componer la mejor historia de Bolivia. Escribiste mucho, de gran calidad. Deja una herencia.

Prudencio volteó la cabeza sorprendido. Un rayo de alegría brilló en sus ojos y no tardó en apagarse. Una sonrisa amarga le cruzaba la boca al responder:

—Lo que escribí no vale nada... Lo que podría hacer... ¿Pero es que se puede componer algo nuevo, algo realmente original y bello si todo ya se ha dicho? El libro que quisiera escribir está por encima de mis aptitudes.

Una gran ambición, una fuerte penetración crítica, el excesivo estudio, la abundancia en el auto-análisis conducen a la soledad de los grandes desencantados: soberbia, escepticismo, melancolía.

Fue la última vez que hablé con él. Salí de su casa apenado, haciéndome una pregunta que todavía no tiene respuesta: ¿por qué este hombre dotado con todas las condiciones para dirigir y orientar a los demás, para la gran producción literaria, ha transcurrido en virtual soledad espiritual, confinado en cierto modo dentro de sí mismo?

Poco tiempo después —1955- Roberto Prudencio se fue a Chile con su familia. Dicta cátedras de filosofía y de arte en universidades de ese país. Da conferencias. Escribe ensayos. Casi ha perdido contacto con Bolivia. En 1963 me mandó tres espléndidos ensayos sobre el teatro de Ionesco, las anticipaciones de Dostoiewski y la filosofía de Kierkegaard, que reproduje en mi revista "NOVA".

Roberto Prudencio. La inteligencia más vigorosa que dio la Generación del Chaco, y una de las almas más nobles que he conocido.

Por él tuve idea de lo que pudieron ser el verbo aristotélico, exprimidor de síntesis sistemáticas y apretadas; y la fantasía delirante de las rebeldías nietzscheanas, que buscaban ver detrás de las estrellas. Porque esto es lo que pocos aprendieron de este gran espíritu: su capacidad de abrir horizontes ideales, el don de transmitir saber, la apertura al estudio sagaz de los reinos y las figuras del pasado.

En la era atómica, convulsionada y frenética; en la feria criolla, siempre tumultuosa y negadora de valores; ¿qué cosa más noble que llevar una vida digna, cumplir una vocación, enseñar desinteresadamente? Socialmente accesible, espiritualmente en soledad. ¿No es todo el drama del intelectual?

El Prudencio que conocí en la juventud, es tal vez ahora, en el otoño del vivir, el hombre más sabio de mi generación. Alma tierna, delicada, quiso o tuvo que envolverse en una coraza de fiereza. Y frente a un destino adverso se condujo con tal señorío y estoicismo, que me atrevo a colocarle en la huella de los pensadores griegos, sus maestros.

Un filósofo en el pensar, en la conducta. Sólo quienes conocimos su singular personalidad, sus brillantes escritos, podemos deplorar lo que Bolivia ha perdido con el alejamiento y el silencio de Roberto Prudencio.

LA HERIDA QUE NUNCA CERRARA

Quiero conocer "Calachapi", finca de mi tatarabuelo, don Clemente Diez de Medina, mayor coronel en las guerras de la Independencia. Amigo de Bolívar y San Martín, conspirador al lado de Murillo, jefe del frustrado motín del 30 de Marzo de 1809 que anunció la revolución famosa del 16 de julio del mismo año, llegó a ser Intendente de Buenos Aires. Perseguido por Goyeneche anduvo prófugo muchos años. En 1825, al fundarse la república, se restituyó a La Paz, pero el abrazar la causa patriota le había costado mujer, hijos y gran parte de su fortuna. Dióle, entonces, en el otoño de su vida, por la misantropía.

Admiraba profundamente al virtuoso Mariscal de Ayacucho. En 1828, llegó a La Paz la noticia del atentado contra Sucre: en un motín cuartelero una bala partió el brazo que selló la libertad americana. Don Clemente cenaba con amigos cuando le dieron la noticia. Se demudó al saberla, cruzó los cubiertos, y se despidió de aquellos con estas palabras:

—Este país está perdido. No hay gratitud ni respeto a los grandes. No me volverán a ver.

Y montando a caballo, a pesar de lo avanzado de la hora, fue a encerrarse vivo a su propiedad de "Calachapi". Vivió allí veinte años, decepcionado del mundo y de los hombres.

Ese era el hombre. Así su destino.

Para descender a la quebrada de Sapahaqui, paso otra vez por "Achachila-Kursani", esa abra fantástica al suroeste de La Paz. Es al atardecer. "Illimani" surge menos encumbrado que en el primer encuentro. Más alejado. La poderosa mole sobrecoge, aunque un tercio de su masa lo cubren las nubes. En el costado derecho del monte, moldeada por la nieve en la roca, descubrimos una cabeza gigantesca; la bautizamos: "Apu-Mallku", el remoto antecesor de los emperadores kollas.

La tarde fría, ventosa. Un sol pálido a trechos; luego sombras crudas. Un resplandor rosado en el flanco del Nevado, a manera de un látigo salvaje en pos de su presa. A esta hora crepuscular propicia a la pena indeterminada, la montaña semeja un animal fabuloso, agazapado, cruel, inexorable. Se comprende el terror del indio que tuvo por adoratorio al monte indescifrable, al sorprenderlo en la hora adusta.

Detenemos el "Plymouth". Los amigos charlan, fuman. Evoco el pasado remotísimo, los puros reinos de una geología arcaica, cuando cerros y abismos disputaban primacía: esa titanomaquia andina, erizada de filos y de vértices airados. La Paz, recostada en una quiebra distante, finge un brillante misterioso. El paisaje se va tiñendo de una melancolía imprecisa.

Siento el rechazo del monte.

Mal camino. Bajamos junto con la noche al valle. Muchas vueltas, recodos, precipicios por estas rutas montañosas. La luna llena nos descubre las ruinas del antiguo pueblo de Sapahaqui: muros sumergidos en la tierra. La "mazamorra", bajando de los cerros, arrasó con el pueblo, lo destruyó todo, hizo imposible rehabilitar el paraje; pero no pudo sepultar el templo enorme, corpulento, que semienterrado en lodo y piedra, yergue todavía su cúpula redonda, sus campanarios, una parte de los macizos muros de mampostería. La iglesia colonial: lo más fuerte, lo más resistente que el español dejó en la América india. Parece un navío encallado en la pendiente.

A las 22 en Caracato. Meditación lunar en la plaza abandonada: tantas cosas que se piensan, incomunicables, que no llegan a expresarse. Una iglesita. Pocas casas. Altos árboles.

Soledad. Una tristeza incontenible invade el espíritu cuando, ya dentro del mesón, se escucha a los pobladores:

—Estos pueblitos de la quebrada, señor, están amenazados; a unos se los llevó la mazamorra, a otros se los llevará más tarde. ¡Ni quien los proteja! Los antiguos dueños se fueron a vivir a La Paz. Vendieron las fincas a los mayordomos y éstos vegetan. Nadie quiere progresar.

Mala noche en el "hotel" Caracato, un mesón como peor no lo conoció Don Quijote.

Al día siguiente visitamos las ruinas de Chihuacato, donde los Jesuitas poseyeron ricos viñedos. Dicen que en tiempos de pasado esplendor producían vinos exquisitos.

Por estos parajes reina el sopor de la provincia: aquí no llegan técnica, higiene ni movimiento de vida nueva. Estos pueblos de la quebrada de Sapahaqui se detuvieron en el siglo XVIII.

El paso del "Plymouth" por la "playa" o cauce seco del río es infernal para el vehículo: se avanzan metros en minutos, tiembla toda la carrocería.

Pasamos por la mina "Espíritu Santo" de oro y antimonio. Es el drama del minero en su franca desnudez: abandono, miseria, lucha tenaz con la naturaleza hostil y las dificultades de acceso. La mina paga sus gastos, el obrero se consume, pero la esperanza de una "boya" mantiene a dueños y trabajadores.

Volvemos a Caracato y luego enfilamos hacia Calachapi.

—Eran dos propiedades —dice un vecino: Calachapi y La Carolina; sólo ha quedado memoria de la primera. Han pasado cien años y las gentes del lugar guardan el recuerdo de Don Clemente Diez de Medina.

Es un vallecito encajonado entre cerros, de relativa amplitud. El camino, quebrada abajo, pasa a veinte metros de la casa de hacienda, de típica arquitectura colonial. La iglesia es un notable edificio en forma de rotonda; fue diseñada y levantada bajo la dirección del mismo Don Clemente. Todos los días a las 6 de la mañana, un sacerdote decía la misa sólo para él. Después la entregaba al servicio de los fieles del lugar. Viejisimas, ruinosas en parte, la iglesia: la casona colonial son lo más llamativo del paraje. Desde la azotea de ésta última se dominan los viñedos y los alfalfares. Aquí residieron renombradas familias paceñas, pues la finca cambió muchas veces de propietario, y se afirma que en ciertas épocas Calachapi tuvo alguna animación social.

Ciento cincuenta metros más arriba, a la derecha del camino, por una pendiente áspera plena de piedras, espinos y zanjas, se divisa una pequeña ruina de piedra y adobes.

—Calachapi — señala el guía —. Esta era la casa del caballero. Tres cuartos reducidos y una diminuta terraza de tres arcos desde la cual se divisa el pueblo y los campos. Y explica: "cala" es piedra; "chapi" espino. ¿Por qué le pondría este nombre?

(Espina —pienso— lo que hierde; piedra, lo que permanece. En transposición poética podría ser: la herida que nunca cerrará).

Detrás de la casita, formando parte del edificio orientado exactamente mirando al levante y al poniente, hay dos terracitas cerradas por arquerías de tres ojos. Desde ellas el solitario saludaba y despedía al astro. El motivo de los tres arcos se repite en la iglesia y por la ancha avenida que conduce de "La Carolina" a Calachapi. Se advierten las huellas de antiguos jardines que remataban en un kiosquete. Más arriba se hallaba el estanque de agua potable.

Tenía algunos libros, papeles de música, y a veces tocaba la flauta con maestría. En los días de buen humor —que no eran muchos— solía llamar a las niñas indias y les enseñaba a danzar. Pero se negaba a comunicar con adultos y sólo admitía en su presencia a un mozalbete indígena que preparaba sus comidas. Cuando el prócer murió, se encontró una petaca llena de cartas que no había abierto en veinte años. La ruptura con el mundo había sido absoluta.

Algunos vecinos creen que sus restos están enterrados en la iglesia. El mayordomo que nos conduce lo niega:

—Nadie conoce su tumba —refiere— porque el patrón hizo jurar al indio que lo atendía que lo sepultaría en un lugar escondido y que nunca lo diría a nadie. Así ha sido.

En medio de las ruinas, he pensado largamente en el antepasado ilustre, hombre de fuertes pasiones y disciplinas duras. El Mayor Coronel Clemente Diez de Medina, guerrero de la Independencia, que pudo ser una de las figuras más activas y brillantes de su época. Su drama no se ha escrito todavía. Aunque fue uno de sus actores, no hubo campo propicio para él en los sucesos posteriores a la gran revolución mestiza de 1809, que supo servir y comandar en su etapa inicial. Era un aristócrata, de linaje hispano, y la patria naciente, populachera y republicana, no podía entender su estilo patricio. No pudo adaptarse a los cambios sociales que sobrevinieron ni conciliar el trágico desdoblamiento entre lo peninsular y lo americano. En el juego, en el amor, en la política se daba entero. Al abrazar la causa de los patriotas lo expuso todo: esposa, hogar, fortuna y reposo. Protagonista y tema para una novela; el americano del sur, descendiente de grandes señores, gran señor él mismo, que se da al pueblo sin que el pueblo pueda entenderlo. El aristócrata que no encaja en la masa criolla en formación.

Y adentro, muy hondo, en profundidades que no se exploraron aun, el resentimiento contra el destino y contra las gentes. ¿Qué sueños rotos, qué tremenda ambición, qué agudas decepciones guardaron sus muros?

A la claridad incierta del crepúsculo, vi alzarse entre piedras y espinos la figura erguida del gran viejo. Frío, desdeñoso, paseaba con majestad condoril su carga de recuerdos y amarguras. Estaba algo alejado, pero me pareció que el viento me traía sus palabras:

—Luchar, servir, amar, perseguir un ideal. Está bien. A eso venimos. Pero la política sudamericana es trampa y basura. Líbrate de ella.

“Calachapi ”: la herida que nunca cerrará. Era muy grande el corazón que la cobijó.

Al abandonar la finca, recorreremos una larga avenida de molles centenarios que Don Clemente solía atravesar con frecuencia. Dicen que amaba los árboles y los pájaros. Con los años su recuerdo ha tomado la magnitud y los tintes de la leyenda: nos dijeron cosas singulares que callo, por ahora.

Veinte años de soledad y de silencio. Con estas almas diamantinas se hizo la Independencia.

GUILLERMO FRANCOVICH: ESCRITOR

La llegada de un nuevo libro de Guillermo Francovich ha removido viejos recuerdos.

Treinta años atrás. En la casa de los paz Campero, familia patricia, cuya noble influencia recibí en mi formación cultural, donde me acogían como hijo, fundaba mi hogar. Era, entonces, banquero, periodista, poeta. Despertaba a las letras y a la música, prefería el arte a la política. Jugaba fútbol, era afecto a los amigos. Trepaba cerros, soñaba viajes fabulosos. Mi juventud se

templaba al amor de María, mi esposa, de nuestra pequeña Beatriz. Era el tiempo de la avidez intelectual, del amanecer a la estética. Primeros esfuerzos para romper el anillo andino y tomar contacto con el mundo.

A mi estudio solían caer José Roberto Mier, Carlos Medinacelli, Francisco Varela, Gamaliel Churata, Jorge Canedo Reyes, Carlos Dorado Chopitea, José Romero Loza, Oscar Cerruto, Augusto Guzmán, Hugo Bohórquez, Roberto Prudencio, Roberto Guardia Berdecio y tantos otros. De cuando en cuando se descolgaba un escritor viajero, un artista de paso; pero yo disfrutaba mejor el diálogo con la gente nuestra, abierta y sensible.

Era un mundo activo. Se abrían horizontes, se discutía sin trabas. La sombra de Platón presidió muchas noches. Mariátegui, Keyserling, Waldo Frank fueron centros de interés. Las sonatas de Beethoven ponían tregua en el ardor de los diálogos. Y al influjo cordial del té que brotaba de un samovar regalado por el amigo polaco Simón Grushka, nos sumergíamos en el mar tormentoso de la política nacional, en las corrientes encontradas del destino americano, o buscábamos el sentido de la vida en Nietzsche, en Goethe y en Pascal. En esos años despertaba mi admiración por la poesía de Franz Tamayo y las maderas nocturnas de Víctor Delhez.

Bohemia sería —si cabe el término— de búsqueda, de estudio, de gimnasia polémica. Amistad y lealtad existían, simpatía y comprensión también: éramos jóvenes. Fue, la nuestra, una generación nacida bajo el signo de la nobleza espiritual.

Cierta noche llamaba a mi puerta un hombre joven, atildado en el vestir, de ojos negros y profundos. La voz un tanto asordinada elevaba sus registros cuando el entusiasmo ponía énfasis en los juicios; pero esto no era lo habitual. Sobrio, preciso, revestido de una serenidad innata, la modestia envolvía como un halo su figura. Desde el primer encuentro me sedujo la noble personalidad del escritor chuquisaqueño, todo equilibrio, como salido de formación francesa; tan opuesto a Roberto Prudencio, todo fuego, desmedido, hechura del pensamiento germano.

Nos encontramos muchas veces; cada una de ellas fuente de regocijo espiritual. Esa amistad nació al conjuro de la mutua simpatía por la obra rigurosa de Paul Valéry. Francovich me introdujo a la estética valeriana —Monsieur Teste, Eupalynos, el Alma y la Danza—. Era un sutil indagador de las estructuras técnicas y las motivaciones simbólicas del autor de "La Jeune Parque". Analizaba la belleza arquitectónica y las significaciones recónditas del "Cementerio Marino" con magia muy personal.

Poseía un claro sentido de la responsabilidad de la inteligencia, del influjo y del riesgo que el escritor debe jugar en su comunidad nativa. Lo atraían por igual Europa y América. Su devoción por Francia y las culturas latinas, no le impedía explorar las fuentes nórdicas. Un bolivianismo entrañable corría paralelo a su inquietud por el pensamiento occidental. Baste mencionar los profundos ensayos de sus libros "Supay", "Pachamama", "El Pensamiento Universitario de Charcas", volcados, todos, al tema propio y la indagación de los temas vernáculos. Francovich miró siempre a los dos confines: el universal y el nativo, manteniendo perfecto equilibrio entre ambos.

La versatilidad de su pluma lo llevó de la filosofía al ensayo, de la historia al teatro, de la crítica al estudio sociológico. Ha demostrado su capacidad para el arte dramático en "Un Puñal en la Sombra", discutida interpretación del fondo pasional que movió la conjura contra Sucre en 1828; "El Monje de Potosí", y alguna otra obra que me escapa.

He vuelto a hojear, en mi biblioteca, sus libros. "Filósofos Brasileños", sintético y bien calibrado. Los buídos diálogos de "Los Idolos de Bacon". Su estudio acerca de "La Filosofía en Bolivia", único en su género. Esa obra de envergadura, controvertible, pero siempre noble y armoniosa que se llama "El Pensamiento Boliviano en el Siglo XX". O aquella otra de fina disquisición filosófica que lleva por título un verso célebre de Rilke: "Todo Ángel es Terrible". He recordado la comentada polémica con Roberto Prudencio sobre la teoría de los valores. Finalmente

he dado lectura al último de sus libros: "El Cinismo", precioso tratado que parece brotar de un discípulo de Vives o Gracián.

Y he concluído: he aquí el perfecto hombre de letras, dado a los valores del espíritu, a la meditación, a la literatura en su sentido mejor, a la honda creación mental; al sereno discurrir del mundo de las gentes. A la difícil artesanía del pensar y el expresar lo pensado y lo sentido.

Verdad que Francovich no se ha confinado en el escritor. Ha sido, además, un gran Rector de la meritísima Universidad de San Francisco Xavier de Chuquisaca. Fino y sagaz Embajador. Conferencista aplomado. Hombre de mundo. Prestigioso candidato a la Vicepresidencia de la República. Pero estos y otros títulos —con ser óptimos— no empalidecen la estrella del escritor de vocación que busca la verdad, la justicia, el esclarecimiento de las ideas y la continua aproximación entre los hombres.

Si mira el camino recorrido, el literato chuquisaqueño puede estar satisfecho. Una vida limpia y fecunda, que ya en "Unesco" levantó el nombre de Bolivia. Dentro y fuera de la patria, su nombre prestigioso y su obra varia y selecta, expresan la fuerza matinal de la cultura americana. Es un pensador que ha merecido la disección crítica de valores del hemisferio; entre otros Waldo Ross —chileno— quien dedicó penetrante análisis a sus libros.

Evoco al Joven anhelante, de bríos contenidos, que tres décadas atrás me expresaba con fervor de iluminado:

—Tenemos que trabajar por Bolivia y por América. Todo está por descubrirse en estas tierras vírgenes donde aguarda una gran tarea al pensamiento...

El joven estudioso de ayer, es hoy un escritor de América. El escritor, maduro, revela una evolución lineal, severa, noblemente afinada en el juicio sabio, en la elegancia de una prosa pulcra y tersa. Estudió, trabajó, venció.

¿Pero qué es "El Cinismo"? Un tratado delicioso compuesto con la sabiduría aforística de un clásico y la alada versatilidad de un moderno. Trece capítulos bastan al filósofo, al crítico, al esteta, para bordear el difícil tema. He pensado en aquel "Elogio de la Locura" que compuso el moralista de Róterdam"; en ciertos pasajes de Luciano de Samosata; en las sentencias fulgurantes de Saavedra Fajardo. Todo expuesto ceñidamente, que se ha de admirar a un tiempo el criterio ajustado a la experiencia del autor, su conocimiento de la horda mundana, el profético análisis con que denuncia y previene la derrota final del "helado nihilismo cínico".

Pensador, moralista, Francovich está del lado de una conducta digna.

Es el ensayo perfecto, visión universal, hondura de juicio, estilo remansado. Un brillante de aguas limpias en el turbio transcurrir de las letras contemporáneas. Libro, por otra parte, para nuestro tiempo: corto, bello, condensado. Alea al moralista agudo y al filósofo tolerante. Una demostración clarísima de que el escritor boliviano puede alzarse al plano superior de las letras.

Ví a Francovich hace un par de años. Blanqueaban sus sienes. No había perdido la fina cortesía de los años moceriles. La voz cálida, el ademán afectuoso. Una cierta premura velaba el escondido desencanto. No fue posible concertar una entrevista. He conservado, sin embargo, intacto el afecto por el amigo y la admiración hacia el escritor. Al fundar mi revista "NOVA", las dos primeras cartas de invitación fueron dirigidas a Roberto Prudencio y a Guillermo Francovich, residentes fuera de la patria.

Bolivia —su gobierno y su cultura— tienen una deuda con Guillermo Francovich: el Gran Premio Nacional de Literatura, no por concursos circunstanciales o de compromiso, sino con la alta finalidad con que fue creado en 1956: como reconocimiento a la dignidad de una vocación y a la excelencia de una obra literaria.

Lo que debe hacerse, también, con Adolfo Costa du Rels y Porfirio Díaz Machicao, dos grandes olvidados de la literatura nacional.

He aquí uno que supo ser fiel a su destino: Guillermo Francovich o la vocación del escritor. La vida pública y la diplomacia sólo sirvieron de plinto al intelectual. Su tenaz voluntad, su amorosa búsqueda en la indagación interna y en la exploración universal, fructificaron en bellos libros, en esa celada "mística de la tierra", en polémicas levantadas, en finas sugerencias filosóficas y estéticas.

El sembrador puede reposar tranquilo mientras los oros del otoño circundan su casa de Río de Janeiro, donde lo acompañan su esposa y sus hijas brasileñas. Difundió bondad, señorío, tolerancia. Trabajó sin tregua. En ella o lejos de ella Bolivia le habitó el corazón. Se dio al espíritu y el espíritu le devolvió los dones del talento creador. Veinte libros incorporan su nombre prestigioso a la literatura boliviana. Educador en el mejor sentido del término —por la propia conducta— constituye un ejemplo vivo para las actuales y las nuevas generaciones.

No sé por qué, en nuestro medio andino de luchadores, violentos y desaforados, Guillermo Francovich me sugiere la imagen del pensador helénico: atleta en la palestra, sereno antagonista en el liceo y en el ágora.

LA ESTRELLA Y EL LABERINTO

Sucede que transcurres conducido por una estrella y como extraviado en el laberinto. Ella nunca te abandona. El te desorienta siempre. Te sientes guiado, crees dirigir tus pasos, pero duda y desconfianza te acosan sin cesar. El hombre que brota en madurez de experiencias, descubre la magia de su encontrado itinerario: pensándose brújula, era en verdad juguete vano. Si los látigos de la contradicción y lo inesperado lo hacen vacilar, al punto restaura el equilibrio una luz lejana que endereza sus desvíos.

Estás solo y tienes compañía. Es el reino de lo incomprensible.

Más aun lo que aparenta incomprensible sube su oscura escala con gracia contenida. Todo debe ser, necesariamente, así. Tardas en entenderlo porque nadie nació para conductor infalible ni estratega de vidas. La sorpresa, lo imprevisto esculpen vida y persona. Actor y espectador —juez finalmente— caminan con ritmos desiguales; y también esto es parte de esa secreta geometría que te construye en marcha hacia un levante perplejo.

Vida, mundo, seres: enigmas sempiternos. ¿Por qué habría de ser más accesible el misterio de tu destino?

Querías crecer en participación con los demás y te relegaron a la soledad del mago. Encumbran silencio y aislamiento; pero tú buscaste diálogo, dicha compartida. Te aproximaste y fuiste rechazado. Serviste sin ser comprendido. Atabas cabos que se deshacían solos. Las grandes metas ideales de la juventud se fueron desvaneciendo al calor de la fricción humana. Jefe, guía, animador, amigo activo se fundieron en noble soledad.

¡Qué distancia del tiempo pretérito a la madura realidad!

Para el artista, la juventud es amor y entusiasmo. Todo le es amado, seres y cosas son dignas de interés. Una ardiente ternura lo comunica con el mundo. Odio, envidia, fuerzas negativas no tienen campo en esa floración magnífica de energías nobles y tranquilas. Vive del ideal, lo

alimenta la esperanza, una dulce confianza le abre el presente y lo proyecta hacia el futuro. El canto del mundo y el alma entusiasta vibran de pasión.

En la madurez fluyen distintas verdades. Se sabe, ya, que no todo amor hace dichoso, ni cualquier entusiasmo termina edificando. El hombre, más cauto que el artista, ha templado en sosegado miraje su posesión de cuanto lo circunda. Las fuerzas hostiles del contorno se acrecentaron para fortalecerlo en la lucha, en el dolor de comprender. Todo es fricción, todo disputa. Se gana difícilmente, sin la fácil sencillez perdida. El mundo deviene lección magistral, el espíritu una suma de contrarios. La alegría te visita, a veces, pero la experiencia te concedió un melancólico señorío del vivir.

¿Por qué tenías que mudar de la dichosa certidumbre a la esquivada desconfianza?

Desde Kierkegaard, padre de la angustia moderna para el cual lo humano es un "cristianismo evaporado", hasta Rilke el más agudo disector de la problemática del hombre, quien define al héroe como aquel que se sostiene por sí mismo, parecería que abandono y desamparo son las características del varón que declina. Pero no es así. El mundo como zozobra no significa, necesariamente, la derrota final; ni el hombre es malo porque peque y desfallezca. A negadores y acongojados, a pesimistas trascendentales, a pensadores y poetas desgarrados por la duda interior, habría que decirles:

—¡Resiste, resiste varón acosado! Tu dureza esencial es la probanza de tu milicia en el espíritu. Que la angustia no sea señora, sino vasallo de tu pensamiento.

Aislamiento y vinculación: entre ambos oscila el acontecer humano. Porque unas veces sientes el natural anhelo de soledad, y en otras no podrías subsistir sin compañía. Y es imposible establecer las fronteras movibles entre el reino hermético del recogimiento y el territorio mayor que se comparte, porque ambos como se entrecruzan, varían de peso y de grado. Y aun es más difícil definir si el solitario trabaja para participaciones más dilatadas, o si el vinculado concluye su tarea en sorpresivo ensimismamiento. Desde la profunda soledad, brotan los cálidos mensajes de humanidad. Ligado a los demás, confundido en su tarea y su pelea, puede el soldado alzarse a la dignidad de la hazaña que lo perpetúa. Y es habitual que el biógrafo, después de analizar una vida ilustre, vacile antes de pronunciar su veredicto: ¿era realmente un solitario, un ser sociable? Porque es impreciso el margen que separa al aislado del que se vincula. Se puede tener hogar feliz, esposa comprensiva, hijos, amigos y habitar trances o tiempos de recogida intimidad: el alma, sola en sí misma, atendida a su propia perplejidad. O convivir en la muchedumbre, desenvolver actividades compartidas y seguir siendo un solitario. ¿Qué sabe, el rastreador de existencias, de estas mutaciones constantes que alejan y retraen, acercan y devuelven al estado de sociabilidad?

Creas estar solo y una fuerza oculta trabaja por tu vinculación futura. O te sientes engrillado a los demás y estás abriendo camino a la ulterior soledad.

No hay soledad absoluta ni vinculación total. Somos libres, dependemos al mismo tiempo. El más soberbio, es guiado. El indeciso puede resultar señor de su proeza.

Te retiras para concentrarte. Regresas para medirte en los otros. Vivir es compartir. Los mismos hilos que te amarran y confunden tu camino, brujulean hacia tránsitos felices.

¿No es el artista como un niño despierto entre hombres dormidos?

La torre y el torrero cierran su círculo de oro: no pueden abrirlo a los demás. Pero esa recatada intimidad no importa desdén a los otros; puedes defender tu retraimiento creador sin abandono de la actividad social. Hombre y artista a la vez.

La separación sobreviene en modo insensible: lentamente. Porque acontece que ellos llegaron rápidamente, y tu estás partiendo siempre en viajes sin retorno. El que no puede alcanzarte, te envidia, finalmente te detesta.

Y ésta, de la envidia, carga mayor del varón universal, acrecentada en el discurrir de las pequeñas patrias, debe, necesariamente, ser la medida de tu jerarquía espiritual. ¡Desventurado el que sucumbe a sus pérfidos ataques! Fue de grandes, y de fuertes, ignorar al envidioso y al bellaco. Aquí también, quien te atacó, te enalteció. Y ese otro, el más mezquino, que creyó que callando o ignorando sistemáticamente tu nombre y tu renombre, te condenaría al olvido, al final se vio vencido por el justo reconocimiento que trasmontaba las montañas.

No haya queja: toda conjura de los mediocres trabaja para beneficio del laborioso.

En política, más aun que en artes y en literatura, la discordia de los hombres raya en bajeza y en ferocidad: se busca destruir lo que no se alcanza. Hay que pagar un alto precio por el derecho de conducir. Crees hallarte en la cima, y estás cayendo ya. Te sientes acosado, desmedrado, pero la justicia final te aguarda al fin de la jornada. Nadie sale con honra del torbellino de la política sudamericana. Más que al hombre, las injurias, las calumnias son al ocupante del cargo preeminente.

Si no justo, es explicable: pagas el derecho de ascender.

Sigue, pues, tu deber. Ni alabanzas ni críticas deben torcer tu recto juicio.

En la contienda con los hombres, nunca se conocen anticipados desenlaces. Todo fluye como inserto en la trama de lo inesperado. Circunstancias o imprevistas quiebran el cálculo más riguroso. Enérgico, decidido trabajas rectamente por una causa que te parece justa, y de pronto adviertes que andabas equivocado: cambias de rumbo para recorrer el camino inverso. Todos te apoyan, tu victoria aparenta segura, y un detalle nimio te revela que en verdad eres débil y estás solo. O sucede que en el mayor desfallecimiento una fuerza oculta te saca hacia adelante. No hay profetas, ni amos del destino. El río más encrespado de hechos adversos, en realidad te está empujando a la opuesta ribera salvadora. Pero también acontece que cuando más firme te sientes piloteando multitudes, cavas, sin saberlo, tu propia caída y destrucción. Y no es que tu voluntad se extravíe en el juego ignorado de los flujos humanos; antes bien: entra en ellos, tiene que desenvolverse valerosamente entre la claridad del ideal y la oscuridad necesaria de la acción. Porque ésta es la maravilla de nuestro tránsito terrestre: somos conducidos, siendo guías. No abdicamos, jamás, el derecho de la libre decisión, la facultad o la ilusión de dirigir a los demás. Sabemos, sin embargo, que la grandeza individual no basta para ordenar el juego cósmico. Concurren muchas cosas, secretas influencias, participaciones misteriosas que sólo revela la experiencia. Un hombre, una vida crean ellos mismos su orden en medio de la confusión y del combate.

Te pierdes en el laberinto de los hechos, de afectos y desafectos, de planes y logros laboriosos. Pero allí, en lo alto, a la distancia, una luz centelleante devuelve la confianza: no estás solo ni extraviado.

Perdido, reencontrado, seguro siempre aunque siempre vacile en el pequeño núcleo de su chispa impulsora, el hombre es un campo magnético abierto a las tensiones más encontradas: todo puede ocurrir, nada es definitivo. Nacimos en conflicto y dificultad. Venimos a luchar, a dudar, a transformar al tiempo que nos transformamos a nosotros mismos. La rebeldía y no el bienestar es la meta más alta.

Sagaz disposición aquella que ubicó al hombre entre confusión y esperanza.

¿Cuál será la conciencia más aguda? Aquella que no se deje abrumar por el vértigo del pensamiento ni se extravíe en el dédalo del mundo. Preguntar, preguntar, indagar siempre... Nunca rendirse a la terrible evidencia de la humana pequeñez, porque justamente de la minúscula criatura que piensa surgen el orden del mundo y la grandeza de la mente que aspira a comprender.

Todo tiene sentido, se dispara a metas admirables, aunque no captes el ritmo interior de su progreso. La patria desventurada te hizo el alma fuerte para luchar por ella. Creciste en soledad, pero tus libros te devolvieron al vínculo fraterno con tus gentes. Rebelde, luchador, siempre inconforme, solitario en el ideal y en la pelea, buscabas en el fondo conciliar, vida compartida, integrarte en tu comunidad y en su destino. Para el amigo, entero. Al desafecto, olvido. Estuviste en la vida de muchos, sólo en tu hacer. Querías verdad, bondad, belleza, mas te asediaron engaños, maldad, ingratitud. Buscabas el sosiego sin dejar de combatir. ¿No ha dicho Camus que el descanso se encuentra en medio mismo de la batalla? Artista solitario, vinculado en tus afectos y en tu medio social, nunca pudiste precisar los límites del ciudadano y del artista. Orgullo no: conciencia de un recatado señorío que se entrega al bien común, reservándose el dominio de las revoluciones interiores. Arte, política, negocios y esa independencia económica jamás lograda que es la madre-necesidad del creador. Maravillado en el paisaje, sediento de libros, sumergido en música y en versos, absorto en lienzos y esculturas, concentrado en la morosa artesanía de tus obras, consagrado al hogar y a la patria ¿qué más podrías pedir?

Ni héroe, ni santo, ni jefe de multitudes. Tu destino fue llegar a las almas, despertar voluntades, persistir en la solitaria vocación del escritor. Humanista: ¿no es trabajar para los otros? Sí; pero la tarea mejor es fruto de interioridad, y precisamente, meditando en soledad, proyectas más lejos la flecha que te desgarras.

De pronto el artista es sustituido por el hombre civil: te mezclas a la feria criolla, absorbes y repartes palos, entregas tiempo y energías a la edificación social. Nadie te lo agradecerá; sólo cosecha de agravios espera al empeñoso. Así tiene que ser. De la fricción entre hombres se sale desmedrado, fortalecido al mismo tiempo.

Y he aquí que la política, con todos sus males, resulta inevitable ministerio para el varón de comunidad en desarrollo, como las letras y las artes, con sus dones todos, asedian obligadamente al hijo de civilizaciones refinadas.

¿Por qué cambias tu retiro por el tumulto ciudadano? ¿Por qué vuelves, siempre, derrotado al refugio de los libros? Ese tránsito constante de la meditación a la acción, ese volver amargo del hacer al pensar, recuerdan las salidas esperanzadas del caballero de la Mancha, nunca curado de sus fantasmales ambiciones. Ni la experiencia enseña ni el desencanto frena: volverás a fluctuar entre recogimiento y participación, porque éste es el sino de la criatura humana. No hay sendas absolutas para el ser común.

No quieras ser entendido: que el envidioso y el mediocre prosigan atacando. Tú a lo tuyo, y ellos en su charca.

Al atardecer, la meditación de los grandes temas que Minerva reserva al buscador: Dios, filosofía, ciencia.

Si miras con fijeza, observarás que aun en medio de un quehacer desperdigado en minucias e inútiles afanes, camino y caminante se hacían por sí solos. Fuiste el celador de tu tarea, pero unos hilos invisibles se movían desde arriba.

El arte no es soliloquio, sino diálogo con el mundo y con los hombres. La realidad que lo circunda es pues parte irrenunciable de la patria del artista, aunque su obra surja de una exigencia

solitaria. Pero si el artista es siempre un inconforme, al varón de soledades tenemos derecho a pedirle participación en el transcurrir comunitario.

Vives: debes vincularte. Creas: puedes ensimismarte en tu tarea.

¿El hombre o el artista? ¡Cuántas veces el uno aniquiló al otro! Dichoso aquel que supo encontrar en su paralela actividad, equilibrio y armonía. Porque ese es el destino natural del ser inteligente: mensajero de acercamientos y no obstante severo vigilante de una distanciada construcción.

La sentencia sofoclea no ha perdido vigencia: de cuantas cosas admirables pueblan el mundo, no da más admirable que el hombre. No es ya el centro ni el dueño del universo. No le acompañan la dicha serena ni el saber equilibrado. Camina vacilante entre sombras, guiado por una lucecita lejana. Se sabe criatura efímera, frágil, inconstante; y sin embargo, por su valor, su poder de reconstitución interna, su ambición nunca satisfecha, sigue siendo el animal más noble de la creación.

Un dios benigno te conduce por el terror del laberinto. Si te abandonas caduca el amparo misterioso. Porque sólo a quien persiste en su tarea le es dado hallar salida y sentido al camino que recorre.

Eres, pues, criatura de amenaza y de esperanza.

Y no es la maravilla mayor que una mano portentosa te salve de peligros, ni que subsistas aun ceñido y acosado por las espinas del contorno. Lo estupendo consiste en que sin poder conocer tu destino, lo adivinas sin precisarlo y trabajas para él. Esa certeza interior contra la inseguridad del mundo, es la probanza de tu sana varonía.

Maestro de almas, artífice de la propia vida: cuán pocos pueden serlo. Prefiere el riesgo y la ventura del eterno aprendiz, abierto siempre a los incentivos del vivir. Porque el hombre se hace entre hombres, sube sin pregón. Y a nadie le fue dado exaltarse sin peligro de caída. Líbrate de lisonjas y diatribas: el camino que te aguarda es largo y siempre diferente. Rompe el temor en tu alma y la soberbia en tu voluntad: eres el único ser en la creación que debe responder por su hacer y su abstención.

El laberinto oprime pero no destruye. La estrella guía mas no puede rescatar sin la concurrencia de tu esfuerzo y tu coraje.

Aun sufriente, dolorido, desgarrado en el combate del mundo y en la discordia de los hombres, asediado por la angustia y la zozobra del tiempo actual, sea, la tuya, palabra de idealista, de humanista:

—Creo en Dios, sirvo a mi Patria, dialogo con mi Pueblo. Porque desde la propia interioridad se parte al encuentro de una fraternidad universal. De los días que me fueron concedidos, no temo al que me pueda aniquilar, sino aquel otro en que deje de ser justo. Serenidad y comprensión son mi respuesta a los negadores. Ni el mundo será destruído ni sus gentes persistirán en extravío. Una nueva conciencia despunta detrás del horizonte: seguiremos avanzando por los hermosos caminos del Señor. Y al soñador fue confiado que creer es ya crear.



Porque sí uno os habla y encuentra resonancia, la historia se santifica por el Verbo. Y si los labios del narrador granan la dicha o esparcen inquietud en los que atienden, regocijaos corazones trémulos, estáis mirando el misterio.

Y el misterio final de ese pequeño soplo que es la vida humana, linda con estas tres palabras simples que dicen sin descanso y hasta nunca:
—Amad, creed, confiad hasta el último instante antes de la muerte”